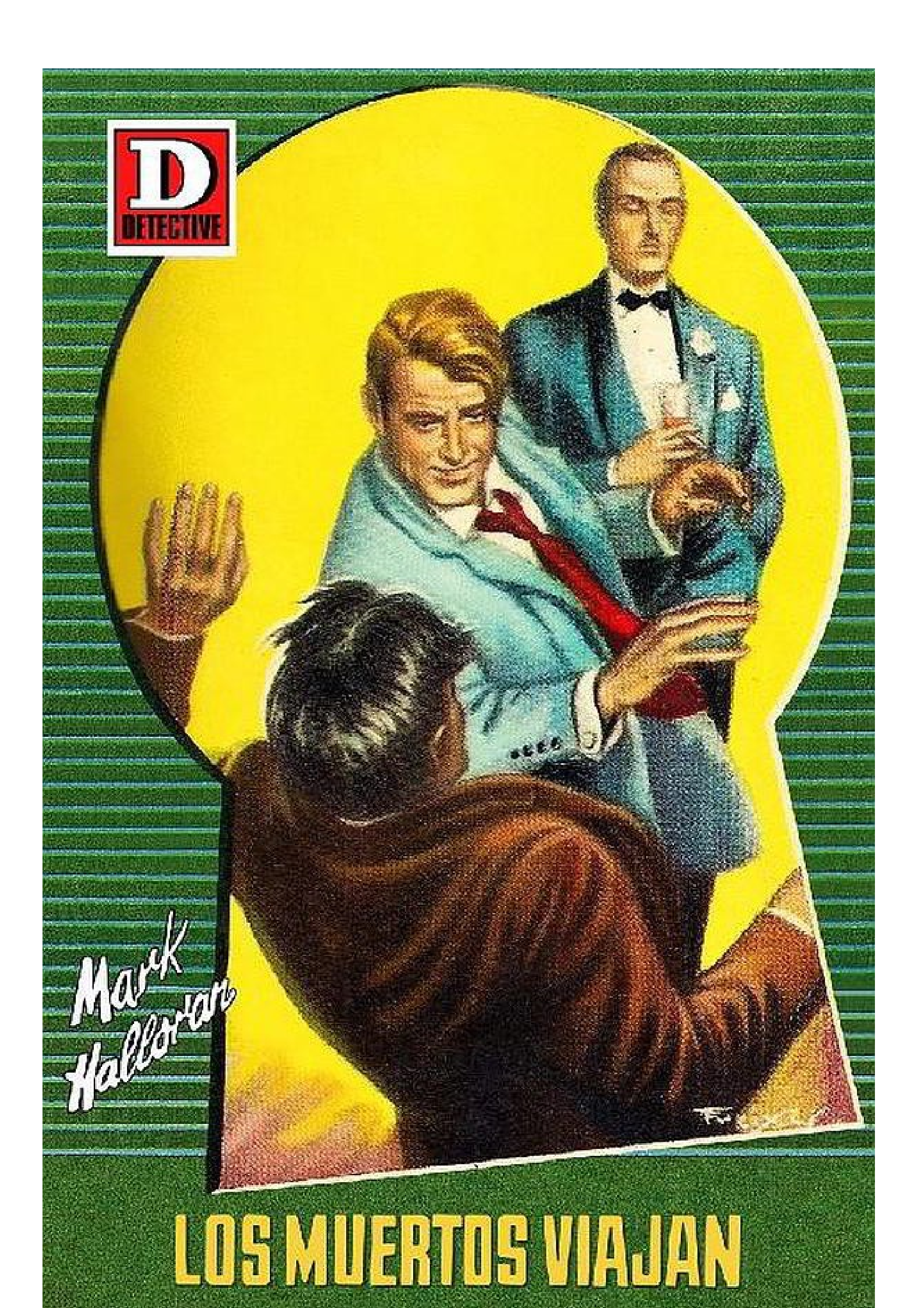

D
DETECTIVE
Mark Halloran
LOS MUERTOS VIAJAN

Debe ser muy agradable volver al hogar, tras unos meses de ausencia, y encontrarse con que una mujercita morena le está esperando a uno con los brazos abiertos y un montón de sonrisas, de besos y de lágrimas. A mí, sea como sea, no me esperaba nadie. Entré en mi departamento, lo hallé vacío y me tendí a dormir en mi cama de solterón. El viaje me había agotado.

Sólo cuando me hube bañado y vestido de nuevo, cuando salí, la encontré.

Me pareció imposible haberla olvidado, porque no era una de esas mujeres que se olvidan, pero la verdad es que casi no me acordaba ni de su cara. Se llamaba Lea Bates y vivía en el departamento inmediato. Habíamos sido buenos vecinos, y algo más, desde el momento en que se instaló allí hasta que yo emprendí el vuelo a Europa.



Mark Halloran

Los muertos viajan

Detective - 2

ePub r1.0
LDS 29.12.18

Título original: *Los muertos viajan*
Mark Halloran, 1952
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




Los muertos viajan
por
MARK HALLORAN
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Debe ser muy agradable volver al hogar, tras unos meses de ausencia, y encontrarse con que una mujercita morena le está esperando a uno con los brazos abiertos y un montón de sonrisas, de besos y de lágrimas. A mí, sea como sea, no me esperaba nadie. Entré en mi departamento, lo hallé vacío y me tendí a dormir en mi cama de solterón. El viaje me había agotado.

Sólo cuando me hube bañado y vestido de nuevo, cuando salí, la encontré.

Me pareció imposible haberla olvidado, porque no era una de esas mujeres que se olvidan, pero la verdad es que casi no me acordaba ni de su cara. Se llamaba Lea Bates y vivía en el departamento inmediato. Habíamos sido buenos vecinos, y algo más, desde el momento en que se instaló allí hasta que yo emprendí el vuelo a Europa.

Hacía de ello cuatro meses. No había cambiado. Seguía siendo morena y bien plantada, con una cintura magnética, unas caderas cinematográficas y unas piernas de anuncio de medias «*Du Pont*»; seguía teniendo dos reflectores por ojos, una piel tersa y mate y unos labios oscuros, frescos, tentadores, no aptos para personas emotivas. Era la clase de muchachas que uno encuentra en el estudio de un gran fotógrafo publicitario o en el guardarropa de un club lujoso. Había optado por el guardarropa, ignoro la causa: el guardarropa de «Samoa», en Cañón Uno.

La vi mientras cerraba la puerta. Ella acababa de cerrar la suya.

—¡Don Marty! —exclamó cálidamente, con un placer y un afecto sinceros vibrando en su voz—. ¡Que me lleve el diablo si no eres Don Marty!

—Soy su hermano gemelo —repuse, sonriendo.

Vino hacia mí con las manos extendidas y se las estreché mirándola de pies a cabeza, deleitándome en su cabello ensortijado y corto, en las grandes flores multicolores estampadas en la seda negra de su ajustado vestido, en sus finos tobillos, en sus sandalias trenzadas.

—¿Cuándo has regresado?

—Este mediodía.

—¿Por mucho tiempo?

—Para siempre, al parecer.

—¡Eso es estupendo!

—No para mí, Lea.

La intrigó lo que dije. Se colgó de mi brazo, me llevó hacia el ascensor y pulsó el botón de llamada.

—¿Alguna dificultad? —preguntó.

—Innumerables.

Alguien retenía el ascensor en el séptimo piso.

—Pues leí algunos de tus artículos… Desde Alemania, ¿verdad? Eran interesantes. No recuerdo nada de ellos, salvo que eran muy interesantes.

—No leerías los últimos. Me miró de reojo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no los publicaron. Tuve una agarrada con Crockett. Estuvo a punto de darme la patada, por eso he vuelto. Y todavía no es seguro que no me la dé. Lo sabré esta noche.

—Habrá tormenta, ¿eh?

—Eso espero.

Entramos en el ascensor.

—Pero ¿por qué, Don? ¿Qué ha ocurrido?

—Me gustaría saberlo. Algo está pasando con el «Leader». Política, supongo… Siempre pasan cosas cuando se acercan las elecciones. Decidieron ponerme un bozal y yo me negué a llevarlo puesto. Crockett me envió un ultimátum… ¿Qué iba a hacer? Soy sólo un empleado suyo…

—¿Para qué necesitabas un bozal en Alemania?

—Ahí está el misterio, Lea, y sólo suponiendo que el «Leader» se hubiera uncido al carro electoral de algún personaje se explicaría. Pero el «Leader» ha sido hasta ahora un periódico independiente.

Llegamos al vestíbulo.

—Hum… —Hizo Lea—. Ya veo. Tú no hablarías de Tony Lilac en tus artículos, ¿verdad, Don?

Me detuve.

Por cierto que sí. El fango que sembró hace dos años en Alemania sigue allí todavía.

—Entonces, tu misterio se llama Tony Lilac.

—¿Qué hay con él?

—Pretende ser elegido senador.

—¿*Tony Lilac*?

—El mismo.

Tragué saliva.

—Eso es absurdo, Lea. Lo mismo daría que Al Capone o Dillinger hubieran aspirado a la presidencia de la Unión.

—Quizá no se les ocurrió hacerlo. Ésta es la verdad, Don. Informes de primera mano. Todavía no se ha hecho público, pero Lilac anda desplegando sus fuerzas en la oscuridad. Lo sé. Te sorprenderían las cosas que se averiguan en un guardarropa como el de «Samoa» con sólo tener el oído atento.

—Lo imagino.

Salimos a la calle y, al llegar a la esquina, Lea hizo alto.

—Bien, Don, espero qué seguiremos viéndonos —dijo—. He de tomar el autobús. Te deseo suerte con Crockett.

—Aguarda —repuse, asiéndola por el codo—. Tengo el coche ahí. Te llevaré.

Conduje en silencio, reflexionando acerca de lo que Lea me había dicho. Sentía asco. Siempre me había dado asco Tony Lilac, pero más desde que me enteré de qué clase de actividades desarrolló en Alemania durante su estancia allí. Que el «Leader» estuviera de un modo u otro relacionado con él era algo que no me sentía dispuesto a soportar.

—¿Cómo te han ido a ti las cosas, Lea? —pregunté.

—*¡Psé!* Todo sigue igual que antes. Como si no pasara el tiempo.

—¿Qué ha sido de Rosanna?

Hice aquella pregunta por el puro cumplido de hacerla, pero al instante descubrí que había puesto el dedo en una llaga. Increíble. Rosanna Grant era una compañera de trabajo de Lea, con la que compartía su departamento cuando yo me fui. Una muchacha vistosa, de risa fácil, cuerpo cimbreante y ojos soñadores. La

mencioné únicamente porque infinidad de veces habíamos hecho los tres juntos aquel viaje, a primera hora de la noche, cuando ellas se dirigían a «Samoa» y yo a la Redacción del «Leader». Únicamente por esto.

El rostro de Lea se demudó.

—¿Qué le pasa a Rosanna? —inquirí.

Lea apoyó una mano en mi brazo y me lo apretó.

—Oh, Don, ahora me alegra de veras que hayas regresado —dijo —. Necesito… necesito ayuda… No puedo más. ¿Y no sabía a quién recurrir…? Pero tú lo arreglarás. Tú puedes hacerlo.

—¿Y bien? —insistí, preocupado por la ansiedad que trascendía de toda su persona—. ¿Es algo malo?

—Es algo infernal. Ya sabes que aprecio a Rosanna como a una hermana… Bueno, pues esto empezó poco después de que te fuiste. Conoció a un hombre en «Samoa», un tipo a quien llaman «*Dandy*» Tolliver. Thomas Tolliver. Tiene gran cartel entre las mujeres.

—¿Por qué? —La interrumpí.

—No lo sé —se encogió de hombros—. Yo debo ser una excepción. Tolliver mariposeó por el guardarropa, pero se cansó pronto. Luego cazó a Rosanna. Yo le tenía ya catalogado y me apresuré a prevenirla, pero… ¿Cómo ocurren estas cosas, Don? Las mejores amigas del mundo nos convertimos en enemigas en cuanto un hombre se interpone. Rosanna me acusó de entrometerme por celos, por envidia y por qué sé yo… Reñimos. Al día siguiente abandonó su empleo y poco después supe que «*Dandy*» la había lanzado con un numerito en un *music-hall* de ínfima categoría. Había prometido hacerla «estrella», pero, por el momento, no era más que su amante. ¿Recuerdas bien a Rosanna, Don? Era una ingenua, una ilusa terrible. No bebía una gota de alcohol y ni siquiera fumaba… Pronto cambió. Ahora… te asustará verla… si la reconoces. No puede vivir sin sus drogas.

—Entiendo.

—Supongo que la historia no es muy original. Una las ha oído contar a docenas, pero hasta que la rozan de cerca no se da cuenta de cómo duelen. «*Dandy*» es una bestia inmunda, uno de esos seres que necesitan constantemente sentirse superiores porque no lo son y tienen miedo de sí mismos. Ha hecho de Rosanna su esclava. Debió divertirse mucho degradándola… Hay nombres a quienes eso

divierte. Ahora puede despreciarla y esto le hace feliz. No la abandonaría ni a precio de oro. Ni ella a él. Ha perdido la voluntad.

—Eso significa que has intentado separarles.

—Por supuesto, pero ¿qué puedo hacer yo? Confío en que no sea demasiado tarde para salvar a Rosanna, pero ¿qué puedo hacer?

—¿Y yo?

—¡Oh, tú eres un hombre… y un periodista! Podrías amenazar a «*Dandy*», coaccionarle.

—¿Qué clase de pájaro es? ¿De qué vive? ¿De dónde salió?

—Apareció en Los Angeles hace cuatro meses. Elegante, alto, suave, amable, generoso con el dinero… Hay muchos, más o menos parecidos a él. ¿De qué vive? ¿De qué viven esos tipos, Don?

—¿Drogas?

—Se las proporciona a Rosanna, por lo menos.

—¿Tiene amigos?

—Pocos. Pero…

—¿Qué?

—Tony Lilac es el propietario de «Samoa», y si «*Dandy*» viene allí es para hablar con él. Y todos los locales donde Rosanna ha actuado pertenecen directa o indirectamente a Lilac.

—Ése es un argumento contra Lilac, no contra «*Dandy*». A «*Dandy*» le favorece. Será difícil atacarle si tiene un amigo tan poderoso como Lilac.

—Eso es lo que me ata a mí las manos. Dependo de Lilac para vivir, es él quien paga mi sueldo, y los tiempos no están para despreciar un empleo como el mío.

Volví la cabeza para mirarla.

—A una chica con tu figura debieran lloverle empleos mejores.

Tiró de su falda hasta cubrirse las rodillas.

—Puede que, en cierto sentido, no fueran mejores —repuso secamente.

—Me refería a empleos honestos. De todos modos, si es cierto que el «Leader» está ligado a Lilac, no soy tampoco, precisamente, quien va a tener las manos libres. Y a mí no me queda el recurso de valerme de mi físico si Crockett me echa a la calle.

—Pero, Don…

—Haré lo que pueda, descuida. ¿Dónde puedo ver a Rosanna? ¿Dónde actúa?

—Ya no está en condiciones de actuar en ninguna parte. La encontrarás en casa de «*Dandy*», supongo.

—¿Dónde queda eso?

—No lo sé. Lo averiguaré esta noche.

—De acuerdo. Pasaré a buscarte cuando termines tu trabajo. ¿O vas a tener algún compromiso?

—No, Don, ningún compromiso. Todo… todo sigue igual.

—¿No te picó el bicho?

—¿Qué bicho?

—El del amor.

Hizo una mueca que no expresaba nada.

—Sé puntual —dijo solamente.

El «cocktail» de luces de «Samoa» surgió ante nosotros. Cañón Uno estuvo, pocos años antes, situado en plena campiña, pero ya el rápido crecimiento de la ciudad lo había convertido en un arrabal. Y en un arrabal próspero. Había tres locales más tan bien iluminados como «Samoa» entre los pinos que bordeaban la autopista. Los tres pertenecían a Tony Lilac.

Detuve el coche en el límite mismo de la gran mancha de luz. Lea abrió la portezuela para apearse, pero la retuve por la muñeca.

—Has dicho que todo seguía igual, Lea.

Sonrió. Sin responder, se inclinó hacia mí. Dejó que la estrechase contra mi pecho y cerró los ojos mientras la besaba.

Ciertamente, todo seguía igual, pensé después. Pero sólo entre Lea y yo. Lo demás había cambiado mucho en cuatro meses.

CAPÍTULO II

Hasta que me vi frente a Crockett, empero, no pude darme cuenta exacta de cuánto habían cambiado realmente las cosas. Cuatro meses antes, aunque tenía sesenta y cinco años, Crockett era un hombre de espíritu joven, luchador, enérgico y valiente. Ahora parecía hallarse al borde de la tumba. Desde que entré en su oficina deduje, por su aspecto, que la tan temida tempestad no estallaría. Crockett no estaba para tempestades.

Dijo que se alegraba mucho de verme, y lo dijo con un sorprendente brillo de emoción en los ojos.

—Siento lo que ha pasado —agregó— pero no estaba en mi mano ponerle remedio. Tenemos que hablar, Marty. Ya comprendo que arde usted en deseos de acosarme a preguntas. Se las responderé todas.

—¿Qué le pasa, jefe? —repliqué—. Usted no es el mismo.

—No.

—Ni tampoco el «Leader» es el mismo. ¿Dónde están Brown, Karrigan, Leonard y Anne Williams? He preguntado por ellos en la sala de Redacción y me han dicho…

—Que se largaron. Es verdad. Me han abandonado. Y supongo que usted hará otro tanto esta noche.

—¿Crisis?

—No de dinero.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Empezó hace una semana.

Saqué un cigarrillo y lo encendí mirando al viejo periodista a los ojos.

—Crockett, me han dicho que si se negó usted a publicar mis últimas crónicas de Alemania fue porque mencionaban a Tony Lilac.

¿Es cierto?

Crockett asintió lentamente.

—Lo cual significa —proseguí— que el «Leader» va a apoyar a Lilac en la campaña electoral que se prepara. ¿También es cierto?

—Sí, lo es, Marty.

—¿Y por eso le han abandonado Anne y los muchachos?

—Por esto.

Expelí el humo por la nariz, mientras reflexionaba.

—El «Daily Leader» es un periódico independiente —puntualicé.

—Lo era.

—La junta de propietarios…

—No existe junta de propietarios. Tony Lilac es ahora el dueño.

—¡Crockett! —exclamé—. ¿Y ha sido usted capaz de seguir en su puesto?

—¿Qué voy a hacer, Marty? —repuso lastimeramente—. He llevado una vida de cigarra, no de hormiga, y me toca purgarlo. Debo seguir al pie del cañón hasta que reviente. ¿Quién querrá a un viejo caduco como yo? ¿Cree que si no he dimitido ha sido por mi gusto? ¡Dios, qué no pagaría yo por darle a Lilac un puntapié donde más le duela y volverle tranquilamente la espalda! Pero ¿qué será de mí si lo hago?

—Todos los periódicos de la ciudad se lo disputarán. Su experiencia y su reputación…

—Lo he intentado, Marty —me interrumpió significativamente.

Incliné la cabeza.

—Lo siento, jefe.

Hubo un largo silencio.

—Sólo una cosa me sostiene —dijo Crockett, al fin—: mi cariño al viejo «Leader», la idea de que le sigo fiel, aun en la adversidad.

—Eso no es serle fiel al «Leader», sino a Lilac. El «Leader» que nosotros amábamos ha muerto.

—Puede… puede resucitar.

—¿Manchado de estiércol?

—Hagamos la prueba, Marty.

Arrojé él cigarrillo a un rincón.

—No cuente conmigo.

Crockett me contempló restregándose nerviosamente las manos.

—Marty —dijo—, cuando se recibieron sus últimas crónicas, se

me dio orden de despedirle automáticamente. Procuré contemporizar y logré que se le permitiera regresar a Los Angeles bajo promesa de que intentaría convencerle para que siguiera trabajando con nosotros. No sé a qué apelar, se lo juro: a nuestra vieja amistad, a la compasión que yo pueda inspirarle, al nombre del «Leader», a los lazos que estos años de labor en común han creado entre usted y yo… Pero le necesito, Marty. Si usted me abandona como los demás, será la muerte para mí. ¿No quiere comprenderlo? Trato de continuar al timón del «Leader» para que la catástrofe no se consume. Sin colaboradores, fracasaré.

—Mi colaboración sólo le haría las cosas más difíciles. Yo no puedo ser fiel al periódico y a Lilac al mismo tiempo.

—Inténtelo, se lo suplico, Marty.

Me dio lástima. Me sentí profundamente incómodo.

—Imposible —insistí, sacudiendo la cabeza—. Usted conoce como yo la verdadera personalidad de Tony Lilac y sabe que no es más que un «gángster». Vestido de *smoking*, pero un «gángster». Lilac se fue a Alemania y se llenó los bolsillos de oro a costa del hambre, el desorden y la desmoralización de la postguerra. Falsificó certificados en nombre de falsos soldados americanos y sacó a varias docenas de muchachas de Europa para traerlas a los Estados Unidos. Usted sabe con qué fines. Yo también. A esto se le llama trata de blancas y está penado por todas las leyes del mundo. Estuvo a punto de descubrírsele el pastel y lo disimuló con dinero e influencias. Yo lo he descubierto de nuevo. ¿Va a pedirme, no sólo que calle una información por la que cualquier periódico de la ciudad me pagaría una fortuna, sino que coopere a que un hombre así ocupe un puesto en el Senado de mi patria? ¿Es eso lo que quiere, Crockett?

Crockett, de pronto, dejó las manos muy quietas sobre su mesa. Su mirada se había endurecido. Un poco de su antigua personalidad pareció volver a él.

—Lo único que quiero, Marty —dijo—, es que espere.

—¿Que espere a qué?

—Ha dicho que no podía ser fiel al «Leader» y a Lilac al mismo tiempo. Muy bien, no lo sea. Me ha dado una idea. Espere. Si quiere combatir a Lilac, si quiere hundirle, hágalo al abrigo de la capa del periódico. Tendrá su oportunidad. Quédese y trabaje.

—¿Una traición?

Crockett se encogió de hombros.

—Dele el calificativo que guste. El «Leader» es lo único que nos interesa a usted y a mí.

—No puede ser.

—¿Cómo lo sabe? ¿Lo ha intentado, acaso?

—Necesito pensarlo.

—Piénselo mientras trabaja.

El viejo era astuto. Sus extraordinarias cualidades resistían los golpes de la adversidad.

—¿Qué le pasa? —pregunté—. ¿Se ha quedado sin redactores? ¿Es eso lo que le induce a tratar de retenerme sin reparar en los medios?

—En parte —admitió.

—Si acepto, ¿está seguro de que no va a arrepentirse?

—No lo sé, Marty. Ni me importa. Pero el «Leader» sin usted no será el «Leader». Es su firma la que lo sostiene. Le aumentaré el sueldo. Lilac se presta a doblárselo si es preciso.

—Deje que lo doble. Las traiciones se pagan caras.

—Luego, ¿acepta?

—A prueba.

Crockett cerró los ojos y se hundió suspirando en su sillón.

—De acuerdo —dijo, en tono de infinito cansancio—. No hay más que hablar. Se lo agradeceré eternamente, Marty. Ahora, tome el coche y váyase a Los Cerros.

—¿Qué?

Crockett volvió hacia arriba las palmas de sus manos.

—Comprendo que estará cansado y necesitará unas vacaciones, pero no puedo dárselas. Estoy apurado…

—¿Qué ocurre en Los Cerros?

—Los empleados del ferrocarril se han declarado en huelga esta mañana. El conflicto está, por el momento, localizado, pero si se extiende a toda la «Southern Pacific» va a haber tela para vestir a un ejército. Vaya allí y entérese de lo que pasa.

—Pero, jefe…

—Sí, lo admito, éste no es un trabajo para usted. Lo hubieran hecho Leonard o Karrigan, pero se fueron. Tengo a Hawks y a O’Hara

muy ocupados y quiero la información de Los Cerros antes de que sea demasiado tarde. Hágame este favor, Marty. No olvide que le doblo el sueldo.

—Está bien —gruñí, disgustado—; pero conste que no es un buen principio.

—¡Maldita sea! —estalló el viejo—. ¿Por qué no intenta que Karrigan y los demás vuelvan al «Leader», si va a mostrarse tan remilgado?

—¿También con sueldo doble?

—Posiblemente.

Me levanté y me encaminé a la puerta.

—Veré lo que se puede hacer. Será curioso observar cómo Tony Lilac se dedica a criar cuervos.

—Oiga una cosa, Marty —dijo Crockett, cuando ya me hallaba en el umbral—. Tony Lilac no es tonto, no se equivoque. Se pasa de listo. No criará cuervos, a no ser que saque de ellos algún provecho. Sabe muy bien qué clase de lealtad puede esperar de ustedes y de mí.

—Pero se arriesga, aun sabiéndolo.

—Puede arriesgarse.

—Allá él, entonces.

Salí. No me sentía demasiado satisfecho de mí mismo, me parecía como si Crockett hubiera logrado engañarme. Con todas las salvedades, estaba trabajando para Lilac y tendría que tragar mucha saliva en cuanto el «Leader» se lanzase de lleno a la campaña electoral. Mi posición de víbora dormida en el polvo no me gustaba. Ni con sueldo doble. Dicen que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón, pero no creo que sea cierto.

CAPÍTULO III

La huelga era una nadería: media docena de empleados se habían negado, en la estación de Los Cerros, a descargar un vagón; el factor trataba de obligarles, amenazaba con despedirles, y ellos habían recurrido al sindicato. Éste tenía a la sazón la cuestión en estudio y de sus decisiones dependía que el conflicto se generalizase o continuara localizado. Hablé con el factor y con el delegado sindical. Fue el delegado quien se mostró más pesimista.

—Los muchachos tienen razón —dijo, sacudiendo la cabeza—. No hay derecho. Es un abuso. Puede usted ponerlo con estas mismas palabras en los papeles: un abuso. Si quiere que le dé mi opinión, creo que esto llegará lejos. No se puede jugar con la dignidad humana.

—El señor Kent, el factor, no ha mencionado la dignidad humana —repuse—. Según él, sus empleados se niegan a descargar más vagones como no vengan llenos de agua de colonia. Le parece una pretensión excesiva y, francamente, a mí también.

El delegado no se inmutó.

—Ése es sólo su modo de presentar las cosas. Los muchachos no quieren descargar *Un* vagón. Un único vagón. Descargar los demás les importa poco.

—¿Porque no viene lleno de agua de colonia?

—No sea tonto. Porque huele mal.

—Pobrecitos —dije—. ¿El mal olor ofende sus naricitas? ¿Por qué no se ponen un taponcito?

—Es una cuestión de principios. Y, en cierto modo, también de grado.

—¿De grado?

—Del grado de peste que despida el vagón. Le juro, reportero,

que es un grado irresistible.

Todo aquello eran tonterías. Estaba perdiendo mi tiempo y el del «Leader». Se lo dije al delegado.

—Para mucha gente —asintió—, defender los derechos humanos es perder el tiempo. Yo no pienso así.

—¿Quiere un consejo? —le pregunté.

—No —repuso.

Se lo di de todos modos:

—Convenza a sus muchachos de que se dediquen a cultivar flores. Este trabajo no se ha hecho para temperamentos tan sensibles.

Se me quedó mirando.

—Es usted uno de esos que se la dan de irónicos, ¿eh? Me encogí de hombros.

—Bueno, adiós, amigo. Me asió de una manga.

—Espere.

—¿Qué mosca le ha picado?

—¿Usted ha olido el vagón?

—No.

—Entonces, ¿por qué habla tanto? Si quiere hacer un reportaje como es debido, venga y lo olerá; si no, váyase al cuerno.

Bostecé.

—Vamos.

Me sacó del andén donde estuvimos charlando y me condujo a lo largo de una red de vías hasta el más lejano de los apartaderos. A la luz de una hilera de faroles vi allí un vagón de mercancías solitario. El cuerpo del delito, pensé. Vi también que tres huelguistas estratégicamente situados lo vigilaban, pero lo que me sorprendió fue que se mantenían considerablemente distanciados de él. Exageradamente distanciados sería quizá la expresión exacta.

En cuanto los rebasamos, no obstante, comprendí el motivo. En cierta ocasión tuve la humorada de abrir una lata de jamón en conserva que presentaba en una de sus caras un abultamiento sospechoso, y en cuanto la perforé con el cortafríos salió de ella un chorro líquido que despedía un hedor tan intenso y tan repugnante que se me quedó semanas enteras pegado al olfato y ni con los años logré olvidarlo completamente. Pues bien, aquel hedor fabuloso, indescriptible, horrendo, flotaba en el aire en torno al vagón, y los

tres huelguistas, simplemente, se mantenían fuera de su alcance.

El delegado sacó un pañuelo y se lo aplicó a la nariz. Yo no le imité por puro puntillo.

—¿Qué me dice ahora? —preguntó, cuando nos fue ya materialmente imposible avanzar más.

Me quedé pensativo un momento.

—¿Qué contiene el vagón?

—Facturaciones.

—¿Qué clase de facturaciones?

—¡Cualquiera sabe! Paquetes y cosas así.

—¿Cuándo llegó?

—Esta mañana.

—¿De dónde?

—De la central de Los Angeles.

El hedor estaba a punto de dar conmigo en tierra.

—Vámonos de aquí, aprisa.

El delegado rió sordamente.

—¿Qué me dice ahora? —repitió.

—¿Cómo no se ha descubierto antes que ese vagón olía tan mal? —le pregunté—. ¿Cómo no lo descubrieron en Los Angeles? ¿Tenían atrofiado el olfato?

—Oh, es fácil que no se dieran cuenta. No olería así cuando lo cargaron, ni tampoco cuando llegó aquí esta mañana, a las nueve. Las mercancías no viajan precisamente como los expresos, ya lo sabe usted, y a lo mejor se pasan un par de días en un apartadero a la espera de que se forme un tren. Además, hoy ha hecho mucho calor. Todo ha ido sumándose, creo yo. El caso es que, cuando los muchachos han abierto las puertas de ese vagón, a las cinco de esta tarde, les ha caído un Niágara de peste encima. Han salido corriendo.

—De modo que el vagón ha estado al sol y con las puertas cerradas desde las nueve de la mañana a las cinco de la tarde.

—Eso es.

—Y con las puertas cerradas no se percibía el hedor.

—Sólo un poco. No como ahora, ni soñarlo.

Dejé al delegado en el andén y entré en el despacho del factor. Con los pies sobre el escritorio y leyendo un
«Collier’s»

atrasado, el señor Kent fumaba un cigarrillo.

—¿Tiene usted un teléfono ahí?

Apartó un pie para mostrármelo. Lo tomé para marcar el número del Departamento de Policía de Los Angeles. Pedí por el teniente Stolz.

—Aquí Don Marty —dije, cuando se puso al aparato.

—¡Marty! —exclamó—. ¿Cuándo ha regresado?

—Esta tarde.

—¡Qué imprevisto! Me alegrará verle. ¿Todo va bien?

—Regular. Stolz, creo que tengo algo para usted.

—¿Ya?

—No estoy seguro. ¿Puede venir a Los Cerros? Traiga unos cuantos hombres provistos, esto sobre todo, de máscaras antigás.

—¿Algún incendio?

—No, algo que huele mal.

Titubeó, pero me conocía.

—Allá voy.

—Le esperaré en la estación. No tarde.

El factor tosió cuando depositó el teléfono en su soporte.

—Ha hecho usted una barbaridad —dijo—. El sindicato armará el gran cisco si la policía interviene en esto. No es que esté de su parte, pero a mí mismo no hay nada que me repugne más que los esquiroles. Yo también he necesitado ir a la huelga de vez en cuando, compréndalo.

—¿Sabe por qué apesta tanto ese vagón?

—No tengo ni la menor idea.

—¿Ha repasado la lista de facturaciones?

—Sí.

—Déjeme verla.

La sacó de un cajón y me la mostró. Decía la verdad. En la lista no aparecía indicio ninguno.

—Dentro de unos minutos sabremos si he hecho una barbaridad o no la he hecho —agregué—: pero desde ahora le apuesto diez a uno a que no.

No aceptó la apuesta.

El teniente Stolz llegó en seguida. Cuatro hombres venían en el coche con él. Me estrechó la mano calurosamente. Era un buen muchacho, sencillo e inteligente; el único polizonte con quien he

podido entenderme en mi vida.

—¿Qué pasa, Marty?

Les hice señas de que me siguieran y bajé del andén. El factor nos observaba, meditabundo, desde la puerta de su oficina.

—¡Eh! ¿A dónde van? —exclamó el delegado—. ¿Qué significa esto?

—Tenga calma —le dije—. Nadie va a perjudicar a sus muchachos.

—¡Eh! —insistió, manoteando a nuestro lado—. ¡Eh…, eh!

Llegamos a la vista del vagón.

—Ahí dentro —le dije a Stolz— hay algo que huele a demonios *sin motivo*. Puede que resulte un fiasco, no le garantizo nada, pero me ha parecido conveniente que usted lo investigue.

—Entiendo.

—Lo entenderá mejor cuando advierta de qué clase de olor se trata.

—Hum… —Hizo el teniente, un momento después—. Supe que aquí se había declarado una huelga, pero no se me ocurrió…

—Tampoco a mí, hasta haberlo olido. ¿Qué le parece?

—¿Van a descargar el vagón? —articuló truculentamente el delegado.

—Más le valdrá ponerse un candado en el pico, amigo —gruñó Stolz.

Los tres huelguistas nos lanzaron una mirada venenosa, pero no se atrevieron a intentar nada. Nos detuvimos a su altura y los policías sacaron sus máscaras. Stolz me tendió una a mí. Me la puse. Luego vi que el delegado daba media vuelta y salía escapado hacia la estación, y supuse que iba a pedir socorro al sindicato.

Los agentes alcanzaron el vagón, saltaron a él y encendieron sus antorchas eléctricas. Stolz y yo nos quedamos abajo. El trabajo empezó inmediatamente. Los fardos fueron amontonándose junto a la vía.

Había como una docena cuando el teniente hizo a sus hombres un gesto enérgico. Dos de los agentes empujaban en aquel momento hacia la puerta que teníamos delante un gran envoltorio informe de papel de embalaje reforzado por cuerdas del grueso de un dedo. No soy lo que se dice un hombre blando, pero juro que se me revolvió el estómago al ver las grasientas manchas de humedad que

impregnaban el papel.

El bulto fue arrastrado hasta el círculo de luz más viva situado al pie de un farol. En el silencio que las máscaras nos imponían, los seis hombres nos inclinamos para leer su etiqueta. Según ésta, el remitente se llamaba John Smith y vivía en el número 1414 de la calle Unión, en Los Angeles; el destinatario era Frankie —así, en diminutivo—. Konno, de «La Fiesta», Los Cerros. Se veían además dos letras y un número de tres cifras trazados en lápiz rojo, sin duda por el despacho de facturación de la ciudad.

Stolz sacó una navaja y cortó las cuerdas. Los agentes le ayudaron a retirar el papel de embalaje. Debajo había una capa de virutas y más papel. No creo que ya entonces ignorase ninguno de nosotros qué era lo que íbamos a encontrar en su interior, pero no por ello fue el descubrimiento menos espeluznante.

Había sido un hombre. Daba náuseas verlo. Estaba monstruosamente descuartizado, reducido a trozos y envuelto en sus propias ropas. Debía llevar mucho tiempo muerto, a juzgar por lo avanzado de su descomposición. Fue pura sugestión, pero me pareció que, a despecho de la máscara, su repugnante olor me llenaba las narices. Tuve que hacerme atrás, mientras Stolz y sus agentes enfocaban las linternas sobre el rostro del cadáver y registraban apresuradamente los bolsillos del traje que envolvía sus restos.

Reunieron la mar de cosas antes de dar por terminada la macabra tarea y apartarse de aquel montón de carne podrida. Entonces me uní a ellos nuevamente. Stolz, en cuclillas, extendía en el suelo su botín: un paquete de «Camel», un estuche de cerillas, un pañuelo, unas llaves, una cartera, un billetero; una pitillera conteniendo ocho largos egipcios emboquillados, un «Ronson» de oro y unas monedas. Abrió la cartera y lo primero que sacó a luz fue una licencia de conductor a nombre de Thomas Tolliver. Leí aquel nombre dos veces, antes de comprender que quien lo llevó no pudo ser otro que el «*Dandy*» Tolliver de quien me había hablado Lea Bates.

Juzgué que había visto bastante y emprendí el camino de regreso a la estación. Los tres huelguistas, agrupados bajo un farol y mucho más lejos del vagón, que antes, observaron con no poca curiosidad mi paso. Cuando me saqué la máscara y respiré hondo

me di cuenta de que me seguían. Luego vi al delegado sindical y al factor sentados uno junto a otro en el andén.

Me senté con ellos.

—¿Qué hay de esa barbaridad? —preguntó el factor, tranquilamente.

—Yo tenía razón.

—¿Y bien?

—Encontramos a un hombre muerto en el vagón. Era él quien hedía.

Los tres huelguistas y el delegado me rodearon ansiosamente.

—¿Un hombre muerto? ¿Quién era?

No se lo dije. Les conté lo esencial. Gané tiempo hasta que Stolz y los agentes llegaron. Habían dejado con el cadáver sus efectos, pero, aunque vi desde lejos que se lavaban las manos en una boca de riego, traían consigo la peste. Era irremediable.

—¿Tiene usted consignado un envío a nombre de Frankie Konno, de «La Fiesta»? —le preguntó el teniente al señor Kent.

—¿Frankie Konno? —repitió el factor. Y añadió—: Espere. No, por favor, no venga a mi oficina. Va a oler a podrido un año.

Regresó inmediatamente, con la lista de facturaciones.

—No —dijo—. No hay nada para Frankie Konno.

—¿Está seguro?

—Aquí no figura, por lo menos.

—¿Sabe lo que significan las letras L y T y el número 552 trazados con lápiz rojo en una etiqueta?

El señor Kent se quedó como si hubiera recibido un golpe.

—¡Santo Dios! —exclamó al fin.

—¿Qué?

—¿Estaba esa anotación en algún paquete?

—Por supuesto.

—Bueno… pues significa que el paquete debió ser enviado en vagón frigorífico. Aguarde. Ahora… se explica todo…

Se fue.

—¡En vagón frigorífico! —dijo Stolz—. ¡Un muerto viajando en vagón frigorífico! Naturalmente… eso indica que el fardo pasó algún tiempo en la cámara de la central, que fue metido en ese vagón por error… y que se descompuso todavía más aprisa de lo que se hubiera descompuesto en circunstancias normales.

El factor reapareció agitando una hoja de papel.

—¡Lo tengo! —anunció—. Envío en frigorífico
LT-552
para Frankie Konno, de «La Fiesta», portes pagados.

Era suficiente, pensé. Me sustraje a la atención de Stolz y sus hombres, di la vuelta a la estación, salté a mi coche y lo puse en marcha.

CAPÍTULO IV

La casa se alzaba junto a un bosque de pinos. Era una buena casa, de estilo español, bien cuidada e iluminada, rodeada de césped, con una pérgola y una piscina y una avenida de grava por la que metí el auto.

Un filipino me abrió la puerta.

—¿Está el señor Konno? —le pregunté.

No dijo ni que sí ni que no. Sólo me miró inquisitivamente.

—Vengo de la «Southern Pacific» —agregué—. Se ha cometido una pequeña equivocación en un envío para el señor Konno y desearía tratar el asunto personalmente con él.

—Veré —dijo el filipino.

Me dejó en un vestíbulo majestuoso y regresó a los pocos minutos.

—Pase, haga el favor.

Seguimos un corredor adornado con cabezas de toro disecadas y salimos a una veranda situada en la parte trasera de la casa. Una veranda con un emparrado. En un sillón extensible estaba sentado un hombre, y en otro una rubia que parecía una princesa. Miré más a la rubia que a él. Llevaba un vestido negro muy ajustado que se ceñía a sus bellas líneas; uno de esos vestidos algo escotados y cerrados por un broche un tanto más abajo de la garganta. Fumaba en boquilla, y, aunque se fingía soñolienta y displicente, me miró dos veces cuando hice mi aparición. El hombre era moreno y robusto, de espesas cejas, y estaba en mangas de camisa. Una y otro tenían sendos vasos en la mano. A su lado se veía un bar portátil, abierto. Detrás sonaba una radiogramola. En conjunto, componían la exacta imagen de lo que debe ser la felicidad en una noche de verano. Sentí envidia de Frankie Konno.

—¿Qué se le ofrece? —me preguntó.

Sólo a medias era la clase de hombre que uno hubiera esperado encontrar en aquella casa. No inspiraba confianza. Le faltaba respetabilidad. U honradez. Su modo de arrastrar las palabras, cuando habló, me hizo mirar instintivamente hacia su sobaco izquierdo en busca de la funda de una pistola. Pero no estaba allí.

—He venido a pedirle disculpas, señor Konno —dije—. Hemos cometido un error imperdonable. Un envío destinado a usted, que debía efectuarse en vagón frigorífico, nos ha sido remitido desde la central por la vía ordinaria y su contenido se ha echado a perder por completo. Naturalmente, desearíamos llegar con usted a un acuerdo respecto a la indemnización.

Las velludas cejas de Konno se unieron sobre su nariz.

—¿Es usted un empleado de los ferrocarriles?

—Esta noche hemos descubierto lo ocurrido —repuse, haciendo un gesto ambiguo que no expresaba asentimiento, ni negación—. Demasiado tarde.

Se había alarmado. Tenía los ojos clavados en mí y algo hervía en el fondo de ellos.

—El caso es que no espero ningún envío… ¿Quién lo hace?

—El señor Smith, de la calle Unión 1414, Los Angeles.

—¿A mi nombre?

—Sí, no hay duda ninguna.

—¿Qué contiene?

Miré significativamente a la rubia. Konno se enderezó e hizo un vivo ademán.

—Ahueca, paloma —gruñó.

La rubia se levantó permitiéndome ver sus bien torneadas piernas. Pasó por mi lado, llevándose el vaso y observándome de reojo, y entró en la casa.

—¿Quiere un trago? —preguntó Konno.

Asentí y me echó cuatro dedos de escocés en otro vaso, sin soda. Sus modales habían cambiado ligeramente.

—¿Quién es usted? ¿Un detective?

—¿Por qué supone que soy un detective?

—Bueno, sea quien sea, dígame lo que contiene ese envío. Y hable claro.

—¿Conoce a «*Dandy*» Tolliver?

Sus ojos se entrecerraron.

—Le he dicho que hable claro.

—Está bien. Contiene un cadáver descuartizado y en avanzado estado de descomposición. El cadáver es el de un hombre llamado Thomas Tolliver.

Pese a que, evidentemente, había esperado algo irregular, se quedó atónito. Lo más curioso fue que, a mi modo de ver, la noticia le tranquilizó. Se me ocurrió pensar qué cosa hubiera podido contener el paquete que fuera peor que un cuerpo descuartizado.

Konno vació de un trago su vaso, lo volvió a llenar y lo vació de nuevo. Lena Home se puso a cantar en la radiogramola.

—Mire, hermano —dijo Konno lentamente—, va a hacerme creer que estoy majareta, o que es usted quien lo está. No conozco a ningún Smith que viva en la calle Unión ni necesito que nadie me envíe nada. Puede guardarse ese paquete, si es que existe.

—Pero conoce a «*Dandy*» Tolliver —afirmé.

—¿Con qué derecho me hace tantas preguntas? ¿Quién es usted, a fin de cuentas?

—Más vale que dejemos eso aparte. Uno siempre se arma un lío cuando se pone a discutir de derechos e identidades.

Konno murmuró una maldición, se volvió y desconectó la radiogramola de un manotazo.

—No quiero oír ni una palabra más acerca de este asunto, ¿se entera?

—Tendrá que oírlas. El envío va dirigido a usted.

Se puso en pie. Se inclinó hacia mí.

—Atiéndame, pimpollo. Va usted a salir de esta casa y a olvidarse de que me ha conocido. Se guardará muy mucho de meter el hocico en algo que no le atañe, o de lo contrario tendrá de qué arrepentirse el resto de su existencia. ¿Me está escuchando? Incrústese esta idea en la sesera: Frankie Konno avisa una sola vez. Una nada más.

Me levanté también, saqué una tarjeta y la dejé encima del bar.

—Como guste —dije—. Pero llámame por teléfono si cambia de opinión. No tengo nada contra usted, Konno. He venido a hacerle un favor. Sólo quiero recordarle que esto es un asesinato, que está en manos de la policía y que los guardias no tardarán en presentarse aquí. Acaso más tarde pueda yo serle de alguna ayuda.

En medio de su cólera halló modo de reír.

—No sea ingenuo. ¿De veras cree que los guardias van a mezclarse en esto?

—¿Qué quiere decir?

Pulsó un timbre que había sobre el bar y al mismo tiempo recogió mi tarjeta y la leyó.

—No parece usted muy avispado para ser periodista. Y del «Leader», ¿eh? ¿Se ha vuelto loco? ¿O está tratando de engañarme?

—No sé de qué me habla —confesé.

El filipino había aparecido en la puerta.

—Mire, márchese —dijo Konno, impaciente—. Márchese y déjeme en paz. Y búsquese un lazarillo que le ayude a andar por el mundo hasta que se le abran los ojos.

Seguí al filipino por el corredor, a través de la casa, hasta el vestíbulo y la puerta principal. Estaba tan desconcertado que ni siquiera me di cuenta de que salía y la puerta se cerraba a mi espalda, Konno me había tratado de estúpido, probablemente con razón. Dijo infinidad de cosas que no entendí. Como si hablara chino.

Antes de abrir la portezuela de mi coche vi que había alguien dentro. Era la rubia. Me senté a su lado, frente al volante.

—¡Qué agradable sorpresa!

—Vaya despacio hasta la carretera —susurró—. Tengo que hablarle.

Algo en su tono me indujo a encender las luces del salpicadero. Le vi los ojos. Estaba llorando.

Solté los frenos y embragué.

—¿Qué le pasa?

—Me quedé en la puerta escuchando y lo he oído todo. ¿Es cierto que han matado a «*Dandy*»?

—Sí.

—¿Y que enviaron su cadáver a… a trozos?

—Sí.

—¡Dios mío! —gimió. La oí sollozar.

—¿Tanto le quería?

Por el respingo que dio comprendí que me había equivocado.

—¿A «*Dandy*»? ¡Oh, claro que no!

—¿Por quién llora, entonces?

—¿No lo comprende? ¡Por… por mí y por Frankie! ¡Le dije a Frankie que esto ocurriría! ¡Me había prometido un collar de brillantes y una casa en Beverly Hills! ¡La teníamos elegida, incluso! ¿No sabe cuál? ¡Esa casa donde vivió Ray Milland el año pasado! ¡Un sueño! ¡Y luego un viaje a Europa! ¡Oh, Dios mío!

Salimos a la carretera y detuve el coche.

—Bueno, no lo tome así —dije—. De modo que todo eso se ha perdido con la muerte de «*Dandy*», ¿eh?

—Sí. Es decir…

—¿Konno es amigo de Tony Lilac? —pregunté de sopetón.

—¿Qué?

Me apresuré a rectificar.

—No, nada. No he dicho nada. Pero no veo… ¿Usted sabe quién mató a «*Dandy*»?

—¡Pues claro que lo sé! —exclamó, sorprendida, como si le hubiera preguntado quién descubrió América—. ¿Quién iba a matarle, si no?

—Pero ¿quién, fue?

—¿No acaba de decirlo usted mismo?

—¿Tony Lilac?

—Oiga, ¿está burlándose de mí?

—Ni pensarlo. Le mató Tony Lilac, de acuerdo. ¿Por qué?

Se quedó meditabunda. A juzgar por el ritmo de su respiración, iba serenándose poco a poco. Volví a encender las luces del salpicadero para verle la cara pero vi algo que me gustó más: su escote.

—Le mató por… por todo eso —dijo al fin—. Por todo. No puedo contárselo… Le dijo usted a Frankie que era un detective, ¿no?

—Le dije que era un periodista.

—¿Ah, sí? Lo entendí mal. Bueno, no importa. Me gusta usted. Parece un hombre decidido. Le he esperado para pedirle que *lo haga*. Sé que *lo hará*. Si necesita dinero, se lo daré.

—¿Qué es lo que he de hacer?

Se aproximó a mí para mirarme a los ojos.

—Frankie está demasiado pagado de sí mismo y tiene demasiada confianza en sus fuerzas para rebajarse a pedir ayuda, pero yo sé que lo va a pasar mal si alguien no le saca de apuros. Estoy

asustada. Debe usted hacerlo, o de lo contrario…

—Pero ¿hacer qué?

—¡Pues llevar a Tony Lilac a la silla eléctrica por el asesinato de «*Dandy*», naturalmente! ¿No se da cuenta de que es la única solución?

—¿Sin saber por qué le ha matado? Lo veo difícil.

—Eso tiene que quedar aparte. Si no, de nada servirá que condenen a Lilac.

—Quiere usted decir que, si el motivo del asesinato sale a luz, Konno resultará perjudicado; que, en todo caso, habrá que inventar un motivo nuevo…

—Sí, eso es. Un motivo nuevo.

—Lo intentaré. A propósito, me llamo Donald Marty. Puede llamarme Don. Telefonéeme mañana al «Daily Leader» a mi departamento. Encontrará el número en la guía.

Suspiró.

—Gracias, Don. A mí puede llamarme Nancy.

El modo como lo dijo indicaba que podía hacer algo más también. Le rodeé con un brazo la cintura y la atraje hacia mí suavemente.

Nos separó el lejano aullido de una sirena.

—Los guardias —dije, recobrando el aliento—. Será mejor que me largue. No olvide telefonearme mañana. ¿Es celoso Frankie?

Rió.

—Sólo cuando no tiene nada más en que pensar.

Saltó del coche y se alejó por la pista de grava. Era una de las mujeres más estúpidas que he conocido pero la experiencia me ha demostrado que la estupidez es una de las cualidades que más adorables hace a las mujeres. Y más útiles.

Ya se veían los focos del cacharro de Stolz. Embragué de nuevo y me alejé en dirección contraria.

CAPÍTULO V

Hice alto en una droguería de Los Cerros y llamé por teléfono al «Leader».

—La huelga ha dado mucho juego —le dije a Crockett—. Un asesinato, lo más sensacional que se ha visto desde que el *Sádico Misterioso* asaltaba a las parejas de enamorados. Había un cadáver descuartizado descomponiéndose en el vagón que los ferroviarios se negaban a descargar.

—¡Oh! —Hizo el viejo, secamente. Tenía buen olfato y sabía distinguir entre lo periodístico de verdad y la pura filfa—. ¿Identificado?

—Sí. «*Dandy*» Tolliver, un amigo de Lilac.

—¿Un amigo *de quién*?

—Del patrón.

Hubo un silencio. No me costó nada imaginar la cara que estaría poniendo Crockett.

—Vaya con cuidado, Don. Es cuanto puedo decirle.

—¿No me habló usted de mi oportunidad?

—¿Se refiere a lo que le dije de hundir a Lilac y…?

—Eso mismo.

—Preferiría que lo hubiese olvidado.

—Me quedé con esa condición.

Hubo otro silencio.

—¿Y qué? —Gruñó Crockett.

—Creo que la oportunidad se ha presentado ya. Apuesto mi estilográfica contra su dentadura postiza a que debajo de este asesinato hay tanta porquería como lo hubo en los negocios de Lilac en Alemania. Saldrá a relucir tarde o temprano. ¿Sabe quién es Frankie Konno?

—No, no lo sé. Oiga, Don, espere —agregó apresuradamente—. No se precipite. Acaba usted de regresar a Los Angeles y no se da cuenta de cómo están las cosas aquí. Al rojo vivo. Yo no apostaría un centavo por nada ni por nadie.

—Iré dentro de un rato por ahí a escribir mi crónica —repliqué, sin hacerle caso—. Hágame un hueco en primera página.

—No le garantizo que se publique íntegra.

—Lo supongo.

—Ah, y dese prisa. Estamos a punto de entrar en máquinas.

—No tardaré. Pero antes tengo que ver a Lilac.

—¿Dice que quiere ver a Lilac? —exclamó—. ¿Para qué?

—Para aclarar algunos puntos confusos.

—¡Don! —aulló.

Le colgué el aparato en las narices. Busqué en la guía el número de «Samoa» y lo marqué deliberadamente. Pregunté si estaba Tony Lilac allí y me respondieron que no. Dije que era Don Marty quien llamaba y que necesitaba verle aquella misma noche. Me hicieron esperar cinco minutos y al cabo me anunciaron que Lilac me recibiría una hora después en su despacho del «Navajo». Una hora era mucho tiempo, pero calculé que Crockett la esperaría en atención a la importancia de mi reportaje.

El empleado de la droguería estaba resolviendo un problema de palabras cruzadas.

—Hay que amenizar de un modo u otro el servicio nocturno, ¿eh? —le dije—. ¿Alguna dificultad?

Bostezó.

—¿Sabe de algún dios mitológico con patas de cabra de tres letras?

—Pan.

—¿Pan? —repitió, dubitativo—. Esto ya lo he puesto aquí. Vea, «alimento por excelencia». Tres letras. Pan. No falla.

—Pruébelo. Lo probó.

—Encaja —reconoció, aunque sin convencerse—. ¿Está seguro de que es ése el nombre?

—Seguro.

—Pan —murmuró, sacudiendo la cabeza—. Pan, ¡valiente majadería!

Le dejé desahogarse.

—Quisiera pedirle un favor —dije a continuación. Me miró con una media sonrisa en los labios.

—Pida por esa boca.

—Soy periodista y ando preparando una serie de reportajes sobre las casas californianas de estilo español. Ya sabe: fotografías artísticas y todo eso. Para una revista de lujo. He pensado que debe haber alguna de esas casas en Los Cerros.

—Ujú —hizo—. Dos o tres.

—¿Bien cuidadas?

—¿Ha oído hablar de «La Fiesta»?

—Nunca.

Unió las yemas de los dedos de una mano y se las besó.

—Una joya.

—¿Quién es el propietario?

—Frankie Konno…

—¿Konno? —repetí, frunciendo el entrecejo.

—No le conocerá. Es forastero, lleva aquí menos de un mes. Un personaje. Compró la casa y la dejó como nueva.

—¿Tratable?

—*Pché*. Su rubia lo es más que él. Viene a verme de vez en cuando… No por mí, no vaya a creer… Le gustan nuestros helados.

—¿Konno? —insistí, pensativo—. Ese nombre lo he oído en alguna parte. ¿Quién es? ¿Sabe algo de él?



—Es judo, Lilae ¿Le gusta?

—Pues yo diría… que es un gran carnicero o algo así, uno de esos magnates de la ganadería —se rascó la cabeza—. No sé, y que ha venido a Los Cerros a descansar. No da golpe. Casi nunca sale de casa, si no es alguna noche, para irse con la rubia por ahí.

—¿Por qué precisamente un gran carnicero?

—Porque es de Chicago.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el cartero. Me dijo que Konno está suscrito al «Chicago Herald».

Guardé silencio un instante.

—Nada, no doy con él. Y he de recordarle… ¿No sabe más, amigo?

Rompió a reír.

—¡Ni que fuera usted un poli! No, no sé más. Vaya a verle y saldrá de dudas.

—Lo intentaré —dije.

—Buena suerte.

Subí al coche. Ignoro si el dependiente se sorprendería de que me alejara en dirección al centro de la ciudad.

Como disponía de tiempo me detuve en un bar a tomar unas copas e hilvanar unas cuantas ideas para mi artículo. Hilvanar ideas fue lo más difícil. Transcurrió una hora sin que lo hubiera logrado del todo.

El «Navajo» era un *dancing* de ciertas pretensiones. Estaba bien montado y no le faltaban chicas guapas, como ocurría con todos los negocios de Tony Lilac. Cuando llegué a él se hallaba en el apogeo de la animación y de los solos de trompeta. Le dije al portero quién era y lo que pretendía, y él llamó a uno de los matones del local y me encomendó a sus cuidados. El matón me condujo directamente al despacho de Lilac. Llamó a la puerta, la abrió, me hizo pasar y me siguió al interior.

Tony Lilac se hallaba solo en la habitación. No nos miramos al principio. Luego me hizo una seña.

—Siéntese.

Me senté.

Lilac, después, anduvo parsimoniosamente hacia su escritorio y se sentó detrás de él. Era quizá el hombre mejor vestido de la ciudad; su traje de etiqueta no tenía el menor defecto. Llevaba en el ojal una gardenia Su corpulencia era exactamente la apropiada a sus cuarenta años de edad y a su metro ochenta de estatura. El cabello le griseaba en las sienes. Su rostro moreno, duro y enérgico, era un prodigio de cincelado. Hubiera hecho sin duda el senador más arrogante del país, si resultaba elegido; pero yo sabía que no sería elegido jamás. ¿Sueños? Estaba seguro. Hubiera apostado mi último dólar.

Me miró a los ojos.
—Bien. Marty, usted dirá a qué debo el placer de esta visita. Sé que acaba de regresar a Los Angeles y sé que ha llegado a un acuerdo con Crockett. Eso es un motivo de alegría para los dos. ¿Quiere un trago? Sí, claro que lo quiere. A ver, sirve unos vasos, Buddy.
El matón abrió una alacena y sirvió *whisky*. Yo no abrí la boca hasta que tuvo los vasos llenos.
—Prefiero hablarle a solas, Lilac —dije entonces.
Lilac hizo un gesto con la mano.
—No se preocupe por Buddy. Es un antiguo amigo.
—No me preocupo. Lo que ocurre es que no considero necesaria su presencia. Con quien quiero hablar es con usted.
Lilac se encogió de hombros.
—Escúcheme, Marty. Tengo por costumbre que Buddy asista a todas mis conversaciones, y estoy en mi casa y hago en ella lo que me da la gana. Buddy no va a molestamos… y es mejor para los dos que se quede aquí.
—No —dije—. Ha de retirarse.
Buddy rió brevemente. Su risa semejó el roncar de un motor de cuarenta caballos. Por el rabillo del ojo pude ver que me observaba, calculando mis fuerzas y dándose cuenta exacta de que me pasaba un palmo y pesaba veinte kilos más que yo.
—No sea tonto, Marty —dijo Lilac, tratando de mostrarse amable. Me volví a Buddy.
—Márchese de aquí, hermano. Váyase a bailar. Necesita ejercicio. Se está volviendo fofo.
No le gustó lo que le dije. Depositó su vaso en el escritorio y se plantó ante mí con los puños cerrados. En aquella actitud hubiera intimidado al más valiente.
Se inclinó un poco.
—Fofo, ¿eh? —articuló—. Usted debe creerse muy duro, ¿verdad? ¿Por qué no lo probamos?
Le dejé que se acercara, y en el momento de elevar las manos sobre mí le dirigí un golpe de refilón, con el pie izquierdo, a la espinilla. Cuando intentaba retroceder para evitar el puntapié le empujé, haciéndole perder el equilibrio, al tiempo que con las puntas de los dedos le propinaba un golpe en los músculos del

cuello. Se contrajo a causa del dolor, y entonces fue el dorso de mi mano el que dio de lleno en sus riñones. Jadeó, se quedó indeciso y trató de apartarse de mí. Le seguí sin perder el contacto y, con la mano plana, le acaricié primero la nuca y luego la nuez.

Soltó un ruido parecido al del parche de un tambor al romperse, y se cayó sentado. Le contemplé un momento. Después dije a Lilac, por encima del hombro:

—Es *judo*. ¿Le gusta?

Lilac se llevó el vaso de *whisky* a los labios y asintió. Me pareció que le había impresionado.

—Levántese, Buddy —dije al matón—. No he querido hacerle daño, pero lárguese de una vez. Estará más seguro ahí fuera.

Se levantó. No había escarmentado, sin embargo, porque al pasar junto a mí se me echó bruscamente encima, tratando de cazarme desprevenidamente. Se equivocó. Le agarré una mano, y al ver que adelantaba la otra, sin soltársela, le apliqué una presa de cuello.

Emitió un ronquido desagradable. Estaba inmóvil, con la cabeza rígida, mirando fijamente ante sí.

—Interesante, ¿verdad? —le dije a Lilac—. Paralizado, por completo. No puede moverse. Si le suelto, continuará inconsciente un minuto O dos. Indefenso como un niño.

Deshice, la presa y le solté la mano. Permaneció acartonado, tratando en vano de mover la cabeza. Le di un bofetón para ayudarle. Sus labios empezaron a sangrar, y poco a poco el color, fue volviendo a su rostro.

—Coja su vaso y márchese ya, ¡y rápido porque empiezo a cansarme de verle!

Miró a Lilac, titubeando, y éste asintió. El matón tomó el vaso con manos temblorosas.

No me volví para verle salir.

—Muy instructivo —dijo Lilac, indiferente—. Pero ¿cree de veras que era necesario?

Me senté ante él y encendí un cigarrillo, adelantándome a que me ofreciera su caja de habanos.

—Lo era, Lilac —repuse—. Lo era por usted. A ningún hombre le gusta que haya espectadores mientras declina su estrella.

Capítulo VI

Lilac no se inmutó. Por el contrario, mi observación pareció divertirle.

—Es usted un tipo pintoresco, Marty —opinó.

—No sabe hasta qué extremo puedo serlo si me lo propongo… aunque quizá lo sospeche cuando me vea salir de aquí.

Rió.

—¡Qué impresionante!

Dejé pasar en silencio un minuto, con la esperanza de que se pusiera nervioso. No lo conseguí.

—He venido a hacerle una proposición —dije entonces.

—Hable.

—Lo primero que he sabido al llegar a Los Angeles es que usted aspira a un puesto en el Senado. Me gustaría que me lo confirmara personalmente.

—Delo por confirmado. Es la pura verdad.

—Bien, pues tendrá que renunciar a ese puesto. Desde esta noche.

—¿Por qué?

—Porqué yo lo quiero así. No, no me interrumpa, Lilac. No estoy loco. Usted sabe lo que decían mis últimas crónicas de Alemania, las que el «Leader» no publicó. Ellas solas bastarían para hundirle. ¿Qué va a oponer? ¿Qué no hay pruebas suficientes? ¿Qué no podré sostener un proceso por difamación? ¿Qué todo eso es agua pasada? Bueno, Lilac, quizá tenga razón… en parte. Pero hay más. Hay más *ahora*. «*Dandy*» Tolliver ha sido asesinado y la policía ha descubierto su cadáver. Se ha cometido un error que usted no pudo prever. No tiene la culpa. Mató a Tolliver y le envió su cuerpo despedazado a Frankie Konno, facturado por los servicios

frigoríficos de la «Southern Pacific». Sin riesgos. Konno se tragaría el castigo y no iba a hablar, por la cuenta que le tiene. Necesita el secreto tanto como usted. Haría desaparecer el obsequio que recibía, y a otra cosa. Pero le repito que ha habido un error, Lilac. Es un error fatal. Un empleado estúpido se equivocó y envió los restos de Tolliver por la vía ordinaria. El cadáver empezó a corromperse, hasta que el hedor fue tan intenso que provocó una huelga entre los descargadores de la estación de Los Cerros. Intervino la policía. Ya no hay remedio, Lilac. Ya lo tienen. Está en marcha la investigación. ¿Qué dirá usted, Lilac? ¿Qué ha sabido cubrirse y la investigación fracasará? ¿Que tampoco de esto habrá pruebas suficientes? No, Lilac. La policía no está sola. A lo que ella no llegue llegaré yo. Dispongo de medios: no hubiera venido aquí si no dispusiera de ellos. Y yo no quiero que sea usted senador. Me obligaría a avergonzarme de mi propia patria si lo fuera. Renuncie a sus sueños, Lilac. Aspire a menos. A una celda en Alcatraz, pongo por caso.

Nunca me había sentado a una mesa con él, pero en aquel momento descubrí que Lilac debía ser un extraordinario jugador de *póker*. Ni un músculo de su cara se movió mientras hablé. No se alteraron la expresión de sus ojos ni la fría sonrisa de su boca. En cuanto hube callado levantó el vaso de *whisky* y estuvo mirándolo al trasluz unos instantes, pensativo, como si algo que viera en el líquido le resultara la mar de jocoso.

—Usted ha venido a hacerme una proposición —me recordó al fin, con voz helada—. ¿De qué se trata, Marty?

Tragué saliva.

—Estoy dispuesto a no presentar cargo alguno contra usted, a dejarle en paz y a olvidarme de su existencia, si usted, por su parte, traspasa la propiedad del «Leader» y renuncia a sus ambiciones políticas.

Ya había soltado mi bomba. Pero no produjo el menor efecto.

—¿No se estará usted excediendo? —me preguntó Lilac tranquilamente.

—Sé lo que digo.

Movió compasivamente la cabeza.

—Temo que pretenda carear con un peso superior a sus fuerzas, Marty. Se ha formado una opinión equivocada del asunto. Supone

usted, al parecer, que yo voy a quedarme tranquilamente sentado aquí mientras usted recoge fango para arrojármelo al rostro, y no es así. Ni mucho menos. Me gusta actuar. Tengo una debilidad especial por la acción.

—De poco va a servirle.

—¿Está seguro? ¿Qué pasaría, por ejemplo, si le ocurriera a usted un accidente?

—¿Quiere decir un accidente como el que sufrió «*Dandy*» Tolliver?

—¿Quién sabe? ¡Se dan en el mundo coincidencias tan raras!

—Acepto el riesgo. No ganará usted nada eliminándome. Queda la policía. Desde que ella interviene, sus cálculos han fallado. Es una lástima que su envío a Konno no se haya efectuado en vagón frigorífico, tal como estaba dispuesto, pero ya no tiene remedio la cosa.

Me miró muy satisfecho e hizo una pregunta que me intrigó:

—¿Por qué se empeña en dar a la policía tanta importancia?

El tono con que lo dijo me recordó la risa de Frankie Konno y su observación acerca de si yo creía realmente que los guardias iban a mezclarse en el caso. Me parecía entender entonces lo que aquello significaba.

—La corrupción y el soborno no llegan a todas partes —repuso, enfurecido—. No sólo hay canallas en el mundo. Este asunto está en manos del teniente Stolz. Yo conozco a Stolz.

—Yo también.

Apreté los puños.

—Mire, Lilac…

—De todos modos —me interrumpió—, su proposición no es completamente desdeñable. Ha de haber algo en ella. Yo soy de los que opinan que no es usted tan tonto como parece. Me gustaría saber una cosa: ¿necesita dinero?

—No el suyo.

—Comprendo. ¿Le tiene mucho apego a su puesto en el «Leader»?

—El preciso para sacrificarlo a mis propósitos sin vacilar.

—Perfectamente. Bien, Marty, ¿está decidió a llevar el juego hasta sus últimas consecuencias, afrontándolo todo? ¿No le importa que me convierta en su declarado enemigo? ¿No me aprecia en

menos de lo que valgo?

—¡Basta de charla, Lilac! ¡No conseguirá amilanarme!

Lilac se pulió las uñas en la solapa de seda de su *smoking* y luego se las miró críticamente, con las cejas en arco. Pareció complacido.

—Lo pensaré —dijo, indiferente—. Deme de plazo esta noche. Mañana por la mañana le haré saber mi respuesta.

Casi me sorprendió haber triunfado con tanta facilidad.

—De acuerdo —dije. Me puse en pie.

—¿Quiere otro trago?

—No.

—A pesar de todo —dijo repentinamente Lilac, cuando ya me dirigía a la puerta—, le aconsejo que mantenga alerta sus sentidos y, si es posible, que lleve encima una pistola. O, mejor todavía, que salga de la ciudad. No respondo de lo que puede pasar si alguno de los muchachos se entera de lo que usted pretende de mí. No es que tengan mal carácter, pero les gusta darle al gatillo y a veces pierden el control de los nervios. Tome esto como una advertencia amistosa, Marty.

Su mirada no era la más apropiada para advertencias amistosas. Ardía el infierno en sus ojos. Pero no me asusté. Pensé solamente que era ya una inmensa satisfacción haber sacado a Tony Lilac de sus casillas.

Salí dando un portazo.

Me hubiera gustado cambiar impresiones con Stolz antes de escribir mi artículo, pero era demasiado tarde y Crockett debía hallarse sobre ascuas. Pasé un par de minutos contemplando a las parejas que se contorsionaban en la pista y luego crucé el local, atento a un posible tropiezo con Buddy. No le vi. Gané la calle sin novedad.

Me metí en el coche y me fui al periódico.

—¿Qué? —me interrogó el viejo ansiosamente—. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Nada de particular.

—¿Para qué quería ver a Lilac?

—Para convencerle de que retirase su candidatura y vendiera el «Leader».

Se atragantó.

—¿Qué ha dicho? ¿Cómo lo ha tomado?

—Con calma. Mañana me dará su respuesta.

Crockett se hundió en un sillón.

—Es usted un insensato, Marty. No comprendo…

—No lo comprende, porque no sabe cómo están las cosas. Atiéndame, jefe. Lilac ha dado un paso en falso. Anda metido en algún negocio muy sucio, en el que probablemente le ha salido un rival que se llama Frankie Konno. Konno ha llegado hace un mes de Chicago, y, a juzgar por su aspecto, si no es un hombre que se ha pasado la vida burlando la ley yo no me llamo Donald Marty. En el mismo negocio metía las narices un tercer personaje: Thomas Tolliver, más conocido por «*Dandy*». Tolliver parecía en buenas relaciones con Lilac, pero, de pronto, ha sido asesinado y su cadáver, descuartizado y empaquetado cuidadosamente, se le ha enviado a Konno facturado por los servicios frigoríficos de la «Southern Pacific». Esto tiene todo el cariz de una advertencia amenazadora, ¡y de qué calibre! Sin duda, estaba destinado a amedrentar a Konno y a obligarle a salirse de en medio. Naturalmente, Konno no hubiera dicho una palabra, porque la índole del negocio le impedía el menor asomo de publicidad. La cosa, como tantas otras, hubiera quedado entre esa gentuza sin trascender. Puede que Konno decidiese tomar venganza y estallará una guerra entre bandas rivales, y puede que no. Yo creo que no, porque Lilac es demasiado poderoso en Los Angeles. Sea como sea, un error accidental ha derribado todo el edificio. El cadáver de Tolliver no fue despachado en vagón frigorífico, sino por la vía ordinaria, y empezó a descomponerse. El hedor lo delató. Fue descubierto por la policía. Lilac se encuentra ahora en falsa posición y tiene miedo. Lo mismo le ocurre a Frankie Konno. Y ninguno de los dos tiene miedo de que salga a luz su participación en el asesinato de Tolliver, jefe, porque esto es algo que admite muchas tapaderas y que, en última instancia, sólo es imputable a cualquier pistolero asalariado de cuarta o quinta categoría; lo que ambos temen realmente, es que se revele qué clase de negocios están realizando en la sombra. Konno, en particular, está desesperado porque la advertencia que Lilac le ha enviado es suficientemente significativa. La muerte de «*Dandy*» parece indicar que se le ha cerrado una fuente de dinero. La rubia que está con él lloraba a moco tendido la ruina de sus ilusiones. Frankie no le comprará ya

su collar de diamantes ni su villa en Beverly Hills. Tanto es así que trató de seducirme para que le colgara el asesinato a Lilac y le llevara a la silla eléctrica, pero *sin revelar el verdadero motivo del crimen*. Claro, si Lilac desaparece y se ha guardado bien el secreto, Frankie Konno tendrá las manos libres, entrará en escena y podrá comprar todas las casas que haya en venta en Beverly Hills o en Hollywood entero. E incluso es posible que dentro de un par de años trate de ser elegido senador.

Crockett me había escuchado sin perder palabra. Una nube cubría sus ojos.

—¿Tiene pruebas de todo eso, Marty? —preguntó débilmente.

—No será difícil hallarlas. Me huele cuál es el negocio que hace bailar a Tony Lilac. Nada excepcional. Puedo deducirlo de lo poco que sé de «*Dandy*» Tolliver.

—¿Qué es?

—Drogas.

—Si no le entiendo mal —dijo el viejo, despacio—, usted ha ido con su historia a Lilac y le ha prometido no hacerla pública a cambio de que retire su candidatura y renuncie a la propiedad del «Leader».

—Eso mismo.

Crockett se llevó las manos a la cabeza.

—¿Sabe cuál será su respuesta, Marty?

—Aceptará.

—¡Aceptará! ¡So borrico! ¡Meterle un chorro de balas en el estómago, eso será lo que le hará Lilac! ¿Cómo es posible que no tenga usted ni una pizca de sentido común, Marty? ¿Cómo es posible esa monstruosidad?

Le dejé que gritara y me fui a mi despacho a redactar el artículo. Iba a ser un artículo inofensivo, aunque sensacionalista, pero antes de empezarlo solicité una conferencia telefónica con la redacción del «Herald» en Chicago, y le pedí a Ted Gordon, un viejo amigo mío, que me procurase un informe completo y detallado de la personalidad de Frankie Konno. Prometió hacerlo lo antes posible, le dije que llamara al «Leader», o a mi departamento, si yo no estaba allí, colgué y empecé a teclear en la máquina.

CAPÍTULO VII

Era bastante tarde cuando salí de la redacción, pero, por lo que yo sabía de los hábitos de Stolz, no demasiado para encontrar a éste en su oficina del Departamento. Me dirigí allí, y, efectivamente, le encontré, aunque con una cara mucho peor de lo que había supuesto. Estaba en mangas de camisa, el ventilador funcionaba a toda marcha sobre su escritorio y tenía delante una hoja de papel en la que había dibujado media docena de figuras grotescas y escrito infinidad de veces las palabras «cerillas», «Camel», «egipcios» y «Ronson».

—¿Problemas insolubles? —le pregunté.

Me contestó con una maldición. Luego dijo:

—Serán insolubles para quien le toque resolverlos, Don. No para mí. Yo estoy fuera del caso.

Me resistí a creerlo.

—¿Por propia voluntad?

—¡Por narices!

—¿Quiere decir que le han echado a un lado? ¿Sin explicaciones?

—Con un pretexto tonto.

—¿Quién se ocupa ahora de la investigación?

—El capitán Monaghan.

Le conocía. Monaghan era un hombre joven y astuto. No me pareció mal, por más que Stolz no semejara compartir mi opinión.

—¿Qué tiene usted contra Monaghan? —inquirí.

El teniente se sonrojó.

—Nada.

—Vamos, suéltelo.

—Nada. Salvo… salvo que su mujer se viste en el mejor modisto

de la ciudad y Monaghan se compra un coche nuevo cada medio año y… Bueno, ¿qué importa? Tonterías. No me haga caso, Don. Unos hombres son más listos que otros, y Monaghan es de los que más, simplemente.

Seguía rojo como un pimiento. Y todo cuanto dijo no era sino una alusión directa a Tony Lilac y al dinero de Tony Lilac. Eso fue lo que Lilac me insinuó y lo que la observación de Konno significaba. Lilac, pues, había entrado en acción. Me hubiera gustado saber cuál sería su próximo movimiento.

—Comprendo —dije amargamente—. No se preocupe… ya sabía yo que esto iba a ocurrir de un momento a otro. ¡Mil diablos! Para ser un polizonte es usted condenadamente susceptible, Stolz.

Quiso protestar, pero se contuvo al instante.

—Está bien, Don. Diga lo que quiera.

Guardé silencio, esperando a que se calmara. Luego señalé la hoja de papel.

—¿En qué pensaba cuando he llegado?

Se animó un poco.

—¿Observó cuál era el contenido de los bolsillos de Tolliver, Marty? A primera vista parecía normal, ¿lo recuerda? Pero había un par de anomalías que abultaban como elefantes. Tolliver llevaba encima un paquete de Camel y una pitillera de tabaco egipcio, una caja de cerillas y un encendedor de oro. Las cerillas estaban intactas. No sé si se fijaría en ellas… Su estuche era amarillo, con un trébol negro impreso en la solapa. Propaganda. Cerillas de un club o algo así… pero *sin una sola palabra* que indicara su procedencia. En cuanto al tabaco, me pareció curioso que Tolliver fumara dos clases de cigarrillos a la vez. He tenido tiempo de hacerlo analizar y es tabaco corriente, tanto el Camel como los egipcios. Pero, sorpréndase, Marty, en la pitillera había unas briznas microscópicas de algo que no era tabaco. Era marihuana.

No me sorprendí.

—¿Qué ha deducido de ello? —pregunté.

—Que lo que fumaba Tolliver era Camel, aunque habitualmente debía llevar cigarrillos de marihuana en esa pitillera, y que alguien sustituyó éstos por los egipcios, probablemente como medida de precaución.

—Probablemente —asentí—. ¿Y las cerillas?

—Oh, las cerillas se las darían en alguna parte, y no las utilizó porque se servía corrientemente del Ronson. Las guardó como una curiosidad. O como un recuerdo. A no ser… que alguien… las colocara entre sus ropas *deliberadamente*.

—¿Para qué?

—Para que sirvieran de aviso… de advertencia… de indicación acerca de quién era el verdadero remitente del cadáver. Por supuesto, el nombre y la dirección que figuraban en la etiqueta eran falsos. Saltaba a la vista, pero aun así lo he hecho comprobar. Diga, Marty. —Stolz se inclinó hacia mí con los ojos brillantes—. ¿No se da cuenta de lo importante de que el envío estuviera destinado a Frankie Konno y sólo por casualidad se haya descubierto su naturaleza? ¿Usted cree que Konno nos hubiera comunicado que había recibido un cadáver descuartizado, de ocurrir las cosas como se supuso que ocurrirían?

—No, no hubiera dicho una palabra. ¿Qué le contó Konno?

—Nada. Ni siquiera se avino a admitir que conocía a Tolliver. Usted le visitó antes que yo, ¿no? ¿Le dijo algo a usted?

—Ni pío —repuse. Cuanto Stolz estaba refiriendo confirmaba mis deducciones, pero, por una parte, él había quedado al margen del asunto, y por otra yo le había concedido a Lilac una tregua que no quería romper a no ser que me obligaran las circunstancias, de modo que opté por callar. No teniendo a su cargo la investigación, Stolz no podía pedirme que hablase—. Konno me echó a puntapiés —concluí— en cuanto supo que era periodista.

—Comprendo. ¿Usted qué opina de todo esto, Marty?

Su pregunta me puso entre la espada y la pared.

—Creo que salta a la vista —dije titubeando—, si se toma en consideración la puerca jugada que a usted le han hecho, que el asesinato de Tolliver y el envío de sus restos están estrechamente relacionados con alguien que en esta ciudad dispone de mucha influencia, alguien capaz de conseguir que las pesquisas mueran de aburrimiento entre las manos de Monaghan.

—Tony Lilac —me interrumpió con acidez.

—Naturalmente.

Suspiró.

—Sí, eso es lo que ocurre, Marty. Mala suerte. Me queda el consuelo de pensar que la justicia no va a salir en el fondo, muy

malparada. Matar a un tipo como «*Dandy*» Tolliver no es exactamente un delito, sino un acto de… de desinfección social. Por lo que sé de él, como mejor está es descuartizado.

Me alegró que tomara las cosas de aquel modo. Tiempo tendría de hacerle mudar de parecer en caso de necesitarle.

—¿Tenía algún proyecto cuando le quitaron la batuta? —pregunté. Asintió.

—Cocinar a Konno, hurgar en la vida y los negocios de «*Dandy*» y, sobre todo, poner a unos cuantos hombres sobre la pista del papel de embalaje, de las cuerdas y del tipo que facturó el cuerpo.

—Las briznas de marihuana son un buen indicio —apunté.

—Lo eran —me corrigió—. Se les puede sacar mucho jugo siempre que uno quiera sacárselo. Tanto, que apuesto mi chapa a que nos llevarían de la mano a descubrir el motivo del crimen.

Yo hubiera apostado mil dólares encima de su chapa a lo mismo.

—¿Qué va a hacer ahora, Stolz?

—No lo sé. Trabajar en lo que sea. Raterillos, si es posible… cosas que no tengan malas consecuencias. Le juro, Marty —agregó, en un rapto de sinceridad—, que estoy que no puedo más de todo esto. Me ha sostenido siempre la esperanza de que cambiaría un día u otro, pero a medida que pasa el tiempo la porquería no hace más que aumentar y aumentar y aumentar. Y lo malo es que es igual en todas partes. He intentado pasarme a la policía federal, pero si el F. B. I, no me admite, me establecería como detective privado. Lo demás al cuerno.

—Si necesita un socio, avíseme.

Me miró entornando los ojos.

—¿Lo dice en serio?

—Completamente en serio.

—Hablaremos de ello —me prometió.

Le di un cigarrillo.

—¿Qué me aconseja que haga ahora? ¿Cuál es mi posición, Stolz? ¿Qué digo mañana en el «Leader»?

—¿Ha escrito ya algo?

—Sí, esta noche. Inofensivo.

—Pues no sé, Marty. Si no quiere crearse dificultades, guárdese las iniciativas en el bolsillo y limítese a comentar, lo que el capitán Monaghan vaya comunicando.

—Así lo haré.

Salí del Departamento pensando que Stolz tenía razón, que la porquería era la misma en todas partes y que había muchos Tony Lilac sobre la tierra. Acaso lo más sensato fuera abandonarse a la corriente, dejar que la mujer de uno se vistiera en los mejores modistos y comprarse un coche nuevo cada medio año. De este modo, por lo menos, se adquiría fama de listo. Sólo los cabezotas se emperraban en luchar.

Subí a mis habitaciones y me serví una ración de *whisky* en la que hubiera podido nadar un caballo. Mientras la despachaba a pequeños sorbos me saqué la chaqueta y la corbata. Iba a hacerlo con los pantalones cuando llamaron a la puerta.

Volví a ceñirme el cinturón, corrí a mi escritorio y del cajón superior saqué la «Colt 32» que tenía guardada allí. Fui a la puerta y apliqué un ojo a la mirilla. Me había alarmado en vano. Era Lea Bates, mi vecina. Se me antojó imposible haberla olvidado de nuevo, pero así fue.

Abrí. Estaba disgustada.

—Si se me ocurre seguir esperando en «Samoa» —dijo—, hubiera envejecido allí. ¿Por qué eres así, Don? ¿Cuándo se podrá confiar en tu palabra? ¿Qué…? ¡Eh! ¿A qué viene esa pistola?

Iba vestida exactamente igual que cuando la vi por última vez, pero se la notaba cansada y angustiosa. Probablemente había estado acechado mi regreso detrás de su puerta.

Me metí el arma en el bolsillo.

—Perdona, pequeña. Me han dado la noche del diablo… Me he hundido hasta el cuello en un asunto que hará andar de cabeza a toda la ciudad. Pasa y siéntate. Toma un trago. He de darte la mejor noticia que has oído en tu vida.

No me hizo mucho caso, pero aceptó un vaso de *whisky*, y se sentó.

—«*Dandy*» Tolliver ha muerto —le dije. Abrió mucho los ojos.

—¡Don! No habrás…

—No, no fui yo quien le hizo ese favor al mundo. Espera a que te lo cuente todo.

Se lo conté sin omitir detalle. Me escuchó conteniendo el aliento. Cuando acabé se puso en pie nerviosamente y liquidó el *whisky* de un trago. Dejó el vaso y fue hasta la puerta y volvió

retorciéndose las manos.

—Don, es preciso hacer algo antes de que sea demasiado tarde. Rosanna no puede quedarse allí sola. En el estado en que se encuentra está expuesta a caer en Dios sabe qué manos… Don, es terrible. Es peor que «*Dandy*» haya muerto, ¿no te das cuenta? Para Rosanna, él lo era todo. De «*Dandy*» obtenía las drogas y morirá si no las obtiene… Y con los policías y los reporteros merodeando… ¡Oh, no, Don!

Pensé que era difícil que los policías merodeasen por parte alguna, pero no lo dije.

—¿En qué puedo ayudarte, Lea?

—¿Necesitas preguntarlo? Ve allí y tráela.

—*¿Ahora?*

Se encogió de hombros. Supuse que se sentía maternal respecto a Rosanna Grant, y cuando las mujeres se sienten maternales es peligroso razonar con ellas.

—«*Dandy*» Tolliver vive en una casa de departamentos de la calle Adams. El número doce.

—Vivía —la corregí, camino ya de la puerta—. *Vivía*, querida.

CAPÍTULO VIII

Tolliver debió ser un sibarita, a juzgar por el lugar que había elegido para vivir. Las casas del extremo de la calle Adams, lejos del barullo del tráfico de la ciudad lindan con una mancha de bosque donde en otro tiempo estuvo el Instituto Mineralógico, y la número doce, que no tenía más que tres pisos, se hallaba rodeada de un jardín frondoso. Un senderillo embaldosado conducía a su puerta. No había portero nocturno. Busqué en el tablero de timbres y vi el nombre de Thomas Tolliver junto al del departamento seis. Oprimí el botón. Esperé tanto tiempo, que llegué a creer que no iba a encontrar a nadie. Repetí la llamada dos veces, y al fin descorrióse el cerrojo y la puerta se abrió.

Tomé el ascensor hasta el último piso. Sobre el pavimento del corredor caía el chorro de luz rojiza que se filtraba por una puerta entreabierta. Distinguí en ella el número seis, la empujé, y entré, cerrándola a mi espalda.

Realmente, de no estar prevenido, no hubiera reconocido a Rosanna. Y menos viéndola con una borrachera imponente. Estaba caída en un sillón, con las piernas y los brazos abiertos, me miraba, balanceando la cabeza y tenía aspecto de haber visitado todos los bares de la ciudad. Vestía un traje de noche color oro viejo, muy exagerado: el traje de noche que se compraría una *taxi* si acertara un ganador en el hipódromo de Santa Anita.

—¿Quién eres, muchacho? —tartajeó—. ¿A quién buscas?

La única luz encendida en la pieza era una lámpara protegida por una pantalla roja. Di una mirada en torno. El desorden era excepcional. Sobre una mesa vi una media y un zapato. Sobre una silla, una prenda interior. Tres botellas vacías en el suelo y otra medio llena, con un vaso, en un diván. Se adivinaba que la

habitación no había sido limpiada en varios días.

Rosanna me reconoció cuando la luz me dio de lleno en la cara. Rió estúpidamente e hizo un ademán de saludo.

—¡Pero si es Don Marty! ¿Qué tal, Don? ¡Buenos días! ¡Buenos días!

—Hola, Rosanna —dije.

Se levantó del sillón con gran esfuerzo y vino hacia mí haciendo eses. Observé que había estado sentada encima de su bolso. Tuve que sostenerla por la cintura, pese a que ella misma se apoyó con las manos en mis hombros para no caer. Visto de cerca, y ya con el maquillaje mustio, su rostro era una calamidad. Parecía mentira que en cuatro meses se hubiera marchitado de tal modo su en otro tiempo fresca belleza. Tenía los ojos hundidos en sendas simas violáceas. Al acercarlos a la luz percibí sus pupilas diminutas como cabezas de alfiler.

—¿Qué ha sido? —le pregunté—. ¿Morfina? ¿Heroína?

Bajó la cabeza, la apoyó en mi pecho y me ciñó el torso con los brazos.

—He estado en una fiesta —dijo en tono vagamente soñador—, ¡qué fiesta! Un tonel de Martini helado… una bendición para la sed.

—¿Es morfina? —insistí.

—¿A ti qué te importa?

Me libré de su abrazo y la llevé de nuevo al sillón.

—Es Lea quien me envía, Rosanna —dije—. Quiere que vuelvas a su lado.

Hizo una mueca burlona.

—¡Oh, sí, tía Lea no me desampara! Gran chica, ¿eh, Don? Mujercita de su casa, honesta y bella. Una joya para el hogar. ¡Una joya! Ella no es una perdida. ¡Tía Lea! De modo que quiere que vuelva a su lado, ¿eh? ¿Por qué? Estoy bien aquí. Es mi sitio. Mi máscara… ¿Cuál es tu máscara, Don? ¿Con qué máscara vas tú por el mundo?

—Cállate —dije.

Lanzó una larga carcajada.

—¡Cuántas máscaras he visto esta noche! Bailé con una… Una máscara de valiente. Un hombre duro. Y otras veces le he visto derretirse cuando le mira… cuando *le miran*.

—¿Cuándo le mira *quién*?

—He dicho cuando *le miran*.

—¿A dónde has ido esta noche?

—A una fiesta. No te lo diré, Don. Oye, ¿por qué no preparas un trago? Algo fresco. ¿No sabes? Ahí está el bar. Detrás de esta puerta está la refrigeradora. Trae hielo.

Pensé que un trago más no le haría daño ninguno y obedecí. Cuando volví con el hielo, Rosanna había puesto en marcha una radiogramola y se balanceaba apoyada en el respaldo del sillón. Sopaba una romanza cursi, que a juzgar por la voz cantaba Tony Martin.

—Ésta era nuestra canción —dijo oscuramente.

Vi que lloraba y no me sorprendió. De un salto había pasado de la alegría al abatimiento. Le serví un coñac con soda y hielo, poco cargado, y la senté de nuevo en el sillón, retirando el bolso.

—¿Cuánto tiempo hace que no le has visto? —inquirí.

—Cuatro días.

Estaba pensando en «*Dandy*» Tolliver, naturalmente. Pensaba en él incluso cuando reía. No podía pensar en nadie más…

—¿Se largó?

Asintió, intentaba contener las lágrimas, pero no lo consiguió hasta haber vaciado el vaso de coñac. Entonces me lo tendió para que lo llenase de nuevo.

—Así sois los hombres, Don —dijo—. Perros vagabundos. El olfato os guía ahora hacia aquí, luego hacia allá y mordéis a quien trata de encadenaros.

—¿Dónde está «*Dandy*»?

—No lo sé.

—¿No te dijo a dónde iba?

—No me dijo nada.

—¿Se fue por sorpresa? ¿Sin avisarte?

Estaba a punto de llorar otra vez.

—Sí, Don. Se fue por sorpresa. Y no se llevó ni el cepillo de dientes.

—¿Ha venido alguien aquí en ausencia suya?

—Nadie.

—¿Estás segura? ¿Tampoco ha venido la policía?

—¡No! Don…

—¿Qué?

—¿Ha pasado algo?

—¿No se te ha ocurrido que puede haber pasado algo? ¿Se había ido otras veces «*Dandy*» de este modo?

—Es que discutimos y… ¡Oh, no, Don! ¿Qué es lo que pasa?

No supe si decírselo o no, dado su estado. Decidí que no.

—Nada, por ahora. Vamos, Rosanna, sé sensata. Lea quiere que vuelvas con ella y me ha enviado a buscarte. Recoge tus cosas.

—¿Lo dices en serio? ¿De veras crees que me iré?

—Por supuesto.

Rompió a reír. Hubo algo en su risa y en los lagrimones que al mismo tiempo le saltaban de los ojos que me hizo comprender que con razones no la convencería.

—Está bien —dije—. Tarde o temprano vas a saberlo: «*Dandy*» ha sido asesinado.

Reaccionó como si hubiera recibido una bofetada.

—¡Mentira! —aulló.

Empezó a insultarme, pero se le atragantaron los insultos y se puso a toser cavernosamente. Eché un poco más de coñac en su vaso, mucha soda, otro cubito de hielo, y se lo puse delante. Lo cogió como si de aquel vaso dependiera su vida. Después de beberlo se calmó y se quedó hundida en el sillón, con la cabeza apoyada en el respaldo, los ojos cerrados y unas lágrimas como garbanzos rodándole por las mejillas. La dejé así e hice de la casa un reconocimiento bastante a fondo. Cuatro habitaciones, en las que era evidente que «*Dandy*» se había gastado los cuartos para que un decorador profesional —y hubiera apostado el cuello a que fue un decorador de Hollywood— las hiciera dignas de alojarse. Más evidente todavía, sin embargo, era que, a despecho de lo que Rosanna había dicho, alguien me precedió en aquella exploración. Alguien que no tenía muy buena mano ni mucho sentido del orden. No la policía, por descontado: los guardias movían las patas con mayor limpieza. Los gorilas de Tony Lilac, probablemente. Al verlo comprendí que todo cuanto de interesante hubiera podido contener el departamento ya no estaría allí, pero completé el registro de todos modos y empleé en ello bastante tiempo. Me hubiera gustado encontrar alguna colilla significativa, algún botón, algún fragmento de jade exótico o alguna de esas cosas que encuentra la gente como Philo Vance y Ellery Queen en las novelas, pero no tuve tanta suerte

y regresé junto a Rosanna un poco decepcionado.

Rosanna se había dormido, como les suele ocurrir, por muy fuertes que sean las emociones que sufren, a los que se han hinchado de morfina y alcohol. Tomé su bolso y lo abrí. Dentro había lo qué hay en los bolsos de todas las mujeres: un pañuelo, unas llaves, un lápiz, polvos, rojo para labios y monedas sueltas. Y otras cosas exclusivas: un juguetito nacarado con seis balas en el cargador, una jeringa con su aguja hipodérmica y dos capsulitas transparentes que tenían grabados unos caracteres chinos. Una de las capsulitas estaba vacía. La otra contenía un líquido amarillento.

Conservando el bolso, levanté a la muchacha del sillón. Tenía un cuerpo bien formado y esbelto, aunque algo flaco. Pesaba poco. Salí con ella del departamento y cerré la puerta, dejando dentro la luz encendida. Bajé en el ascensor y atravesé el jardín. Rosanna respiraba pesadamente. La deposité en el coche, me senté al volante y emboqué la solitaria calle Adams a medio gas.

Me detuve en una cabina telefónica y avisé a Lea de mi llegada, porque no quería dar pábulo a que el portero nocturno hiciera suposiciones escabrosas a costa mía. Lea me esperaba, en la acera. Entre los dos sostuvimos a Rosanna y la llevamos a sus habitaciones. Lea había ya convertido en cama un diván y lo tenía todo dispuesto. No pude menos que sonreír al recordar lo que Rosanna había dicho de sus cualidades hogareñas.

—Déjanos solas, Don —dijo luego—. Está inconsciente, la pobre. Yo la cuidaré. Vete a dormir.

—No está inconsciente —repuse—. Duerme. Fue a una fiesta donde había un tonel lleno de Martini helado. Imagino que debió bebérselo entero.

Apenas rozó mis labios al despedirme.

—Buenas noches, Don. Y gracias. Nunca olvidaré esto, te lo prometo.

Volví a mi departamento y me llevé el bolso de Rosanna con todo su contenido. Lo metí en un cajón del escritorio y lo cerré con llave.

El sueño se me echó encima de pronto, como un alud.

Me saqué los pantalones y la camisa. En aquel momento comenzó el teléfono a repiquetear. Lo descolgué medio dormido.

—¿Dónde diablos estabas?

Era Ted Gordon, desde Chicago.

—Por ahí —dije—. Ando loco. ¿Has llamado otras veces?

—Cuatro. ¿A qué hora os vais a la cama en Los Angeles?

—Cuando podemos. Bueno, suelta lo que haya, Ted. Se me cierran los párpados solos.

—He mirado lo de Konno. ¿Qué quieres saber?

—Todo su historial.

—Bueno, pues es un tío listo, pero sin suerte. No ha encontrado todavía su oportunidad, pero en cuanto la encuentre se hará millonario. Es nuevo, ha salido de las últimas promociones. Empezó en la calle. Luego, con un salón de billares. Clientela escogida, ¿comprendes? Tuvo el cerebro suficiente para formar una banda entre los que tiraban de taco a horas perdidas y estrenarse con un fumadero de marihuana. Dos años después tenía una docena, había eliminado a los competidores, abastecía de estupefacientes a toda la ciudad y disponía de protectores en todas partes. Aquello, sin embargo, no duró más que unos meses. Un soplón malintencionado lo hundió, pero el escándalo, cuando se descubrió hasta dónde llegaban los tentáculos de Konno, amenazó con ser tan grande que el gobernador se apresuró a echarle tierra al asunto. Hubo, eso sí, una epidemia de dimisiones *por motivos de salud*, y la policía tuvo que reorganizar de pies a cabeza sus cuadros. En cuanto a Konno, el tropiezo le costó una multa de siete cifras y el destierro de Michigan. Es decir la ruina. ¿Está en Los Angeles ahora?

—Sí, está aquí. ¿Tuvo algo que ver con todo eso un tal Thomas Tolliver?

—¡Que si tuvo! «*Dandy*» Tolliver era la mano derecha de Konno.

—¿Amigos?

—Carne y uña.

—¿Siguieron siéndolo después del desastre?

—Que yo sepa, sí. ¿Por qué? ¿Ocurre algo?

—Tolliver ha sido asesinado.

Oí silbar a Ted.

—Cuéntame.

Se lo conté, a mi modo.

—Volveré a llamarte mañana —dijo, cuando concluí—. Ese asunto interesará al «Herald». Buena caza Don.

Le di las gracias y me fui a dormir.

CAPÍTULO IX

Mi despertar fue sumamente desagradable. Primero, porque, a juzgar por cómo me zumbaba la cabeza, algo de lo que bebí la noche anterior debió hacerme daño; segundo, porque tenía ante los ojos el negro hocico de una «Luger».

No supe, al principio, dónde estaba ni quién era el hombre que empuñaba la pistola. Al cabo, no sin esfuerzo, identifiqué mi propio departamento y a aquel hipopótamo que se llamaba Buddy.

—Vamos, levántese —dijo Buddy, entonces—. Y no intente jugar conmigo porque el gatillo me hace cosquillas en el dedo.

Me incorporé trabajosamente. Junto a la puerta había otro hombre, un tío zanquilargo, de cabello color paja, que mascaba alguna cosa. Ni él ni Buddy parecían de muy buen humor.

—*Pff* —hizo displicente—. Sólo hemos venido a traerle un recado de Lilac. Pero nos llevará tiempo. ¡Vamos, salga ya de la cama!

Salí. Mi indumentaria no era como para triunfar en sociedad, pero ni a Buddy ni al zanquilazo pareció importarles tal cosa. Un poco mareado, me trasladé a una silla. En los pocos metros que recorrí estuve a punto de caer dos veces.

No esperaba lo que sucedió a continuación; Buddy, que me había seguido paso a paso, me golpeó de pronto en mitad de la cara con el cañón de su pistola. Lo vi todo rojo. Me sentí como si fuera a morir. A duras penas contuve un grito de dolor.

—Esto es por cuenta mía —dijo Buddy—. No me gusta deberle nada a nadie, hermano. Lo de Lilac vendrá luego.

Le disparé un rodillazo al vientre, pero estaba prevenido y lo esquivó.

—Ven acá, Sloane —gruñó.

El zanquilargo se situó a mi espalda y me asió de los brazos. Era una precaución tonta, porque las solas náuseas que me acometieron después del golpe me impedían defenderme, pero los cobardes no dejan nunca nada al azar. Sloane rió. Buddy, el muy cerdo, volvió a pegarme con el cañón de la «Luger». Y no una vez, sino varias. Lo bastante fuerte para hacerme daño y no lo bastante para que perdiera el conocimiento. Me entró sangre en la boca, de la que se me escurría por el rostro. No dije nada. A Buddy se le salían los ojos de las órbitas.

Al fin se cansó.

—Anoche desafiaste a Lilac, ¿verdad, estúpido? —le oí decir vagamente, como si estuviera muy lejos—. ¿Qué te has creído? ¿Que eres el amo de la ciudad? Muy bien, Marty, tú te lo has buscado. Si Lilac me hubiera hecho caso a mí, esto te costaría el pellejo. Pero él tiene un corazón de oro. Unas caricias, y a olvidar lo pasado. Según Lilac, ésta es su respuesta.

Debió ocurrírseme, la víspera, que la respuesta de Lilac no podía ser otra. Me habían prevenido. La culpa era mía nada más.

Le escupí a Buddy, y él se me echó encima y me aporreó las narices. Traté de desasirme de la presa de Sloane. Lo logré. Pegué a Buddy como pude, le mordí una mejilla. Aulló. Mi propia impotencia me hacía sentirme doblemente enfermo. Luego, los dos hombres se precipitaron a una sobre mí y silla y yo caímos hacia atrás. A mí me pareció que caía en un negro abismo sin fondo.

Cuando recobré el sentido, Sloane me estaba vaciando encima un jarro de agua, mientras Buddy, sentado en la cama, me mantenía cubierto con su «Luger». Pensé que no resistiría el dolor que se me había hincado en la cabeza. Era espantoso. No me hubiera importado morir entonces, con tal que me dejaran en paz.

—¿Le ha gustado, Marty? —dijo Buddy—. Pues no hemos hecho más que empezar. Cuando acabemos, estará usted como para ganar un concurso de belleza. Tenga paciencia, que todo llegará.

Sloane dejó la jarra, sacó del bolsillo un rompecabezas y lo restregó contra sus pantalones. Yo reuní todas mis fuerzas y solté una carcajada que sonó a hueco.

—¿Creen que por unas cuentas tortas voy a asustarme? ¿Es eso lo que cree Lilac? Pues se equivocan. Pierden el tiempo. Usted, Buddy, so marrano, va a arrepentirse de lo que hace el resto de su

vida. Lo juro.

—¿Le pego? —preguntó Sloane.

La mueca de Buddy pareció expresar asentimiento, pero el zanquilargo no llegó a pegarme: me volví bruscamente, le así de las piernas y le hice caer. Hubo un gran estrépito. Con una maldición, Buddy saltó en ayuda de su amigote. Yo me arrastré fuera de su alcance. En una silla, donde los dejé al acostarme, estaban mis pantalones. Y, en su bolsillo la «Colt 32». Me abalancé sobre ellos. Viéndolo, el gordinflón disparó sin contemplaciones. El estampido sacudió la habitación y una bala me socarró los cabellos y se incrustó en la pared. Perdí el dominio de mí mismo. Agarré la culata de la «Colt», tiré de ella, la saqué y, antes de que Buddy pudiera repetir su disparo, apreté el gatillo.

Me entretuve demasiado viendo a aquel imbécil saltar hacia atrás impulsado por el proyectil y estrellarse contra una cómoda, y Sloane se me sentó encima sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Me golpeó ferozmente con el rompecabezas. Un golpe, otro, otro… Intenté zafarme. En vano. Me había pisado la mano armada y el tacón de su zapato me deshacía la muñeca. Volvió a pegarme, no sé cuántas veces. Mis pocas fuerzas se desvanecieron. «Buen viaje», me dije, comprendiendo que aquello en el fin.

—¡Maldita sea! —gimió entonces Buddy—. ¡Suéltale! ¡Vámonos, o esto se llenará de fisgones!

Sloane se levantó y me largó un puntapié a la garganta. Todavía pude ver que salía corriendo, seguido de Buddy. Buddy se oprimía el hombro izquierdo con la mano derecha y su brazo colgaba inerte.

Me puse en pie. El suelo subía y bajaba. La habitación daba vueltas. Anduve como un borracho hacia el cuarto de aseo y me encerré en él. Empecé por librar a mi estómago de cuanto le sobraba, y aquello solo ya me reanimó. En aquel momento me di cuenta de que los tiros me habían salvado: fue así porque la habitación contigua se llenó de gente que daba grandes voces.

—¡Señor Marty!

—¡Eh, señor Marty! ¿Está usted bien?

—¿Qué ha pasado?

Una de las voces era la de Lea.

—¿Dónde estás, Don?

—¡Estoy aquí, en el baño! —grité—. ¿No puede un hombre

ducharse en paz?

—¿Qué han sido esos disparos?

—¡Nada! ¡Un accidente! ¡Se me enganchó el gatillo de la pistola!

—¡Aquí hay sangre! —exclamó alguien—. ¿Estás herido?

—¡Un rasguño! ¡Nada! ¡Márchense, no se preocupen!

—Don… —dijo Lea, a través de la puerta del cuarto de baño.

—De veras que no es nada, pequeña —la tranquilicé—. Dentro de un rato iré a verte. Llévate a esa gente de aquí.

Poco a poco se rehízo el silencio. Me curé como supe las heridas del rostro y del cráneo y les apliqué el astringente que usaba para afeitarme. No quedaron mal, pero por todas partes se me empezó a hinchar la cara. Resignado, me di un baño tibio y una ducha helada.

Volví secándome a la habitación. Creí que no habría ya nadie allí, pero, apoyado en el quicio de la puerta, distinguí al portero. Ponía una cara Como si algo se le hubiese indigestado.

—No me gusta esto, señor Marty —anunció—. Vi a los hombres que le visitaron. Les vi entrar y salir. Uno salió herido.

—¿Y qué? —repuse—. Su puesto está abajo, Johnson. Nadie le ha llamado.

Sacudió la cabeza.

—Tendría que dar parte a los guardias.

—Muy bien, dé parte. Pero lárguese ya.

—Forzaron la puerta de este departamento, señor Marty.

—Cambiaré la cerradura. ¿Quiere marcharse, Johnson?

Suspiró y se fue. Me tomé dos aspirinas y un cuarto de litro de *whisky*, y casi tenía ganas de cantar cuando terminé de vestirme. Entonces encendí un cigarrillo y me senté a reflexionar.

Entre la paz y la guerra, Tony Lilac había optado por la guerra. Tanto mejor, pensé. Ambos podíamos hacernos mucho daño mutuamente, pero yo estaba seguro de ser el último en pegar. Y pegaría fuerte.

Descolgué el teléfono y le pedí al portero que me subiera un ejemplar del «Daily Leader». Cuando me lo trajo ponía tan mala cara como antes, y ni la propina que le di se la mejoró.

Busqué mi artículo en primera página. No estaba. No estaba en ninguna. En su lugar aparecía un suelto de seis líneas que notificaba escueta y oscuramente el hallazgo de un cadáver en la estación de Los Cerros.

Volví a tomar el teléfono y llamé a Crockett.

—Lo siento, Marty —me dijo lúgubremente—. Lilac me llamó poco después de haberse ido usted. Está despedido, ¿sabe? Pero yo no aguanto más. Presentaré mi renuncia esta mañana.

—No lo haga, jefe —repuse—. Aguante. Es cuestión de unos días, y cuando esto acabe le necesitaré a usted ahí.

—¿Es que va a seguir con esa locura?

—No lo llame locura todavía.

Crockett murmuró algo ininteligible.

—Lo mejor que puede hacer es salir de la ciudad —dijo luego—. Y salir cuanto antes. Si hubiera oído a Lilac anoche…

—Usted siga firme en su sitio unos días y no hablemos más —le atajé.

Colgué, e inmediatamente me puse a marcar el número particular de Stolz.

—Soy Don Marty, teniente —le dije—. Tengo algo que contarle sobre el asunto Tolliver.

Gruñó.

—¿No se enteró de que es Monaghan quien se ocupa de eso?

—Suponga que no me he enterado. Escúcheme.

Se lo conté todo lisa y llanamente, sin olvidar la proposición de la rubia de Konno y concluyendo con la visita de Buddy y Sloane.

—¿Y qué? —preguntó él a continuación.

—¿No se da cuenta de que Tony Lilac anda haciendo equilibrios para no caer? ¿No comprende que un simple empujoncito bastaría para derribarlo? Es el momento oportuno, Stolz. Yo voy a hacerlo. ¿Quiere ayudarme?

Titubeó.

—¿Cómo quiere que le ayude? No sea absurdo. Yo soy un policía, estoy sujeto a una disciplina. No puedo arriesgarme a emprender esa clase de aventuras.

—¿Y qué hay de nuestra futura agencia de investigaciones privadas? Será una solución… si fracasamos.

Hubo una pausa.

—Bueno, a ver, diga qué se propone. No le aseguro nada.

—Necesito que lleve adelante la investigación que había planeado. Lo del papel de embalaje, las cuerdas, el hombre que facturó el cadáver y las hebras de marihuana. Puede hacerlo, Stolz.

No me diga que no. Puede trabajar en ello por su cuenta, sin que se entere nadie.

—Sí, puedo —asintió—. Pero ¿por qué no buscamos una ayuda? Lilac tiene muchos enemigos. ¿Conoce usted a Lincoln
O'Hara?
Va a ser el más peligroso rival de Lilac en la lucha por el cargo de senador y tiene muy buena Prensa. ¿Por qué no habla con él?

—Quizá lo haga, aunque no por la buena Prensa. Será el «Leader» quien hunda a Lilac: es un privilegio que le reservo. Y lo necesitará, después que Lilac lo haya utilizado para su campaña. Le servirá de purificación.

—Comprendo.

—¿Y en la policía? ¿No encontraría usted ayuda en el Departamento? ¿No hay allí nadie que merezca confianza?

La respuesta de Stolz: se demoró unos segundos.

—Está Prescott.

James Prescott era el jefe de la División de Detectives y un hombre extraordinario.

—Es cierto —dije—; me había olvidado de él. Prescott nos atenderá si le hacemos nuestras confidencias, Stolz. Hágaselas. Preséntele el caso tal como nosotros lo vemos. Insista en que importa más descubrir lo que hay debajo del asesinato de «*Dandy*» que al propio asesino, y Prescott sabrá, a qué se refiere. Es honrado. Si consigue, usted su apoyo, puede poner manos a la obra inmediatamente. Inténtelo. Yo veré a
O'Hara.

—De acuerdo —suspiró Stolz.

Mientras colgaba el teléfono pensé en las consecuencias que aquella conversación podía tener para Tony Lilac, y me permití una mueca de placer.

CAPÍTULO X

Fui a la puerta del departamento de Lea y la golpeé con los nudillos.

—¡Oh! —exclamó ella, al abrir y verme el rostro—. ¿Qué ha sido?

—Una visita de los amigos de Lilac. Nada de particular, descuida. Los ahuyenté a tiros.

—¿Qué querían?

—Que deje a su cacique en paz.

Observé que, sin lugar a dudas, mi respuesta la aliviaba.

—¿Qué esperabas que quisieran, Lea? Juntó las manos.

—Algo… algo relacionado con Rosanna. No sé si será bueno que pases, Don. Está muy excitada. Trato de calmarla y no puedo… Temía que hubieran venido a buscarla, ¿comprendes?

—Mira, Lea —dije—, esa chica ha pasado cuatro meses drogándose cuando y como le venía en gana, y es una locura privarla de repente de sus drogas. Si lo haces, morirá. Eso es cosa de un médico, de un sanatorio. No la trates a contrapelo porque te dará un disgusto.

—Ha estado a punto de dármelo. Quiere escaparse. No comprendo cómo no se da cuenta de que es por su bien. Me ha llamado de todo lo que se le puede llamar a una mujer, Don. Nunca he visto a nadie tan furioso. He tenido que esconderle la ropa y esconder la mía, y cerrar los armarios con llave, o de lo contrario ya estaría fuera.

—¿Dónde la has metido?

No necesité que me respondiera.

—¡Eh! —gritó una áspera voz de mujer, a través de la puerta del dormitorio—. ¿Quién está ahí? ¡Tú, Lea! ¿Quién charla contigo?

—Déjala que salga —dije.

Lea titubeó, pero abrió la puerta. Apareció Rosanna, envuelta en una bata azul, con los cabellos desordenados y sin maquillar. Tenía aspecto de haber escapado de un manicomio. Los ojos, de mirada extraviada, le ardían. Cuando los fijó en mí, sin embargo, se tiñeron con una expresión triunfante.

—¡Vaya, está aquí Don! —exclamó—. ¿Qué tal, caballero andante? ¿Tuvimos buen viaje desde la calle Adams?

—Cierra la boca, Rosanna —repuse—. Si eres buena, chica lograrás lo que quieres; si no… te aguantarás.

Avanzó amenazadoramente hacia Lea, quien permaneció a mi lado y me asió de una manga.

—¡Dile a esa que me dé mi ropa! ¡Me largo!

—Tómalo con calma, Rosanna.

—¡Vete al cuerno! Esto es un secuestro. Es ilegal. Llamaré a la policía y vais a pagarlo caro.

—Llámala e irás a la cárcel por tráfico de estupefacientes.

Me miró frunciendo las cejas. Me pareció que en sus ojos centelleaba la astucia.

—Por última vez, Lea —dijo—: ¿me das o no me das la ropa?

—Es un vestido de noche —repuso Lea, queda, pero firmemente —. ¿Cómo irás vestida de noche a estas horas?

—Préstame un vestido tuyo. Por última vez, Lea…

Lea me miró. Yo moví negativamente la cabeza.

—Es inútil, Rosanna.

Rosanna lanzó una seca carcajada, y a continuación, con rápidos movimientos, intentó despojarse de la bata azul.

—¡Oh! —gritó Lea—, ¡no vayas a desnudarte!

Sin hacerle caso, Rosanna se dispuso a desabrocharse.

—¡Espera! —gritó Lea—. ¡Está bien, te daré un vestido!

Corrió en su busca y al poco se lo entregó a la muchacha, marchando después a su dormitorio.

—Siéntate. Tengo que hablarte —le dije a Rosanna.

Sentóse sobre sus piernas dobladas, en un diván.

—Dame un cigarrillo —pidió.

Le arrojé el paquete y mi encendedor. Rosanna expelió dos chorros de humo por la nariz. Su victoria la había serenado notablemente.

—Que Lea te dé un vestido no significa que te permita

marcharte —dije, mirándola a los ojos y sin amabilidad—. Estás metida en un lío demasiado gordo y no te conviene salir de aquí.

—Necesito salir —repuso con voz cansada.

—Supongo que para procurarte morfina, ¿no? Si es por otro motivo, dilo.

Se encogió de hombros, sin replicar.

—Muy bien —proseguí—, si sólo se trata de eso, yo lo arreglaré. Te daré la morfina que quieras… con tal que te quedes aquí… y contestes a lo que te pregunte.

Me miró recelosamente.

—¿Que conteste a qué?

Lea regresó del dormitorio. Ponía cara de pocos amigos.

—Siéntate también, y atiende, Lea —le dije.

Obedeció.

—¿Qué es esto? —preguntó Rosanna—. ¿Una conferencia?

—Ayer se encontró el cadáver de «*Dandy*» —dije yo—. Llevaba muerto tres o cuatro días, y fue Tony Lilac quien le hizo matar… si no le mató en persona. Voy a conseguir que le sienten en la silla eléctrica por esto, pero necesito tu ayuda, Rosanna. Cuento con ella.

Rosanna se quedó muy quieta. Empezó a sonreír.

—Ya veo —murmuró—. ¿Dónde está la morfina, Don?

—La tendrás luego.

Su sonrisa se congeló.

—Ahora, o no hay trato.

Vacilé, y al fin salí del departamento, fui al mío, tomé el bolso de Rosanna y saqué de él la jeringuilla y la cápsula llena. Regresé y se las di. Ávidamente, Rosanna apartó la bata y, sin preocuparse de esterilizarla, hundió la aguja en la capsulita, extrajo el líquido y se lo inyectó diestramente.

Esperé cosa de un minuto. Durante él, Rosanna se transfiguró. Un rayo de luz pareció acariciar su rostro, que tomó una expresión beatífica de paz, de alivio y de contento. Sus rasgos se distendieron. Su sonrisa se dulcificó. Transcurrido el minuto, se recostó lánguidamente en el diván y nos dirigió a Lea y a mí una mirada que era humana por primera vez. La cara de Lea reflejaba profundo disgusto y un poco de repulsión. No semejaba, empero, dispuesta a pronunciar ni una palabra.

—¿Qué quieres saber, Don? —dijo Rosanna, con naturalidad.

—En primer lugar, cuándo viste por última vez a «*Dandy*».

—¿Qué día es hoy?

—Viernes.

—Pues le vi el domingo por la noche. Tuvimos una disputa y se fue.

—¿A dónde supusiste que había ido?

—Por ahí, a tomar unas copas.

—¿Qué hora era?

—Las once, o las doce.

—¿Qué has hecho desde entonces?

—Nada. Al principio, esperar. Después, buscarle.

—¿Dónde le has buscado?

—Pregunté a sus amigos.

—¿A Tony Lilac?

—Sí, y a toda la pandilla. Le vieron el domingo. Estuvo… bueno, jugándose unos pavos hasta las dos de la madrugada. Luego desapareció.

—¿Ganó o perdió?

—Perdió, pero poco.

—¿«*Dandy*» era muy amigo de Tony Lilac?

—Regular.

—¿De qué vivía?

—De sus negocios.

—Vamos, Rosanna, di la verdad. ¿A qué se dedicaba? ¿Al chantaje? ¿A la coacción? ¿A la venta de estupefacientes? ¿O era sólo un pistolero a sueldo de Lilac?

Un velo pareció correrse ante las pupilas de Rosanna.

—De todo sacaba pasta. Era listo.

—Pero ¿no distribuía drogas? ¿No te las proporcionaba a ti?

—Sí, también.

—Lo hacía por cuenta de Lilac, ¿no?

—No lo sé.

—¿Qué relación había, exactamente, entre Lilac y «*Dandy*»?

—¡No lo sé!

—¿Y entre ellos dos y Frankie Konno?

—¡No lo sé, Don!

—¿Por qué mató Lilac a «*Dandy*»? ¿Le traicionaba?

—¡Vete al diablo!

Rosanna jadeaba.

—¡No mientas, estúpida! —grité—. ¡Tú lo sabes todo! Han matado a tu hombre, ¿no te das cuenta? ¡Suéltalo! ¿No estabas loca perdida por él?

Rosanna echó atrás la cabeza y lanzó una nerviosa carcajada.

—¡Loca perdida! —exclamó—. No seas tontaina, Don… Yo no quería a «*Dandy*», ¿cómo iba a quererle? Le quise hace mucho tiempo… y sólo unos días… hasta descubrir qué clase se sapo era. Pero ahora… ¡le odiaba! Me tenía atada muy corto, ¡pero le odiaba! Estoy perdida sin él, ¡pero le odiaba! ¿Te enteras, borrico? Estar loca por él… loca por él… ¡Cerdo! ¿Tú qué te has creído, Don? ¿Qué me chupo el dedo?

—No me he creído nada.

—No, ¿eh? Y dices que si me quedo aquí y conecto el micro y té regalo los oídos con lo que sé vas a darme toda la morfina que quiera, ¿verdad? ¡Narices! Sé de dónde sacaste la que me has dado: de mi bolso. Y no hay más. ¿Para que necesitas más? En cuanto recite la lección entera, nanay. Se acabó lo que se daba. ¡Oh, no, Don! Ese trato no me conviene.

El tono con que pronunció la última frase me obligó a enderezar la cabeza. Algo tramaba.

—Ve con cuidado, Rosanna —dije—. Adivino lo que buscas. Estás tan hundida en la porquería que no te importa que el asesinato de «*Dandy*» quede impune con tal de disponer de un medio de hacerle chantaje al asesino y conseguir de él tus cochinas drogas. Por eso no quieres hablar. Pero es peligroso. No durarás si lo intentas. No daría un centavo por tu vida.

—No lo des —replicó tranquilamente—. Nadie te lo ha pedido.

—Eso es una imbecilidad —insistí—. Te quedarás encerrada aquí hasta que revientes. Si yo no te doy morfina, no te la dará nadie. Despierta, paloma. No sueñes. No tienes otro camino que confiarte a mí.

—Prefiero reventar. Me parece que hay una cosa que no entiendes, Don.

—¿Qué es?

—Te he dicho que odiaba a «*Dandy*», ¿recuerdas? Y prefiero reventar que mover un solo dedo contra el hombre que me hizo el inmenso favor de matarle. A ese hombre, Don, quisiera ponerle

encima de un pedestal y adorarle el resto de mi existencia.

Comprendí que, en cierto modo, tenía razón.

—Está bien —dije, no obstante—. Ahora acabas de drogarte y piensas así. Ya veremos si sigues pensando igual cuando pase el efecto de la droga.

—Ya veremos —me desafió Rosanna.

Di una mirada maquinal a mi reloj y me quedé boquiabierto al ver que era casi la una de la tarde.

—¡Eh, Lea, vámonos a almorzar! —exclamé.

—¿Y Rosanna? —inquirió ella.

—Le traerás unos bocadillos. Enciérrala en el dormitorio y vámonos.

Rosanna se asió a los almohadones del diván.

—No pienso moverme —anunció.

Fui hacia ella, esquivé el almohadón que me arrojó, la tomé en brazos y, soportando sus puñetazos y sus pataleos, la llevé a la habitación contigua y la dejé encima de la cama. Lea me siguió. Salimos y cerramos la puerta con llave.

Doce minutos después estábamos sentados frente a frente, consultando un menú.

—Es terca como una mula —dijo Lea.

—¿Rosanna? Tiene sus motivos —repuse—. Son equivocados, pero los tiene. Nos va a dar trabajo.

—¿Tú crees que sabe mucho de «*Dandy*»?

—Yo creo que lo sabe *todo*. Y tarde o temprano se lo sacaré. Ahora gallea mucho…, pero la simple necesidad de morfina la vencerá. Es un juego tratar con adictos: se consigue de ellos lo que uno quiere. Sólo hace falta paciencia.

Aquello parecía cierto entonces, pero dejó de parecerlo algún tiempo después.

Exactamente cuándo le llevamos a Rosanna unos bocadillos.

Rosanna se había puesto el vestido, había abierto una ventana y huido por la escalera de incendios. Jamás en mi vida me he sentido tan estúpido.

CAPÍTULO XI

Llamé a Stolz y le conté lo que había ocurrido.

—Tenemos que encontrar de nuevo a esa muchacha —dije—, porque es una pieza fundamental en cualquier acusación contra Lilac. Dinamita pura. Sabe todo lo que nosotros necesitamos saber y no costaría mucho tirarla de la lengua. He sido mi imbécil permitiendo que escapara, lo sé, pero ya no tiene remedio la cosa. ¿Puede usted hacer algo, Stolz?

—Poco. ¿Dónde supone que estará?

—Junto a Lilac, o rondándole. Le hará objeto de un chantaje para obtener las drogas que antes obtenía por mediación de «*Dandy*». Y no creo que Lilac se lo tolere. Esto complica el asunto.

—¿He dicho poco? —Gruñó Stolz—. Quise decir nada.

—¿No comprende que van a apiolar a esa chica si no intervenimos?

—¿Y qué, Marty? Ella se lo ha buscado. Si se empeña en arrimarse a Lilac, ¿con qué pretexto puedo impedírselo?

—Inténtelo, teniente —supliqué.

Stolz cedió. Yo sabía que iba a ceder.

—Bueno, buscaré el pretexto —dijo—. Descríbame a ese pirulí y haré que la sigan mis hombres.

Describí a Rosanna con todos los detalles que recordaba.

—¿Ha habido algo nuevo? —pregunté después.

—No tengo tanta prisa.

—¿Habló con Prescott?

—Más tarde. ¡Mil diablos, Marty! ¿Se figura que soy el amo del Departamento? Veré a Prescott en cuanto llegue. Y tengo ya trabajando a toda la gente de que puedo disponer sin que se metan conmigo. No puedo hacer más.

Estaba de un humor de perros.

—Discúlpeme, Stolz —dije—. Volveré a llamarle esta noche. Suerte.

Tuve que decirle luego a Lea que todo estaba arreglado y que Stolz nos sacaría de apuros, para que se tranquilizase. Se lo dije sin convicción, pero no lo notó.

Cuando volví a mi departamento sonaba el teléfono.

—¿Don?

Era Nancy, la rubia de Konno.

—¿Qué tal, preciosa? Da gusto oír una voz como la suya.

—Don, necesitaba llamarle.

—¡Pues claro que sí! Le dije que me llamara. Tenemos que hablar.

—No… no me entiende. Anoche me equivoqué, eso es. Me equivoqué.

Si alguna persona asustada he oído por teléfono, era ella.

—¿En qué se equivocó?

—En lo de Tony Lilac. Fue una idea del momento. Lilac no mató a «*Dandy*», es imposible. ¿Me entiende ahora, Don? Sáqueselo de la mollera. Le engañé… sin querer.

—¿Tiene pruebas de que Lilac no mató a «*Dandy*»?

—No, pero… tampoco las tengo de qué le matara.

—¿Quién le ha metido el miedo en el cuerpo, Nancy?

—No sé a qué se refiere.

—¿Se ha enterado Frankie de nuestra conversación? ¿O acaso ha llegado a un acuerdo con Lilac por encima del cadáver de «*Dandy*»?

—¡Oh, no!

El asombro de su exclamación era, por lo menos, sincero.

—Mire, Nancy —dije—, las cosas han ido ya demasiado lejos para que una mentira más o menos pueda hacerme cambiar de opinión. Tenemos que hablar, pero ahora va en serio. ¿Esta tarde? ¿O esta noche? ¿Le es posible deshacerse de Frankie y darme una cita?

—Ayer le dije que me gustaba usted, Don.

—¿A qué viene eso?

—Le conviene creer que Lilac no mató a «*Dandy*». No se trata de una mentira más o menos: se lo digo porque le tengo ley. ¿O es que no me ha entendido todavía?

—¿Está previniéndome?

—¡Sí, demonio!

—¿Contra Frankie?

—¡Contra todos! ¡Por Dios, apártese de esto y olvide lo que le dije anoche! ¡No quiero ser culpable de lo que pueda ocurrirle!

—¡Ah, es eso!, ¿eh? Se lo agradezco de corazón, Nancy. Es usted un ángel. Tranquilícese: lo que usted me dijo influyó muy poco en que yo interviniera en el asunto. Y ahora es ya tarde para hacerse atrás.

—Lo siento.

—¿Podré verla esta noche?

—¿Para qué?

—Se lo diré entonces. Hubo una pausa.

—¿A las ocho? —preguntó.

—¿Cenaremos juntos?

—No.

—Bueno, a las ocho. ¿Dónde?

—En el bar de Paolini. ¿Lo conoce?

Lo conocía. Y me pareció un lugar un tanto raro para una muchacha como Nancy.

—Sí —dije—. De acuerdo.

Colgué el teléfono y busqué en la guía el número de la oficina de O'Hara.

De todos los abogados de Los Angeles.

O'Hara

era probablemente el que ganaba más dinero. Se había hecho en el foro un nombre más sólido que el «Empire State» y le rodeaba una doble aureola de docto y honrado tan pesada que apenas podía con ella. Siempre es difícil tratar con un hombre así, y sin duda lo sería más por las circunstancias en que yo me proponía abordarle, pero pensé que, si de veras se había lanzado a la caza del cargo, estaría más o menos dispuesto a todo y no se sorprendería de ciertas cosas. Hablé, pues con su secretaria y concerté una cita para aquella tarde. Con la saliva que gasté para conseguirla, hubiera podido elevarse medio metro el nivel del Pacífico.

Maté el tiempo hasta la hora convenida saliendo a la calle y metiéndome en un bar donde preparaban unos extraños combinados de *whisky* de centeno que, si no otra cosa, eran lo

suficientemente baratos para permitirle a uno beberse media docena. Subí al bufete de
O'Hara,
que estaba en el Edificio Millikan, muy inspirado. Tuve que esperar veinte minutos en una antesala solemne y majestuosa como un templo. Luego apareció una mujer angulosa, vestida de gris, con cuello y puños azules, más fea que escupirle en el ojo a un amigo, y me hizo pasar al despacho. Yo seguía inspirado, de todos modos. Soy resistente.
O'Hara
era un pajarraco medio calvo, alto y flaco, vestido de negro con corbata gris, que, llevaba gafas montadas en oro y sonreía torciendo una mano que parecía un harapo.

—¿El señor Marty? —preguntó, con esa amabilidad especial que ciertos sujetos emplean con los periodistas cuando se aproximan períodos electorales—. No tenía el gusto de conocerle personalmente, pero soy devoto de sus crónicas en el «Leader». Formidable campaña en Alemania la suya, extraordinaria información. Lúcida es la palabra. Conozco el país y puedo opinar, aunque estuve allí por última vez hace muchos años. ¿Un cigarro, señor Marty? ¿Uno copa? ¿Escocés? Sí, por supuesto. ¿Poca soda? Como le decía, hace muchos años…

Me soltó una conferencia sobre Alemania que valía por una enciclopedia entera. No le interrumpí. Bebí y fumé en silencio. Al fin y al cabo, el tiempo que perdía era suyo, no mío.

Concluyó quedándose sin aliento.

—Mi secretaria me ha informado de que su visita no tiene carácter profesional —anunció luego, tras una pausa que dedicó a reponer fuerzas—. Debo confesar que el hecho me ha sorprendido no poco. ¿Está usted en algún apuro, señor Marty? ¿Necesita un consejo?

Moví la cabeza.

—Esta entrevista no es profesional por lo que se refiere a mí, pero tampoco por lo que se refiere a usted… No he venido a ver al abogado, sino al senador.

—Al *futuro* senador —puntualizó, sonriendo.

Mientras le miraba y le oía hablar llegué a la lastimosa conclusión de que, por más que en cuanto a cualidades personales

O'Hara
estuviera mil kilómetros más arriba que Lilac, enfrentado a él ante el público, a través de la Prensa gráfica, del cine, de la radio o la televisión, se hundiría estrepitosamente. Sería algo así como hacer competir a Clark Gable con Peter Lorre por la simpatía de los espectadores de una película o peor.

—¿Sabe usted que Tony Lilac ha comprado el «Leader»? —le pregunté.

Dudó entre fingirse sorprendido o admitir que lo sabía.

—Lo sé —dijo al cabo.

—¿Y que yo le he dicho adiós a la Redacción?

—Sé que se despidieron Anne William, Leonard y algunos otros. Para serle franco, suponía que usted haría lo mismo cuando regresara. ¿Es de eso de lo que quiere hablarme? ¿Desea que le recomiende a alguno de los periódicos en que tengo más o menos influencia? Usted se recomienda por sí mismo, señor Marty, pero si cree que puedo serle útil lo haré gustoso.

—Gracias, no se trata de eso. He venido, en primer lugar, a contarle una historia. Atiéndame, porque le sonará a música celestial.

Se la conté entera. De cabo a rabo, sin olvidar detalle. Desde la huelga en la estación de Los Cerros a mi cita con la rubia de Konno. A
O'Hara
le subió un poco de color a la cara y se le encendieron los ojos. No obstante, cuando acabé, me hizo la pregunta de rigor; es decir, la pregunta que yo esperaba que me hiciera:

—¿Tiene pruebas de todo eso?

—Todavía no.

Sonrió tristemente.

—Ni las tendrá, Marty. Lilac no permitirá nunca que un asunto como el que usted supone que se oculta bajo la muerte de ese Tolliver salga a la superficie. Será lo que sea, pero no tonto. Y sin pruebas, ni hablar. En estos casos, o se tira uno a fondo o se abstiene. De una parte, es exponerse a un pleito por difamación; de otra ya sabe usted lo que ocurre durante las campañas electorales. Los contendientes nos decimos las mayores barbarismos, nos atribuimos mutuamente delitos monstruosos, nos lanzamos

acusaciones ignominiosas, y el público no cree de todo ello ni una palabra. El momento es, pues, de lo más inoportuno para hurgar en un estercolero como el que usted ha vislumbrado, señor Marty. Claro está que las perspectivas, con pruebas, serían muy diferentes.

—Las pruebas —dije, despacio— costarán dinero.

El abogado me lanzó una penetrante mirada.

—¿A qué se refiere?

—Al dinero necesario para, por lo menos, comprar un collar de brillantes. Prescindo de la villa en Beverly Hills, del viaje a Europa y de varias cosas más.

—¿Qué está diciendo?

—¿Por qué cree que he dado a la amiguita de Konno una cita para esta noche?

O'Hara
se turbó.

—Pues… Ah, comprendo. Trata de comprar su testimonio.

—Trato de compensarla, en parte, de la pérdida que sufrirá si Konno se va a pique. Si puedo convencerla de que más vale salvarse en un bote que hundirse con el buque entero, tendrá usted un testigo que le servirá en bandeja su asiento en el Senado.

—¿Sabrá lo suficiente?

—Lo que ella no sepa lo averiguaremos el teniente Stolz y yo.

O'Hara
se puso en pie y empezó a caminar de un extremo a otro del despacho con las manos a la espalda, como un avestruz. Le observé atentamente. Me llenó de alegría ver que su rostro, poco a poco, se iba aclarando.

Al fin se detuvo ante mí.

—¿Cuánto costará?

—Lo sondearé.

Descruzó las manos y volvió las palmas hacia arriba.

—Está bien —suspiró—. Tiene usted carta blanca, señor Marty. Llámeme después de su entrevista con esa mujer. Me encontrará aquí todavía. Y crea que no tendrá queja de mí si esto resulta. Es decir… no la tendrá aunque fracase. Vale la intención. Se ha ganado usted un amigo sincero.

Le creí. Era un hombre feo, calvo y negro, pero íntegro. Y yo sabía por experiencia que esta cuádruple combinación es bastante

frecuente.

Capítulo XII

A las ocho y dos minutos empujé las puertas batientes del bar de Paolini y automáticamente se me vino encima una ola de ritmo. La clientela de Paolini se distinguía por su juventud y su afición a los tambores. Siempre sonaban tambores en la gramola de a centavo la pieza que presidía la pista de baile al fondo del local. Éste, en su parte anterior, no era sino un angosto pasillo que apenas dejaba espacio entre los escabeles del mostrador y la pared; más allá, el pasillo desembocaba en una sala cuadrangular donde habitualmente había unos cuantos chicos y chicas moviendo los pies.

Nancy había sido puntual, y era un regalo para los ojos verla instalada frente a un helado de cinco colores.

—Paolini tiene los mejores helados de la ciudad —dijo, y entonces, recordando también algo que cierto dependiente de una droguería me contó de ella, comprendí por qué me había citado en aquel lugar absurdo—. ¿Qué tal, Don? ¡Oh! ¿Quién te ha puesto así la cara?

—Llevas la nariz manchada de fresa —repuse—. Y la cara me la ha puesto así mi entrenador. Estoy preparándome para enfrentarme a Frankie. Desde niño deseo pelear por una mujer.

Paolini me preguntó qué iba a tomar y le contesté que ginebra y *whisky* a partes iguales, con soda, hielo y una raja de limón.

—¿Por una mujer? —dijo Nancy—. ¡Oh! ¿Te refieres a mí? ¿De veras?

—Si yo fuera Frankie —le confesé—, andaría todo el día detrás de ti con la pistola en la mano, muerto de celos. Las mujeres como tú sois un peligro público. Paralizáis el tráfico. Podéis volver loco a cualquiera. Desencadenáis revoluciones y alteráis el curso de la historia.

—¡Eh, aprieta el freno! —exclamó—. ¿Qué te pasa, Don?

—Que me siento como si ésta fuera mi primera cita.

—¿Y no lo es?

Probé la combinación que Paolini había preparado.

—Nancy —dije—, ¿de veras quieres un collar de brillantes?

—Por supuesto.

—Pues siento decirte que no lo tendrás si es Frankie quien ha de comprártelo.

—¡Don! —gimió.

Le di palmaditas en una mano.

—Sí, querida, así es. Frankie Konno no tiene suerte. La policía anda ahora detrás de Lilac, pero le ha puesto a él en conserva para cuando las cosas se aclaren. Se ha sabido lo que hizo en Chicago. Nadie se engaña sobre lo que de Frankie se puede esperar, ¿comprendes?

—Entonces…

—Entonces, el negocio se ha venido abajo.

Sacudió la cabeza. A juzgar por el modo como me miraba no se fiaba de mí.

—No, no es posible —dijo—. La policía no anda detrás de Lilac. Creeré cualquier cosa menos eso.

—¿Tú sabes quién es Lincoln O'Hara?

—Un picapleitos, ¿no?

—Un hombre casi tan poderoso como Lilac y mucho más honrado, que se enfrenta a él por el puesto de senador que Lilac trata de conseguir. O'Hara es un enemigo peligroso. Si Lilac tiene influencia en la policía, él también la tiene; si Lilac puede paralizar una investigación, él puede movilizarla de nuevo. Y eso es lo que está haciendo ahora. Ha vislumbrado una ocasión de hundir a su rival y no descansará hasta que, el motivo del asesinato de «*Dandy*» Tolliver sea descubierto. Lilac se irá a paseo cuando se descubra, pero ¿qué le ocurrirá a Frankie Konno?

Nancy no dijo nada. Casi me dolió haberle amargado el helado.

—Como ves —proseguí—, la casa en Beverly Hills, el viaje a Europa y el collar de brillantes se te han ido de las manos, Nancy.

Claro que todo tiene arreglo. Las desgracias pueden ser más o menos grandes, depende de lo listo que se es.

Dos mocosas y dos mocosos empujaron las puertas batientes, saludaron a Paolini con un alarido, pasaron a nuestro lado repartiendo codazos y se fueron a gastar los cuartos en la gramola. Los que ya llevaban algún tiempo gastándoselos les acogieron con aullidos amistosos.

—Yo no soy lista, Don —confesó Nancy, en un arrebato de sinceridad—. No lo soy ni un poco así. Casi siempre meto la pata.

—Pero me has entendido, ¿no? Te has dado cuenta de que Frankie ha perdido la partida y no vas a sacar nada de él, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué pasaría si fuese yo quien te comprara el collar?

—¿Tú? ¿Lo dices en serio?

—Muy en serio. No te ofrezco un viaje a Europa, un palacio en Hollywood ni la luna, pero un collar de brillantes sí. O su equivalente en billetes. Al contado. Y más vale pájaro en mano que ciento volando, Nancy.

Me miró como si quisiera traspasarme con los ojos.

—Nadie hace regalos por nada —dijo—. Eso sólo ocurre en los cuentos.

—Yo me he jurado derribar a Tony Lilac de su trono.

—¿Qué tiene eso que ver con el collar?

—Necesitaré que alguien declare ante un tribunal cuáles son los negocios clandestinos de Lilac, qué relación tenía con ellos «*Dandy*» Tolliver y por qué fue asesinado. O, por lo menos, que alguien indique a la policía cómo descubrir todo eso y cómo probarlo. O, si no a la policía, que me lo indique a mí.

Apretó los labios.

—¿Yo? ¿He de ser yo, Don? ¿Es eso lo que quieres decir?

—¿Por qué no? Es un buen negocio. Entre perderlo todo y salvar un collar, me parece que no hay duda. Un collar a cambio de nada.

Reflexionó.

—No es un collar a cambio de nada. Es un collar *a cambio de Frankie*.

Me encogí de hombros.

—Hay muchos Frankies en el mundo.

Parecía a punto de romper a llorar. En aquel momento salió de

la sala un tropel de adolescentes sudorosos y vociferantes que se encaramó por los escabeles y empezó a chillar pidiendo refrescos.

—Vámonos de aquí —dije—. No aguanto más.

Nancy se acabó el helado de dos rápidas cucharadas mientras yo pagaba a Paolini, y salimos. Pero frenó en seco cuando nos hallamos al otro lado de las puertas batientes.

—Gowan —susurró.

Vi que un «Pontiac» descapotable se ponía en marcha al otro lado de la calle, y en él a un hombre con un cigarrillo en los labios.

—¿Quién es?

—Uno de los muchachos de Frankie. Oh, Don, ha venido siguiéndome. Tengo miedo.

—Creí que Frankie no era celoso.

—No es por los celos. Es por… por lo otro.

—¿Le has dado motivo para que sospeche que puedes traicionarle?

—Se habrá enterado de que me citaba contigo.

La llevé a mi coche, la metí dentro y me senté al volante.

—Bueno, ¿qué decides?

—¿Así, de repente? Necesito pensarlo.

—Preferiría que no volvieses ya a «La Fiesta».

—No, Don… Sería terrible si no volviera. No conoces a Frankie. Hay que hacer las cosas con mucho cuidado. Déjame que lo piense, y ya te avisaré.

Tuve un mal presentimiento. No me había gustado ver aquel «Pontiac» estacionado frente al bar de Paolini.

—Está bien, Nancy. Tú sabrás lo que te conviene. Vamos, te llevaré a Los Cerros.

Empleé bastante tiempo en llegar a Los Cerros, si bien no todo lo dediqué a conducir.

Dejé a Nancy casi delante de la droguería y asomé dos veces la cabeza por la ventanilla para ver cómo se alejaba taconeando por la acera. Tenía un modo de andar que le hacía a uno sentirse instintivamente satisfecho de la vida.

Di gas a fondo para volver al centro de la ciudad y me fui a cenar a un restaurante barato.

Luego llamé a Stolz.

—El papel que envolvía el cadáver de Tolliver —me dijo— lo

fabrica la «Chapman Limited» y sirve de él grandes pedidos, entre otras muchas industrias, a dos o tres almacenistas de jamones. Encontramos el sello de Gordon, un almacenista de la calle Jackson, en una esquina, y Gordon dice que todos los clubs de Lilac se proveen en su establecimiento. Las virutas son de pino de Wisconsin. Los fabricantes de *whisky* las emplean en sus cajas de embalaje.

—Eso acusa lo mismo a Lilac que a todos los propietarios de bares, restaurantes y *dancings* de la ciudad. Gordon no le servirá jamones en exclusiva, ¿verdad?

—No, pero son evidencias. Y hay otra. ¿Vio usted más papeles debajo de las virutas, pegados al cadáver? ¿Los vio? Bueno, pues eran hojas de periódico. Casi todas de periódicos mejicanos, Marty.

—¿Y qué?

—En los clubs de Lilac no se reciben periódicos mejicanos, ni, por lo que hemos averiguado hasta ahora, los lee nadie, ni han servido para envolver envíos del otro lado de la frontera porque no ha llegado ninguno.

—¡Valiente cosa! Habrán salido de Dios sabe dónde.

—¿Se le ocurre a usted algo que pueda llegarle a Lilac de Méjico secretamente?

—Sí —reconocí.

—Está pensando lo mismo que yo: marihuana. ¿Qué tal si a Tolliver le hubieran matado en un fumadero?

—Lo ha cogido usted un poco por los cabellos, pero es posible. Siga.

—Eso es todo, hasta ahora.

—¿Habló con Prescott?

—Prescott me respalda. Tiene miedo, pero me respalda.

—Estupendo. ¿Hay algo respecto a Rosanna Grant?

—No. Es decir… ¿Sabe si concurría a un salón de belleza que hay en la esquina de la calle Shelton y la avenida Nelson Miles?

—No, no lo sé.

—¿Puede averiguarlo?

—¿Por qué?

—A uno de mis hombres le pareció verla salir de allí, pero la perdió entre el tráfico. Preguntó en el salón y le dijeron que era una antigua cliente, que había estado algún tiempo sin utilizar sus

servicios y que ignoraban su nombre. Es un salón barato. La chica era rubia y vestía de blanco; Se habrá mudado de ropa. Mi agente creyó reconocerla por la descripción que le habían dado de ella, pero puede ser una coincidencia y nada más.

—¿Ha hecho vigilar el departamento de Tolliver?

—Sí. No se ha acercado a la calle Adams.

—Bueno, se lo preguntaré a Lea Bates.

Corté y llamé a Lincoln
O'Hara.
Le dije que no había nada resuelto todavía, pero que Nancy parecía haber mordido el anzuelo y no tardaría en saber su respuesta. Me deseó suerte. Se lo agradecí, porque la necesitaba.

Me fui a «Cañón Uno» y pregunté por Lea en el guardarropa de «Samoa».

—No está —me dijo una trigueña impresionante que había allí —. Hoy no ha venido.

—¡Cómo que no ha venido! ¿Por qué?

—No lo sé. No ha dicho nada.

—¿Tiene por aquí algún teléfono?

Me condujo al teléfono y marqué el número del departamento de Lea. Nadie contestó, aunque estuve casi diez minutos con el receptor pegado al oído.

Salté al coche y pisé a fondo el acelerador. Llegué a casa en un momento. La puerta del departamento de Lea estaba cerrada, y bien cerrada. Bajé corriendo a la portería.

—¿Ha visto salir a la señorita Bates? —le pregunté al portero.

—No estoy seguro —repuso—. Creo que no.

—Temo que le haya ocurrido algo. Vamos, coja una llave y venga conmigo.

—Pero…

—¿No me oye, Johnson? ¡Aprisa!

Era un hombre obstinado como el que más y no le había gustado que me liara a tiros con dos desconocidos aquel mediodía, pero obedeció. Subimos juntos. Su llave abrió la puerta.

Olí a tabaco habano. Lea, por supuesto, no lo había fumado nunca.

Me lancé en tromba al dormitorio. Había tres gigantones allí, llenándolo de humo. También estaba Lea. No llevaba encima más

que una sutil salida de baño, desgarrada en media docena de puntos. La habían amarrado a una silla, con un pañuelo como mordaza. Uno de los gigantones empuñaba un cinturón de cuero a manera de látigo y, al parecer, nuestra irrupción le sorprendió en pleno ejercicio.

Capítulo XIII

Johnson, el portero, soltó un gruñido de espanto. Yo agarré lo primero que me vino a las manos y se lo arrojé a la cabeza al gigantón más próximo. Fue un reloj, y bastante pesado. El gigantón tambaleóse y se aferró a la cabecera de la cama para no caer.

El portero inició la retirada a la carrera, pero otro de los gigantones tomó impulso y se lanzó en pos de él para impedírselo. Le eché la zancadilla cuando pasó por mi lado. Alcanzó a Johnson y ambos se estrellaron contra una pared. Johnson chillaba como un conejo. Oí un golpe sordo, parecido al choque de una maza con un colchón, y los chillidos se interrumpieron.

Salté hacia él tío del cinturón, viéndole a través de una nube rojiza. Cuando alzó las manos le así las muñecas con la punta de los dedos y le arranqué un largo aullido de dolor. Inclinándome de improviso, le largué un puntapié que le hizo caer hacia atrás, dando de cabeza contra el suelo. Al mismo tiempo recibí una coz tremenda en mitad de la espalda y adiviné que el primer gigantón se había rehecho de su contacto con el reloj. Antes de volverme salté un par de veces, con los pies juntos y pisando con el borde de los tacones, sobre la cara del caído. Recibí una segunda coz cuando le incrustaba mi zapato derecho en el vientre, y fue tan fuerte que me envió vacilando al extremo opuesto del dormitorio.

El primer gigantón, hecho una tromba de brazos y piernas, me siguió. Me volví para recibirle. La inercia me lo echó encima. Su peso me cortó el aliento. Me dio un cabezazo en el pecho y otro en el hombro, que iba destinado a mi mandíbula. Quise aplicarle una presa de cuello y fallé. El tercer cabezazo me alcanzó en la cara y pensé que me rompía un pómulo y me aplastaba la nariz. Un dolor cálido y angustiado me invadió. Me dejé deslizar al suelo entre sus

piernas y le agarré el muslo y la pantorrilla con las dos manos. Apreté de firme. Se contorsionó, aullando, y se desplomó espectacularmente, como se derrumba un edificio de doce pisos cuando estalla una carga de trinitro en sus cimientos.

Me instalé sobre él y le hundí los dedos en la garganta con ánimo de estrangularle, pero era un hombre tan recio que consiguió dar una voltereta hacia atrás, arrastrándome consigo, y quedó libre. Estando todavía ambos en el suelo, su zarpa izquierda me pegó en la boca del estómago, e inmediatamente, en el mismo lugar exacto, la derecha. Me arrastré penosamente fuera de su alcance. El mundo parecía escapar a mis sentidos. Tragué saliva y me moví a un lado, justo a tiempo de hacer que su tercer mazazo diera en el vacío.

Encontré delante de mí, al levantarme, una silla. El gigantón estaba agachado, resoplando como una morsa. Cogí la silla, la volteé y se la deshice encima. Fue un buen tanto. Se quedó quieto.

Pero entonces entró en escena el tipo que había despachado a Johnson. Vino corriendo. Me halló cansado y aturdido, y no tuvo mucha dificultad en asirme los brazos y doblármelos a la espalda mientras me hincaba una rodilla en los riñones.

—¡Vamos, pégale! —jadeó—. ¡Pégale, Pat!

Pat era, por lo visto, el bruto del cinturón; que en aquel momento estaba reponiéndose. No se hizo rogar. Me pegó. Pocas veces me han pegado, con las manos desnudas, como me pegó él. Sabía hacerlo. Sabía cargar el peso de su corpachón en el golpe. Conocía los puntos más sensibles de un cuerpo humano como puede conocerlos un anatomista.

Comprendí que no resistiría ni cinco segundos en aquella situación e hice un esfuerzo desesperado. Disparé un pie hacia atrás. Calculé bien el blanco, a juzgar por cómo se aflojó la presa con que el gigantón me retenía. Me soltó. Cacé al vuelo uno de los puños de Pat, bajé un poco un hombro, hice con él palanca en su brazo, tiré, y Pat salió volando cabeza abajo y aterrizó como un fardo informe a los pies de la cama.

Su compañero, doblado hacia adelante, se oprimía el vientre con las manos y hacía muecas de dolor. Quise cerrar contra él, pero al dar el primer paso sentí náuseas y vi una sombra negra flotando alrededor, en tanto que la habitación giraba y el suelo bajaba y subía como la cubierta de un buque en plena tempestad. Tuve que

apoyarme en la pared.

Pat se incorporó, y me pareció oír que lo mismo hacía el tipo sobre cuya cabeza destrocé la silla. Si me atacaban entonces estaba aviado. Pero no me atacaron.

—*Uuuh*… vámonos —gruñó Pat.

Ni siquiera sé cómo salieron, porque me hallaba flotando al borde de la inconsciencia, con los sentidos embotados y un caos desatado dentro del cerebro. Caminé entre nubes hasta el cuarto de baño, me saqué la chaqueta, abrí la ducha y me metí vestido debajo de ella. Tardé bastante en despejarme.

Luego volví al dormitorio. La lucha había dejado en él sus huellas. Lea seguía atada a la silla y me miraba con ojos desorbitados. Antes de atenderla investigué lo que había sido de Johnson, pero no pude verle. Supuse que había escapado y que volvería con los guardias. Entonces solté a Lea.

—¡Don! —gimió convulsivamente.

Me echó los brazos al cuello y rompió a llorar.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté—. ¿Qué querían esos cerdos?

—Querían saber dónde está Rosanna.

—¿Acaso lo sabes tú?

—Les dije que no y no me creyeron.

Entre las hilachas de su salida de baño vi algo que no me gustó. Marcas rojas.

Verdugones sangrantes. Las huellas de un cinturón utilizado a modo de látigo.

Me mordió las entrañas una cólera feroz, pero no dije nada. Levanté a Lea, la llevé al cuarto de baño, lavé aquellas heridas que tatuaban sus hombros y las curé como mejor supe. Me juré que haría pagar aquello con creces. Mil por uno.

Lea me dejó hacer en silencio. Parecía una niña asustada. Me miraba a los ojos con una expresión de hondo sentimiento. Y no sé por qué, pero en aquel momento descubrí que estaba unido a ella por unos lazos de afecto que nunca me habían unido a nadie, y fue un descubrimiento tan delicioso que la cólera se me apagó en el alma.

Todo fue volviendo poco a poco a la normalidad. Lea se serenó. Fue entonces cuando se dio cuenta de que iba poco vestida.

—Sal ahí y espérame, Don. No tardaré.

Salí, crucé el dormitorio y me senté en la sala anterior, pero las ropas empapadas me hacían sentirme incómodo y fui a mi departamento a cambiarme. Me miré al espejo y tuve un susto. Después de las dos palizas que me habían propinado, no creo que aquella noche hubiera en Los Angeles un tipo con peor aspecto que yo. Traté de adecentarme, me peiné, me puse mi mejor traje y me serví un buen vaso de *whisky*. Suponiendo que a Lea tampoco le sentaría mal un trago, llené un segundo vaso y regresé con los dos a su departamento.

El portero se había salido con la suya y esperaba en la sala junto a un polizonte con cara de perro. Lea no había abandonado todavía el dormitorio.

Y no lo abandonó mientras ellos permanecieron allí. Fui yo quien dio las explicaciones, quien declaró y quien inventó una justificación más o menos verosímil para lo ocurrido. Al guardia no pareció convencerle. Me importó poco. Dijo que seríamos citados para testificar en la delegación del distrito. Repuse que muy bien, y que se largaran y no importunaran a Lea. Se fueron. Johnson me lanzó una mirada venenosa al salir.

Lea, según vi cuando abrió la puerta del dormitorio, había puesto sumo cuidado en recomponer su apariencia. Llevaba un vestido azul oscuro, el cabello en orden y el rostro perfectamente maquillado. Con un pañuelo amarillo en tomo al cuello ocultaba las huellas de las siniestras marca rojas.

Le di el *whisky* y, mientras lo bebía a sorbitos, me contó lo que había pasado. Se disponía a vestirse para ir a su trabajo cuando llamaron a la puerta. Se envolvió en la salida de baño, abrió y no pudo evitar que los tres hombres se colaran en el departamento. Le impidieron gritar. Querían saber dónde estaba Rosanna, ponían gran empeño en sus preguntas. Como no obtuvieran respuesta satisfactoria, empezaron a golpearla. Le prometieron una docena de latigazos si no decía la verdad. Lea no pudo convencerles de que no mentía. Entonces procedieron a cumplir su promesa. Yo llegué cuando estaban terminando.

Todo aquello, pensé, no tenía demasiado sentido. Si realmente Rosanna huyó para sacarle morfina a Tony Lilac, ¿cómo no sabía éste dónde se hallaba? ¿O no era Lilac quien quería saberlo? ¿No serían enviados suyos los tres gigantones?

¿Lo serían de Frankie Konno, entonces? ¿Desearía Konno averiguar el paradero de Rosanna para impedir que se fuese de la lengua acerca de Tolliver? ¿Qué…?

Sonó el timbre de la puerta. Abrí yo mismo y me quedé boquiabierto. El visitante era el teniente Stolz.

—Hola —dijo—. El portero me indicó que probablemente le encontraría aquí. Parece que hubo un poco de ruido, ¿no?

—Lo hubo —asentí—, pero no era necesario que se molestara.

—No he venido por el ruido.

—¡Oh! —recordé—. ¿Se trata de lo del salón de belleza? Todavía no…

Me interrumpió con un ademán.

—No es por lo del salón. Ya no sirve. Creo que hemos dado con Rosanna Grant.

—¿Dónde está? Miró de reojo a Lea.

—En la morgue.

Oí un sollozo ahogado.

—¿Asesinada?

—Si. Le dieron el paseo. La encontró una pareja de tráfico en la carretera de la costa, cerca de Casitas. Ella, por lo menos, viajó antes de morir. He venido a pedirle que identifique el cadáver, Marty.

Asentí.

—Vamos.

—Yo iré también —dijo Lea roncamente.

Fuimos.

CAPÍTULO XIV

La pobre Rosanna parecía un pajarillo mojado. No tenía ni la gravedad natural en la muerte, ni la belleza ascética de los cadáveres. Su cara mustia y pintarrajeada estaba contraída por una mueca desagradable. Le habían pegado un tiro en la nuca y la sangre seca hizo de sus cabellos un manojo estropajoso de color pardusco. Nadie se ocupó de cerrar sus ojos saltones, atónitos, inmovilizados en la mirada horrenda de quien se asoma a los confines del mundo físico.

Yacía sobre una mesa en la sala del depósito, cubierta por una sábana y bajo una luz que dibujaba crudamente sus rígidas formas. En otra mesa estaban su ropa y sus pertenencias. Éstas se reducían a un bolso nuevo, un tubo de rojo para labios, un paquete de cigarrillos, un estuche de cerillas, diez dólares y unas monedas sueltas. Alguien debió darle algún dinero cuando escapó del departamento de Lea; Lilac, probablemente. Pero llevaba todavía el vestido blanco y rojo, no el blanco que le había atribuido Stolz suponiendo que era ella la cliente del salón de belleza de la calle Shelton.

Lea y yo la contemplamos en silencio unos minutos.

—Vea —dijo luego el teniente.

Me mostraba en la palma de la mano el estuche de cerillas, entreabierto. Faltaban cuatro o cinco. Era un estuche rojo; no amarillo, sino rojo. Pero tenía impreso en la solapa un trébol negro, y ni una sola inscripción por parte alguna.

—¿Otra vez? —murmuré.

—Otra vez, pero ésta no parece intencionada. En absoluto. La Grant obtuvo las cerillas en algún lugar que visitó desde que escapó a su custodia hasta que fue asesinada.

Supongo que el destino de aquella muchacha es y ha sido común a muchas como ella y que seguirá siéndolo mientras haya algún «*Dandy*» Tolliver en el mundo, pero crean que uno no se sentía precisamente feliz viéndola allí tendida y recordando cuán alegre, libre e ingenua había sido en otro tiempo. Una muchacha vistosa, de risa fácil, cuerpo cimbreante y ojos soñadores. Demasiado soñadores, quizá. Como tantas, pero ¡qué mala suerte! A algunos hombres debiera serles permitido morir dos veces. A «*Dandy*», por ejemplo. De ser así, acaso yo hubiera podido darme el gustazo de meterle unas cuantas balas en el vientre. Ahora, otro se me había adelantado.

Casi indulté a Tony Lilac pensando aquello. Pero, no. Lilac formaba parte del ambiente donde Rosanna se había corrompido; era un eslabón más en la cadena que se prendió a su cuello y la arrastró a una muerte innoble. Mirando el mísero cadáver de la muchacha, me juré que pagaría su culpa. Muy pronto. Muy aprisa, ¡y cómo!

—¿Qué tienen de raro esas cerillas? —preguntó Lea inopinadamente. Stolz y yo nos volvimos a ella.

—Había otras semejantes, de estuche amarillo, en el cadáver de Tolliver. Ignoramos de, dónde proceden.

—He visto muchas. Estuches amarillos, rojos, verdes y azules…

—¿En «Samoa»? —inquirió rápidamente Stolz.

—Sí.

—¿Las dan allí?

—No. He visto a gente que las usaba.

—¿Quién?

—Oh, toda clase de gente.

Stolz parecía muy interesado.

—Pero… dígame una cosa: ¿gente de la que podría sospecharse que es adicta a las drogas? ¿Fumadores de marihuana, quizá?

—Desde luego, no, eran personas recomendables, salvo alguna excepción.

—¿Puede nombrar a alguna de esas personas?

Lea frunció el entrecejo.

—Sammy Costello… Ted
O’Rourke…
Louetta Robinson… «Georgia» Paddy y Joe Hauptmann… David

Lawrence…

—¿Lawrence? ¿Se refiere al director de cine?

—Sí, a él. Y también las han usado Monty Melloy, Nell Strauss y otros actores y gentes de Hollywood.

—Costello y
O'Rourke
son dos de los guardaespaldas de Lilac, ¿no?

—En efecto.

—¿Quiénes son Paddy y Hauptmann?

—Dos músicos de la batida de King Carstairs. Es una de las que actúan en «Samoa».

—Ah, sí. «Georgia» Paddy es ese negro larguirucho que toca el trombón.

—Y Hauptmann el pianista.

—¿Y Louetta Robinson? ¿Es la Louetta Robinson que aparece en las notas de sociedad? ¿La hija del banquero?

—La misma.

Stolz emitió un largo silbido.

—¡Bonito combinado!

—¿Por qué? ¿Qué importan esas cerillas?

—El teniente supone que proceden de uno o varios fumaderos de marihuana —dije yo—. ¿No es así, Stolz?

—Así es. De la secreta fuente de ingresos de Tony Lilac.

Lea posó en él una intensa mirada.

—Comprendo. Es decir… no, no lo comprendo. Esa gente, la gente como Louetta Robinson y David Lawrence o Monty Molloy, exhibía sus cerillas en público. ¿Cómo no se daban cuenta de que se exponían a un chantaje?

—¿Un chantaje? ¿Estando Lilac de por medio? No, jovencita. ¿Quién se atrevería a intentarlo?

—Lilac mismo.

—¿Para arruinar su propio negocio? Ni hablar. Lilac respalda a sus clientes. Su poder es una buena garantía.

—Ya veo. Sí —admitió Lea—, tiene usted razón. Es por eso por lo que ha muerto Rosanna. Porque sabía demasiado y era demasiado débil. Porque Lilac necesita salvaguardar sus puercos negocios. Pero ¿y «*Dandy*»?

—«*Dandy*» murió por traidor.

—¿A Lilac?

—Sí. «*Dandy*» nunca trabajó para Lilac. Sólo lo fingió. En realidad, se preparaba a hundirle en beneficio de otro. Este otro era su viejo amigo Frankie Konno, que necesitaba eliminar a Lilac para establecer en el terreno abonado de Los Angeles un tinglado como el que se le arruinó en Chicago. Pero Konno cometió un error fundamental. Mordió un hueso demasiado duro y dejó los dientes en él. Por mucho seso que tenga, no es enemigo para Tony Lilac. Lilac se lo advirtió así, enviándole el cadáver descuartizado de su camarada.

Stolz, me dije, era un hombre consecuente y lúcido. Había elaborado una teoría esquemática que respondía exactamente a los hechos conocidos o imaginados por él y por mí. No existía en ella ningún misterio, ni tenía por qué existir. Las cosas fueron claras desde el principio. Llevarlas a buen puerto sólo requería un poco de diplomacia y un enérgico golpe de acción en el momento oportuno. Y me pareció intuir en aquel dramático instante, que la etapa de la diplomacia había ya concluido y el golpe de acción se iba haciendo más y más inminente.

—Yo me ocuparé del cuerpo de Rosanna —dijo Lea, después—. Era mi amiga. Le agradeceré que me avise cuando los trámites legales hayan terminado.

—Lo haré —asintió Stolz—. ¿Tenía familia?

—Creo que sí, en el Este. Yo cuidaré de todo.

—Gracias.

Nos despedimos con una mirada del cadáver y Stolz nos volvió a casa en su coche. Lea guardaba un silencio que lo mismo el teniente que yo respetamos. Calculo que los tres estaríamos pensando más o menos directamente en Tony Lilac y que nuestros pensamientos, juzgando, al menos por los míos, no debían ser muy halagüeños para él.

Stolz era un hombre duro. No obstante, cuando estreché su mano antes de subir a mi departamento, vi en sus ojos un destello de emoción que presagiaba tormenta. Ciclones desatados. Me gustó. Resultó electrizante. Sonreí y le di una palmada en el hombro.

—Mañana hablaremos —dije.

Tomé con Lea el ascensor hasta nuestro piso, y al llegar ante mi puerta se me ocurrió que no podía permitirla que se quedara

rumiando a solas las ideas lúgubres que la muerte de Rosanna le habría inspirado, de modo que le ofrecí una copa, un cigarrillo y un rato de charlar. Titubeó. Mientras titubeaba empujé la puerta, cuyo cerrojo, destrozado por Buddy y Sloane, esperaba todavía una reparación. Dentro estaba la luz encendida.

Me palpé el bolsillo y me maldije por haber olvidado la pistola.

—Espera —murmuré.

Entré sin vacilar. Lo primero que vi fueron unas piernas femeninas balanceándose al borde de un sillón. Luego un ajustado vestido granate. Una mano que empuñaba un revólver. Una corona de cabello rubio.

Era Nancy.

Bajó el arma al reconocerme y me hizo un gesto. Me volví rápidamente, pero era tarde ya. Lea no había esperado. Asomaba la cabeza, y la expresión de su rostro decía muchas cosas.



Hay dos clases de mujeres: las que saben sentarse en los taburetes de los bares y las que no.

—¡Adelante, adelante! —nos invitó Nancy, alegremente—. ¡No os quedéis ahí como unos pasmarotes!

Avancé, y entonces vi junto al sillón un saco de mano.

—¿Qué significa esto?

Nancy me dedicó una mueca, pero no me miraba a mí sino a Lea, todavía inmóvil en el umbral.

—Significa que diste en el blanco, Don —repuso—. No debí haber vuelto a «La Fiesta».

Me hubiera ahorrado un disgusto.

—¿Konno?

—No, Gowan. No me seguía a mí. Te seguía a ti. Pero no tardó en sacar partido de habernos visto juntos y yo no tolero coacciones. Iba a irle con el cuento a Frankie. Me las piré antes de que lo hiciera. ¡Al diablo! Me he convencido de que Frankie es hombre acabado. Lo he pensado bien.

—Lo cambias por los brillantes, ¿eh?

—Definitivamente.

Lea entró. Hizo una pregunta mordaz:

—¿Molesto?

La tomé del brazo y las presenté a las dos. Luego me fui a preparar el *whisky*, dejándolas sentadas una frente a otra, observándose. Es extraordinario ver cómo se observan dos mujeres hermosas, con qué avidez se estudian y se comparan. Como gatas en celo.

—No puedes quedarte aquí, Nancy —dije, cuando tuve los vasos listos.

—¡Pero, querido! ¿Por qué?

—Porque Konno nos ha dado ya demasiados disgustos, y en cuanto descubra tu desaparición vendrá directamente en tu busca. Te llevaré a un hotel.

No le gustó.

—¡Oh!… —exclamó.

—Pero antes tenemos que hablar. Lea, vamos a tu departamento. Por lo menos habrá una puerta cerrada entre los intrusos y nosotros. ¿Para qué necesitas ese revólver, Nancy?

Nancy dio una mirada al arma que ahora estaba en su regazo.

—No me fío de Frankie. Estuve sentada aquí, temiendo que apareciera de un momento a otro. ¡Oh! Ahora que estás a mi lado me siento mucho más segura, Don.

—¿Sí? —dije, observando de reojo la cara que ponía Lea.

Tomé mi «Colt» y saqué a las dos mujeres del departamento. Nos encerramos en el vecino. Lea parecía haberse echado un candado a la boca.

—¿Vas a soltar el discurso, Nancy? —pregunté entonces—.

¿Confesión general? ¿Colada?

Sonrió, moviendo afirmativamente la cabeza.

—Hasta que te canses de oírme, cariño. Tú dispara el cuestionario, que yo contestaré. Y le diré a Frankie dónde y cómo puede pegarte un tiro —añadió sin que se alterase su sonrisa— si luego el collar no aparece.

Su advertencia parecía una broma, pero bastaba mirarla a los ojos para ver que no lo era.

—Aparecerá —repuse—. ¿Cómo te has librado de Konno?

—No estaba en casa cuando llegué, y me fui antes de que volviera. Gowan se encargará de chivatearle lo que ha pasado.

—¿Y qué hará?

—Puede que venga aquí. O puede que no.

—Konno está en Los Angeles para pisarle un negocio a Tony Lilac, ¿no? Cuando las cosas se le pusieron feas en Chicago envió por delante a «*Dandy*» y éste se ganó la confianza de Lilac y se introdujo en su organización, pero lo hizo para prepararle a él el terreno. Lilac lo descubrió, y fue por eso por lo que mató a «*Dandy*» y le envió su cadáver a Konno, metiéndole en el bolsillo un estuche de fósforos que indicaba por qué y dónde había muerto. Konno se asustó, pero no perdió la esperanza. Probablemente había llevado el asunto tan lejos que se atrevió a confiar en que, guardando el secreto y permitiendo que Lilac se gastara los cuartos en ocultar la verdad, volvería a presentársele una oportunidad de dar golpe. ¿Es así?

Nancy asintió.

—Sí, es así. Tú te lo dices todo.

—¿Quién es Pat?

—¿Pat? ¿Te refieres a Pat Flanagan?

Le describí los tres gorilas que azotaron a Lea.

—Son tres de los muchachos de Frankie —dijo.

—¿Hay muchos?

—Media docena.

—Konno tenía mucho interés en encontrar a Rosanna Grant, la amiguita de «*Dandy*». ¿Verdad?… ¿Era por cerrarle el pico?

—Sí.

—¿La encontró?

—Que yo sepa, no.

—¿Por qué me seguía Gowan?

—Por eso, por lo de la chica. Esperaba que tú le llevaras a su escondite. A Frankie no le gustaba que esa cotorra anduviera suelta por ahí.

—¿Cuál es el negocio que Konno quiere pisarle a Lilac?

—Fumaderos de *juju*.

Sonreí. No podía ser otra cosa. A Stolz le alegraría saberlo.

—¿Cuántos hay?

—Yo conozco cinco.

—¡Los conoces! ¿Dónde están?

—Dos en Hollywood y tres aquí.

—¿Seguro que pertenecen a Lilac?

—¡Y tan seguro!

—Pero no es posible probarlo.

—¿Es posible probar que el sol da luz?

—Esto es distinto, Nancy.

—No sé por qué. Si no son de Lilac los fumaderos, ¿de quién son?

Habíamos dado un gran paso, pensé, pero no parecía el paso definitivo. Y sin embargo…

—¿Estarías dispuesta a declarar cuanto sabes de Lilac, Konno y de los fumaderos ante un jurado?

—¿Qué hay del collar?

—Con el collar colgado del cuello.

—Pues…, sí. Es decir, si alguien me protegía. Si no, no llegaría a abrir la boca: me lo impediría una bala.

—Comprendo. Procuraré que no te falte protección.

Insuficiente, me dije. Insuficiente para mi sed de venganza, para el furor que la muerte de Rosanna había desatado en mi pecho.

—En esos fumaderos, ¿regalan a los clientes un estuche de fósforos con un trébol impreso en la solapa?

—Sí.

—¿De qué color?

—Según. En uno azul, en otro rojo…

—¿En cuál el rojo?

—Me parece que en el de Alamito.

—¿Podrías llevarme?

La sugerencia le pareció divertida.

—Seguro —dijo—, si no te falta pasta.

—¿Cuánta pasta?

—La entrada sola te costará doscientos pavos.

—¡Doscientos pavos! ¿Y lo demás?

—Proporcional.

—Bueno, mañana los tendré. Y tú tendrás el collar.

Lincoln
O'Hara
se rascaría el bolsillo al día siguiente, me dije.

Quedamos de acuerdo. Lea, sin que nadie la invitara, se nos unió cuando salimos en busca de un hotel. Lo encontramos. Dejamos a Nancy, no sin obligarla a jurar que no se movería de la habitación hasta que yo fuese a por ella, y Lea y yo regresamos a casa lentamente, sin hablamos, pensando y gozando de la noche.

Sólo al salir del ascensor, en nuestro piso, dijo ella:

—Mañana renuncio a mi empleo en «Samoa», Don.

—Sí —repuse, distraído—, es natural. Se acabó Tony Lilac, ¿eh?

Suspiró. Me cogió una mano cuando llegamos ante mi puerta.

—¿Me tomarás por tonta si te pido que no vayas mañana a ese fumadero?

—Sólo si es la compañía de Nancy lo que te preocupa.

—Es tu vida, Don.

Reí. Aquélla fue una de las pocas ocasiones en que me he sentido heroico.

—No temas, pequeña. A mí no se me elimina como a Rosanna.

—¿Ni como a «*Dandy*»?

—Ni como a «*Dandy*».

Lo dije con mucho aplomo, pero era un aplomo fingido. Cuando me quedé solo en mi departamento acumulé todos los muebles disponibles tras de su puerta y cerré con llave la del dormitorio.

CAPÍTULO XV

Al día siguiente me levanté a la hora de almorzar, entumecido, agarrotado y cosido a dolores. Tenía la cara como en carne viva. Afeitarme fue un suplicio refinado. Cuando terminé me sentía tan enfermo que gustoso lo hubiera enviado todo al diablo, pero una ducha y un buen trago me repusieron lo suficiente para cambiar de opinión.

Llamé a la puerta de Lea con intención de que almorzáramos juntos, pero no contestó y me dijo el portero que había salido temprano. Me metí en un restaurante chino, comí cuatro cosas y hojeé los periódicos.

O'Hara

debía haber recomendado discreción a sus adictos, porque las referencias que éstos hacían a los asesinatos de «*Dandy*» y Rosanna eran pobres y nebulosas y se basaban principalmente en los comunicados que no se distinguían por su abundancia de detalles. La iniciativa elemental de averiguar en la misma estación de Los Cerros lo ocurrido no parecía haberla tomado nadie. O, si alguien la tomó, no le fue tenida en cuenta.

Al «Leader» daba pena leerlo. Sus páginas, como todas las de la Prensa de Lilac, ignoraban que «*Dandy*» y Rosanna Grant estaban muertos. Tony Lilac había iniciado su campaña de autobombo y no había sitio para nada más. Declaraciones. Artículos de fondo. Revista de los males del Estado. Un senador de Los Angeles, panacea para California. El señor Anthony Lilac, moderno hombre de empresa, mente preclara y recia personalidad política. Una opinión del señor Lilac sobre relaciones internacionales. De qué manera ve el señor Lilac la guerra de Corea. El señor Lilac en la intimidad.

Una nota acerca de las virtudes cívicas del señor Lilac, que firmaba el viejo Crockett, me hizo subir los colores a la cara.

El almuerzo no me sentó bien.

Por la tarde fui a ver a Lincoln
O'Hara.

—¡Bien, bien, mi querido señor Marty! —dijo, afectuoso, cuando me recibió—. ¿Cómo va ese pequeño complot que hemos tramado?

—Juzgue por mi aspecto —repuse.

Se quitó las gafas, pulió los cristales con un paño de gamuza, se las volvió a colocar y me estudió detenidamente.

—¿Mal? —preguntó.

—No lo sé todavía. La rubia de Konno ha cantado y volverá a cantar ante un jurado si antes no le pegan un tiro.

—Cuénteme.

Lo conté cuanto había pasado desde que nos vimos el día anterior.

—¿Qué va a hacer ahora? —inquirió. Estaba nervioso y no parecía muy satisfecho—. ¿Ha tomado alguna decisión? Parece que la cosa está llegando a un punto muerto, ¿no? ¿O cree que nos conviene lanzarnos ya abiertamente contra Lilac, esperar a que entable un pleito por difamación y responderle con el testimonio público de esa muchacha?

—Nancy sería de mucho efecto ante un tribunal —dije—, sobre todo si no se presentaba con la falda demasiado larga. Al verla quizá se olvidarían de que no tenemos contra Lilac pruebas materiales.

—Vamos, señor Marty… ¿Qué clase de pruebas materiales quiere? ¿Un acta de propiedad de esos fumaderos firmada de puño y letra de Lilac y registrada ante notario?

—No me fío de Tony Lilac. Ni un poco.

—¿Y bien?

Me encogí de hombros.

—Esta noche visitaré uno de los fumaderos, el de Alamito, donde, según se desprende de las cerillas encontradas en su bolso, estuvo Rosanna el día de su muerte y de donde probablemente salió para morir. Veré lo que hay, y según lo que vea procederemos.
O'Hara
trató de sonreír.

—¿Dónde prefiere ser enterrado, Marty?

Fingí no oírle. Aquella clase de chanzas no le sentaba muy bien…

—Nancy reclama su collar —dije.

Asintió, abrió un cajón de su mesa, sacó un talonario de cheques, llenó uno sin titubear, lo firmó y me lo entregó. Vi en él lo menos cuatro ceros. Solté un silbido. Descubrir que O'Hara no era un hombre tacaño fue una de las más grandes sorpresas de mi vida.

—También yo necesitaré un poco de calderilla —manifesté, en cuanto el asombro me dejó—. Los fumaderos de *juju* no se visitan gratis. Siento pedírselo, pero estoy sin empleo y sin blanca.

—¿Bastarán mil dólares?

Me atraganté.

—Confío en que sobren unos centavos.

Se puso en pie, abrió la puerta de un arca empotrada en la pared, contó los billetes y me los dio.

—¿Algo más?

—Esta noche, mañana lo más tarde, tendrá usted noticias mías —le dije. Era lo menos que podía decirle a cambio de tanto dinero—. Buenas noticias.

Me palmeó un hombro.

—No espero menos, señor Marty.

Salí del Edificio Millikan convertido en un Creso.

Fui temprano a ver a Nancy, porque supuse que estaría agonizando de aburrimiento. Agonizaba, efectivamente, entre un revoltijo de revistas ilustradas y vasos sucios, pero recobró toda su vitalidad, y un tanto por ciento extra, al ver el cheque.

—¿Es legítimo? —preguntó.

Le dije que sí y se mostró agradecida. Cuando su demostración terminó lamenté de veras no tener otro cheque para que volviera a empezar.

—Don —declaró—, tú harás siempre de mí lo que quieras. Me comprendes. Adivinas mis puntos flacos. Jamás encontré un hombre que mirara tan al fondo de mi corazón.

Supuse que acababa de leer aquellas frases en una de las revistas ilustradas, pero no por eso me gustaron menos. Y, en cierto modo,

se aproximaban bastante a la realidad.

—Arréglate —dije—. Nos vamos, Nancy. Esto hay que celebrarlo con *juju*.

—¡Oh, es verdad! —exclamó.

Estuvo lista en unos minutos. Salimos del hotel. La noche había cerrado. A partir de aquel momento le cedí a Nancy la iniciativa de las operaciones, además del volante de mi cacharro.

Detuvo el cacharro en la solitaria esquina de dos de las calles arboladas de Alamito.

—Desde aquí hay que seguir a pie —anunció—. No les gusta tener coches estacionados por los alrededores.

Anduvimos calle arriba, frente a las grandes villas abrigadas por majestuosos jardines y habitadas por gentes pudientes y respetables. Cosa de quinientos metros más allá, algo apartada de las restantes y rodeada de un verdadero bosque de pinos, se alzaba una casa sin luces. Nancy se dirigió a ella sin vacilar.

La puerta de la verja no estaba cerrada. Entramos. Seguimos un sendero que atravesaba el bosque. Salimos a una mancha del césped cortada en cuadrángulo por el pórtico. Pulsamos el timbre y no lo oímos sonar.

—Prepara los papiros —dijo Nancy.

Un hombre vestido de etiqueta abrió la puerta y se silueteó contra la luz que acababa de encenderse en el interior. No pronunció una palabra. Le di los doscientos dólares, se los embolsó y me entregó a cambio una tarjeta roja con un trébol impreso en el centro y un número en la esquina inferior derecha.

Recorrimos en su compañía un pasillo alfombrado. Apartó unas cortinas, abrió una puerta y nos encontramos en una sala de medianas dimensiones, débilmente iluminadas por luces indirectas, de suelo encerado y en cuyas paredes había más cortinas regularmente espaciada. Se oía la música de una orquesta invisible que interpretaba un *blues* pegajoso. Apagada. Lejana casi. Con su excepción, la sala estaba sumida en el mayor silencio.

El hombre apartó una de las cortinas, revelando un hueco, una puerta estrecha. Dio a un interruptor y vi un reservado decorado con gusto un poco decadente, con una mesa en el centro sobre la que se había encendido una pantalla de color de rosa.

El hombre soltó la cortina y nos dejó solos.

—Bueno, ¿qué te parece? —dijo Nancy. Parecía hallarse como en su casa. Tomó asiento perezosamente en un diván y extendió la mano hacia una placa de cristal en la que había tres botones. Oprimió uno y un discreto altavoz se puso en funcionamiento, introduciendo la música en el reservado. Luego oprimió otro y, de momento no ocurrió nada—. Aquí estamos como a mil kilómetros del mundo, pero, quieras lo que quieras no necesitas más que pedirlo y lo tendrás. Igual que en los cuentos de hadas.

—Sí —repuse distraídamente.

Lo mismo la sala que los reservados carecían de ventanas y estaban por completo aislados del exterior. Se notaba la pureza del aire acondicionado artificialmente. Por supuesto, ni una sola de las actividades que se desarrollaran dentro de aquella casa, incluida, probablemente, una batalla a tiro limpio, trascendería más allá de sus muros.

Se corrió la cortina y apareció un camarero obsequioso.

—¿Llamaban los señores?

—Sí —dijo Nancy—. A ver el menú.

—¿La contraseña, por favor?

Le di la tarjeta roja. Fue Nancy quien estudió el menú y pidió la cena, sin consultarme, mientras yo fumaba un cigarrillo y me iba sintiendo, pese al lujo de comodidades que me rodeaba, más y más incómodo.

Si esperaba juerguearse en grande, Nancy debió quedar defraudada. Pero no lo demostró. Engulló su cena sonriendo y charlando, y yo me limité a seguirle la corriente. Fue una buena cena, eso sí; la mejor de mi vida. Con champaña francés. El champaña se le subió a Nancy a la cabeza. No se le hubiera subido de no habérselo bebido como una mula se bebe un cubo de agua.

El camarero retiró el servicio cuando yo empezaba ya a pensar que si aquello era todo, no valía la pena ni de desplazarse a… Pero luego reapareció con una bandejita en la que había diez cigarrillos y un estuche de fósforos rojo con un trébol impreso en la solapa.

Al mismo tiempo depositó la cuenta ante mí. La pagué sin rechistar. Con lo que costó aquella cena hubiera podido cenar medio año.

Nancy tomó uno de los cigarrillos y lo olfateó con delectación.

—¡Ah! —Hizo.

El camarero se fue, con su propina a cuestas.

—¿Vas a fumar esa porquería?

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

—Pruébalo, Don.

Me levanté, aparté un poco la cortina y miré a la sala. Había dos parejas bailando.

Parecían bailar en sueños. Sus rostros tenían una expresión extática.

Junto a la cortina de la puerta que daba al corredor había un hombre inmóvil que se disponía a encender un cigarrillo. Le vi la cara a la luz del fósforo.

Era Sloane, el zanquilargo que tan bien sabía usar su rompecabezas. Nancy me asió del brazo.

—Don, no seas terco.

El aroma del cigarrillo de *juju* que sostenía entre los dedos me hizo cosquillas en la nariz. Formaba una mezcla explosiva con el perfume que se desprendía de su persona.

La miré fijamente. Era una Nancy nueva, y no porque estuviera achispada. Le ardían los ojos. Respiraba profundamente.

—¡Don! —susurró.

Fui a la mesa, cogí los cigarrillos de *juju* y me los metí en el bolsillo.

—Nos vamos, preciosa —dije—. Estoy harto de esto.

Se había apoyado contra la pared y parecía al borde de una crisis de nervios. De un par de cachetes bien dados la evité. Toda su tensión se deshizo en lágrimas.

La cogí del brazo y, con la mano libre, saqué la pistola y la oculté en el bolsillo lateral de la chaqueta manteniéndola asida. Salimos a la sala y la cruzamos directamente hacia la puerta.

Sloane estaba todavía allí.

Nancy se tambaleaba un poco. Sollozaba, pero quedamente.

—Le estoy encañonando, Sloane —dije, cuando llegué frente al zanquilargo—. No quiero bromas.

Rió.

—¡Qué fatuo! —repuso—. No tenga miedo, que no voy a pegarle aquí. He tenido tiempo sobrado de hacerlo. ¿Se figura que quiero provocar un escándalo? Ya habrá ocasión.

—Por si acaso, vaya delante. Aprisa.

Hizo un gesto displicente, abrió la puerta y pasó al corredor. Nos precedió por éste hasta la salida.

—¿Qué tiene la chica? —preguntó entonces—. ¿No se ha divertido?

—Abra la puerta.

La abrió.

—Hasta la vista, pimpollo —dijo—. Y otra vez no la escoja llorona.

Llegamos a la calle sin novedad. Allí, Nancy se soltó de mí con una sacudida furiosa.

—Yo me quedo —anunció—. Me quedo, ¿lo oyes? ¡Me quedo!

La hubiera dejado gustoso, pero no podía arriesgarme. Era un testigo demasiado caro. No tenía otro remedio que arrastrarla o cargar con ella. Opté por esto, atenazándole las manos para que no me molestase. Forcejeó, hasta que se cansó. Debíamos parecer un número de circo, pero no encontramos a nadie en el trayecto y no cosechamos aplausos. La verdad es que yo también me cansé. Nancy no era ni débil ni ligera. Tenía los brazos entumecidos cuando la metí en el coche.

Se quedó quieta en el asiento. Embragué, observándola de reojo, y decidí dar una amplia vuelta en tomo a la ciudad para ver si el aire fresco la serenaba.

Así fue. No la llevé al hotel hasta que se mostró tranquila.

—Perdóname, Don —dijo, cuando detuve el coche—. Tú me comprendes. Tú sabes que no quería aguarte la fiesta. Lo siento.

Le palmeé la espalda.

—Está bien. Vete a dormir y no hablemos de ello. Te veré mañana.

Esperé a que desapareciera por la puerta del hotel, y entonces reemprendí la marcha y me fui a mi departamento. Pensaba llamar a Stolz cuando llegué, para contarle lo ocurrido, pero el teléfono estaba ya sonando insistentemente.

—Diga.

—¡Qué diablos, Don! ¿Dónde te metes? ¿Es que no hay modo de localizarte?

Era nuevamente Ted Gordon, desde Chicago.

—¿Qué quieres?

—Noticias. Te dije que ese asunto de Tolliver interesa al «Herald». Traté de encontrarte ayer, y ni pío. Oye, ¿es cierto que el «Leader» te ha dado la patada?

—Sí.

—Bueno, dispara.

—Ahora, no, Ted… Mañana. No puedo decirte nada todavía.

—¿Estás seguro?

—Demasiado seguro.

—Como quieras. Yo sí tengo algo para ti, Don. Puede ayudarte. Sé quién hundió realmente a Konno en Chicago, y sé además lo que cobró por delatarle: ¡quince mil dólares!

—¿Quién fue?

—Ayer te dije algo que no es cierto. Te dije que Konno y Tolliver siguieron siendo amigos después del desastre. No, Don. Tolliver huyó de Chicago para librarse de las garras de Konno. Tenía miedo. Informe confidencial, exclusivo del «Herald», pero tan verídico como…

—*¿Qué dices?*

—Fue «*Dandy*» Tolliver quien hundió a Konno. Una tontería. Un apuro momentáneo de dinero.

—¡Dios mío! —gemí.

—¿Qué te pasa?

—¡Que ahora soy yo quien va a hundirse, Ted! Di, ¿conoces a una rubia que se llama Nancy?

—¡Y menuda rubia! ¿Está ahí? ¿Todavía con Konno?

—Sí —articulé.

—Fiel hasta la muerte, ¿eh? Mucho cuidado con ella, Don. Hay que tratarla con guantes de goma. Veneno puro. Y más lista que el demonio.

—¿Lista? ¿Has dicho *lista*?

—Se pasa de lista. Konno le debe… Mira, podría contarte…

—No me cuentes nada —le interrumpí ansiosamente—. Cuelga, Ted. Cuelga antes de que me dé un colapso. Mañana tendrás la historia entera.

—¡Don! —exclamó.

—¡Cuelga! Colgó.

Me derrumbé en un sillón. Encendí un cigarrillo y traté de reflexionar. Es lógico que un hombre trate de reflexionar cuando el

edificio de sus ideas se ha hecho polvo.

CAPÍTULO XVI

Mis reflexiones duraron diez o doce minutos. Luego busqué en la guía el número particular de Lincoln O'Hara, volví a tomar el teléfono y le llamé. Tuve la suerte de hallarle en casa.

—¿O'Hara?

—¿Cómo está usted, señor Marty?

—Mal. O'Hara, atiéndame. Hay una cosa que debe usted hacer mañana por la mañana, a primera hora, en cuanto ponga los pies en el suelo.

—¿De qué se trata?

—Llame al director de su Banco o a quién sea, y anule el cheque que me ha extendido esta tarde.

—¿Qué…?

—¡No me haga preguntas ahora! Anule el cheque y no se arrepentirá.

—Está bien, Marty. Lo que usted quiera.

Corté la comunicación y marqué rápidamente el número del Departamento de Policía. Pedí por Stolz.

—Stolz, nos hemos dejado engañar como tontos —dije—. Se acabó. Necesito compensarle el tiempo que ha perdido por culpa mía. Es un cargo de conciencia. He pensado…

—¿Se ha vuelto idiota, Marty?

—No. Óigame…

—¿Está borracho?

—¿Quiere dejar de interrumpirme de una vez? Salga de su cubil,

Stolz, inmediatamente. Remueva cielo y tierra. Es preciso que encuentre al empleado de la «Southern Pacific» que *se equivocó* en la facturación del cadáver de Tolliver. Cuando le haya encontrado, exprímale. O mucho me equivoco, o se quedará asombrado del jugo que le sacará.

—¿A qué viene eso?

—Es una inspiración. ¿Quiere saber una cosa?

—¡Suéltela!

—Frankie Konno y «*Dandy*» ya no eran amigos. «*Dandy*» fue quien le arruinó en Chicago. Luego huyó de la ciudad porque le tenía miedo.

Hubo un silencio considerable al otro extremo de la línea. A continuación, Stolz rompió a reír. Yo sabía que reiría, porque, al fin y al cabo, era un hombre listo.

—Muy bien, encontraré a ese sujeto. Ahora mismo. Si está en la cama le sacaré de ella.

—De acuerdo. Algo más, Stolz. ¿Dispone de hombres para hacer una redada? ¿De hombres seguros, entre los que no se produzca ninguna filtración?… ¿Puede conseguirlos de Prescott?

—Según.

—En el número 84 de North Garden, en Alamito, funciona uno de los fumaderos de marihuana de Lilac. Una preciosidad. Si quiere asaltarlo, este momento es tan bueno como otro cualquiera.

—A Prescott le gustaría hacer eso en persona.

—Que lo haga.

—Muy bien, Marty. ¿Tendré noticias suyas?

—Más tarde.

—¿Va a intentar algo?

—Sí.

—¿Necesita ayuda?

—No.

—Buena suerte.

Deposité el teléfono en su horquilla y suspiré. Ahora tenía los ojos bien abiertos. Se está mejor así.

Saqué la pistola, inspeccioné los proyectiles y el cañón, me di ánimo con un océano de *whisky* y abandoné el departamento. Bajé a la calle y salté al coche. Puse rumbo a Los Cerros a todo gas.

Me apeé en la avenida de grava que daba acceso a «La Fiesta» y

llamé a la puerta con mano firme.

El filipino me reconoció.

—Di al señor Konno que quiero verle.

Me dejó en el vestíbulo y volvió a buscarme a los pocos momentos. Le seguí por el corredor de las cabezas de toro, hasta la veranda. Allí la escena era esta vez diferente. Había una mesa. En tomo a ella se sentaban Pat Flanagan, uno de los gorilas que visitaron a Lea, otro sujeto a quien no conocía y Konno. Jugaban al *póker*. No dejaron de jugar cuando aparecí. Konno pinchaba atentamente sus cartas.

—Diga lo que sea y lárguese —gruñó, sin levantar la vista.

Vi uno de los sillones extensibles junto al bar portátil, avancé y me senté en él. Cogí un vaso y una botella de escocés, me serví y le añadí soda. Konno me daba la espalda. Sostuve el vaso con la mano izquierda y me torcí un poco para estar en condiciones de sacar la pistola rápidamente.

—¿Está usted bien determinado a eliminar a Lilac, Konno? —pregunté.

No se volvió.

—Sí —repuso. Y agregó—: Van cincuenta.

—Paso.

—Cincuenta y cien más —anunció Flanagan.

—Sospecho que su determinación ha fracasado —dije yo—: Le tenemos el pie al cuello, Konno. Es usted un ingenuo y los ingenuos siempre terminan dándose de cabeza contra las paredes. He venido a pedirle, en nombre de Lilac, que fije usted mismo la fecha de su funeral.

—Voy a esos cien —declaró Konno—, pero tendrá que pagar otros cien quien quiera verme las cartas.

—Perderá, Lilac —le advertí.

—Ahí van los cien —dijo Flanagan. Y mostró su juego—: Color.

Konno arrojó las cartas.

—Eso es lo malo de echarse faroles —dije—: si tropieza uno con alguien que no se achica, se coge los dedos.

Konno se volvió a mirarme.

—¿Qué mil diablos quiere usted?

—Prevenirle —repuse—. Ha perdido su oportunidad, Konno. La ha perdido lastimosamente. No fue bastante sutil. Su trama estaba

bien urdida, pero no podía llegar a perjudicarnos. Lilac está por encima de esas chiquilladas. Yo también. Quizá hubiera salido todo como usted pretendía de no mezclarme yo en el asunto. Pero no soy el tipo que se asusta de un farol más o menos. Yo pago por ver sus cartas. Ahora…, bueno, fije la fecha de su funeral y no hablemos más.

—Tú abres, jefe —dijo Flanagan.

—¡Cállate! Siga con su cháchara, Marty. Es divertida. ¿Qué relación hay entre usted y Lilac?

—¿No lo sabe? ¿No lo adivina? Yo soy un anzuelo. Fui preparado para que usted lo mordiese. Y lo mordió.

—Siga.

—Vino usted a Los Angeles en pos de «*Dandy*» cuando se enteró de que andaba metido en un buen negocio. Este negocio lo había puesto en marcha «*Dandy*» para Tony Lilac. Utilizó el dinero, la influencia, los ganchos y las agarraderas de Lilac de una parte, y de otra la experiencia que con usted había adquirido en Chicago. Era la clase de negocio que usted había sonado con realizar y que el mismo «*Dandy*» le arruinó cuando empezaba a dar sus frutos. Usted y «*Dandy*» tenían una cuenta pendiente. Pero cuando iba a saldarla se le ocurrió una idea. Los Angeles y Hollywood son la tierra de promisión de los fumaderos de marihuana y del contrabando de drogas. Lilac, ayudado por «*Dandy*», se había hecho con la exclusiva de ambos, pero ¿por qué no arrebatársela? ¿Por qué no matar dos pájaros de un tiro? Sí, Konno, ¿por qué no?

Me pareció que Flanagan, el gigantón y el tercer sujeto empezaban a ponerse nerviosos. Sólo Konno seguía tranquilo, mirándome.

—Así las cosas —continué—, se cargó usted a «*Dandy*», descuartizó su cadáver y lo embaló, cuidando los detalles para que, buscándola bien, se encontrara alguna probabilidad de que el envoltorio procediese de Lilac: periódicos mejicanos que invitarían a pensar en envíos secretos de marihuana, papel de envolver japonés, virutas de cajones de *whisky*. Y las cerillas de un fumadero entre las ropas. Y el detalle desconcertante, qué no falta nunca: cigarrillos egipcios en la pitillera que hubiera debido contenerlos de *juju*. Luego se remitió a sí mismo el paquete, facturándolo por los servicios frigoríficos de la «Southern Pacific». Por cuatro cuartos

consiguió que un empleado del ferrocarril lo extraviara, cursándolo por la vía ordinaria y permitiendo que fuese descubierto cuando empezaba a corromperse. ¿Quiere que continúe, Konno?

Konno asintió. Me aclaré la garganta con un trago de *whisky* y proseguí:

—Usted, naturalmente, no dijo una palabra contra Lilac. Se suponía que le era imposible decirla, so pena de traicionar sus propias aspiraciones al monopolio de estupefacientes. Fue Nancy quien representó la comedia. Por etapas. Salpimentándola con arrebatos sentimentales. ¡Con qué precisión había usted calculado que los enemigos de Lilac no desperdiciarían una ocasión así! Pero Lilac tiene más amigos que enemigos, Konno. Y aun los neutrales podían ver que, en el preciso momento de iniciar su campaña electoral, Lilac no se comprometería estúpidamente cometiendo un asesinato, y más cuando era un asesinato que no corría prisa ninguna. La muerte y el castigo de un traidor pueden esperar. Esto es fundamental, Konno, ¿no lo pensó? A Lilac senador le sería mucho más fácil deshacerse de «*Dandy*» que a Lilac candidato.

Callé, y el silencio que se hizo fue tan frío que preferí seguir hablando.

—En última instancia, a usted no le importaba que el asunto de los fumaderos saliera a luz. Tenía que salir, porque era la única base con que acusar a Lilac del asesinato. Pero ¡qué alegría cuando, encima, a Nancy le ofrecieron un premio por declarar lo que ya no sabía cómo guardar secreto más tiempo! ¿Se creyó usted muy astuto, Konno? Pues no. Cometió un error. No tuvo más remedio, pero es eso lo que le ha perdido. Yo le hubiera dejado en paz si se hubiera limitado a matar a «*Dandy*», que era una babosa, pero no después de haber matado a Rosanna Grant. Rosanna sabía quién era el verdadero enemigo de «*Dandy*». Sabía perfectamente quién le asesinó. Cuando usted envió a por ella a la calle Adams se encontró con que ya había volado. Se asustó. Hizo unas pocas averiguaciones y pensó en Lea Bates y en mí. Obró en consecuencia. Pero, mientras, la misma Rosanna se presentó a usted con la amenaza de delatarle si no remediaba la desvalidez en que se había quedado después de la muerte de «*Dandy*». Usted soltó la pasta, y en cuanto dispuso de sus hombres le dio el paseo. Metió un estuche de cerillas en su bolso, y a vivir. Ah, no, Konno, yo no le consiento eso. El asesinato

de Rosanna lo pagará. Lilac quedará satisfecho de mis servicios. Los fumaderos para nada figuran en el caso. Sobran. La policía —aventuré— ha encontrado en el papel que envolvía el cadáver de «*Dandy*» y en el bolso de Rosanna huellas dactilares muy interesantes. Esta noche ha cocinado al hombre de la «Southern Pacific» a quien usted sobornó. No era un hombre muy resistente. Esto y lo ocurrido en Chicago bastarán para llevarle a la silla eléctrica. Lilac y los fumaderos, aparte. No me importa. Casi me alegro, créalo, con tal que el asesino de Rosanna pague su crimen. A fin de cuentas. Tony Lilac tiene dinero y le gusta gastarlo. Y es un tío simpático. Mucho más simpático que Lincoln
O'Hara
en particular.

La historia concluía allí. Konno estaba lívido. Nunca me había mirado nadie como él me miraba entonces.

Se levantó de la mesa y vino hacia el bar.

—Quizá… podríamos arreglar eso, Marty —dijo roncamente—. He pensado que, hablando en términos…

Dejé de oírle. Me di cuenta, de pronto, de que, abandonando la mesa, me había puesto al descubierto frente a sus tres asesinos. Y de que Pat Flanagan tenía en la mano una pistola.

Me arrojé del sillón, pugnando por sacar la «Colt» de mi bolsillo. Flanagan disparó antes, pero falló. Oí un estrépito de cristales rotos. Durante una fracción de segundo le vi debajo de la mesa, todavía sentado en su silla. Logré sacar la pistola y le pegué un balazo en el vientre.

Los otros dos se desbandaron, echándome la mesa encima. Busqué desesperadamente un refugio y lo hallé detrás del sillón. Distinguí a Konno ocultándose en el emparrado.

El gigantón disparó, pero a cubierto. La bala me rozó. Vi al otro tipo correr hacia el interior de la casa e hice fuego. Siguió corriendo. Hice fuego otra vez y cayó de bruces en el umbral de la puerta.

Konno, al amparo de una columna, empezó también a disparar. Estaba a mi espalda y me obligó a abandonar el parapeto del sillón. Al abandonarlo, el gigantón me tuvo a su merced. Comprendí que estaba perdido antes de ver el fogonazo de su arma: Sentí un rudo impacto y una sensación rara, como si algo muy grande se me

rompiera por dentro. Ningún dolor. Me doblé y quedé tendido boca arriba. Quise moverme y no pude. Horrorizado, presencié cómo el gigantón abandonaba su refugio y venía hacia mí con la pistola amartillada, encañonándome.

—¿Qué es lo que esperas? —oí gritar a Konno.

El índice del gigantón se crispó sobre el gatillo.

Sonó un tiro y en la cara del gigantón se abrió de repente una especie de flor negra y roja.

—¡Quieto, Frankie! ¡Lárgate, Don! ¿No puedes? ¡Lárgate!

Nancy estaba en la puerta, con su pequeño revólver en la mano contemplando cómo se desplomaba el gigantón casi a sus pies. Tuve tiempo de pensar que no hay quien entienda a las mujeres antes de que la pistola de Konno ladrase en el emparrado.

Nancy lanzó un grito y se tambaleó. El revólver cayó de su mano.

Konno surgió de su escondite, corriendo hacia ella. En aquel momento salí yo de mi parálisis. Le eché la zancadilla y le derribé entre el revoltijo que formaban la mesa y las sillas tumbadas, los vasos rotos, las fichas y los naipes. Disparó una vez, blasfemando, y le arranqué la pistola no sé cómo. Me senté encima de él y empecé a pegarle. Fue delicioso. Una orgía. Primero aulló y pataleó. Después, nada. Pero le pegué más y más. Mucho. Nunca me había sentido tan dichoso.

Alguien me levantó, cogiéndome por los sobacos.

—Basta ya, Marty.

Le miré, y era Stolz. La veranda estaba llena de policías.

CAPÍTULO XVII

Stolz me llevó adentro, me tendió en un sofá y se empeñó en ver mi herida. Tuvo que sacarme la chaqueta y la camisa para lograrlo.

—*Psss* —hizo—. No está mal. Creo que la bala le ha roto una costilla, pero no ha entrado. Una rozadura. Cuestión de milímetros. Ha tenido suerte… Pronto vendrá el médico, no se mueva de aquí.

Estaba tan atontado que ni me di cuenta de que el tiempo pasaba. Recobré por completo el conocimiento cuando un sujeto de cabello rizado me envolvía el pecho en vendajes. Stolz estaba detrás de él, con un vaso en la mano.

—Eche un trago, Marty.

Tomé el vaso y lo vacié.

—¿Hay más?

Me trajo más. Empecé a sentirme mejor, aunque el costado me dolía de tal modo que casi no me atrevía a respirar. Pero, por lo menos, se me despejaba la cabeza.

—¿Por qué ha venido, Stolz? —pregunté.

—¿Por qué no iba a venir? Encontré al hombre de la «Southern Pacific» y no me costó ni cinco minutos tirarle de la lengua. Me pareció que lo único que podía hacer después era echarle el guante a Konno.

—Lo entiende todo ahora, ¿verdad?

—Más o menos.

—Luego hablaremos. ¿Sabe algo de Prescott? Asintió.

—Ujú, eso es lo malo. Prescott ha llevado demasiado lejos las cosas. Ha detenido a Lilac. Supongo que se arrepentirá.

—No, no se arrepentirá, Stolz. Espere. ¿Dónde está Konno?

—Ahí al lado.

—¿Se ha repuesto?

—Sí.

—Vamos a verle.

El tipo del cabello rizado terminó de vendarme y Stolz me echó la chaqueta por encima de los hombros. Me alegró ver que podía andar sin demasiado esfuerzo.

Konno estaba sentado en una silla, con la cabeza gacha y un guardia detrás de él.

—¿Qué me dice ahora? —le pregunté burlonamente—. ¿Todavía cree que va a hundir a Lilac? No, Konno, no está usted a su altura. Ha terminado.

Me lanzó una mirada venenosa.

—Eso lo veremos.

—Le gusta gallear, ¿eh?

—No podrán cerrarme la boca. Habrá un juicio. Tendré ocasión de declarar, y lo haré aunque sólo sea para impedirle a usted venderle a Lilac su triunfo. Lilac tiene dinero, ¿verdad? Y es un tío simpático, ¿no? Bueno, Marty, aguarde a que me oiga. Usted se lo ha buscado.

Stolz me hizo una mueca de asombro. Le callé con un ademán.

—No desvaríe, Konno —repuse—. Nadie va a creerle. Palabras. Lilac le ha echado la policía encima porque sabe que usted no va a hacer más que hablar. No hay pruebas.

—¡No hay pruebas! —estalló—. ¡Dice que no hay pruebas! Bueno… tenga paciencia. Y no se sorprenda demasiado cuando las pruebas salgan a relucir.

—Fanfarronadas.

Konno se encogió de hombros.

—¿Quiere un consejo, Marty? Pégueme un tiro. Es el único modo de salvar a Lilac. Tengo las pruebas. Lo juro. Sabía que iba a necesitarlas cuando acusaran a Lilac de asesinato y sus negocios se hicieran públicos, y si no me pega un tiro no callaré. ¡Vamos! ¿O le faltan agallas?

—Hay tiempo —dije, sonriendo.

Me llevé a Stolz de allí.

—¿Cómo ha conseguido eso? —inquirió, atónito.

—Mintiendo —repliqué—. Para conseguirlo vine aquí sin esperarle. Me jugaba el pellejo, pero el único medio de cazar a Konno sin que Lilac se saliera limpiamente del caso era hacerle

creer que Lilac le vencía, no nosotros. Para vengarse de Lilac, Konno hablará pero, para vengarse de nosotros, hubiera callado.

—¿Esa idea ha salido de su cerebro?

—Sí.

—Increíble.

Reí.

En la puerta de la veranda estaban el sujeto de cabellos rizados y un colega suyo que se limpiaba las gafas en un pañuelo.

—Dos han muerto, teniente —dijo el primero, señalando hacia atrás—. El otro vivirá.

—¿Y la chica? —pregunté yo.

—Poca cosa. Una mano herida. Pero tendrá que someterse a una operación de cirugía estética, si quiere seguir presumiendo sin que se le vea la cicatriz.

—No creo que necesite presumir en el sitio adonde irá —gruñó Stolz.

Me volví vivamente a él.

—Oiga, no se equivoque respecto a Nancy. Ella nada tiene que ver con esto.

Me miró recelosamente.

—¿Está seguro?

—¡Y tan seguro! Sin su ayuda, no me tendría usted aquí. Fue Nancy quien le atravesó la cabeza de un balazo a ese gigantón de la veranda. Y Konno le pegó un tiro por ello.

—¿No se lo pegó usted?

—¿Se ha vuelto loco? Konno lo hizo.

Stolz se acarició la mandíbula.

—Bueno, usted lo sabrá mejor que yo.

Uno de los guardias le llamó desde el extremo del corredor. Titubeó antes de alejarse.

—Espere, Marty —dijo—. Me gustaría aclarar eso.

No le esperé. Otras cosas más importantes me esperaban a mí.

Salí de la casa, fui en busca de mi coche y me senté al volante. El costado herido me molestaba al conducir, pero tenía que hacerlo. Di gas, volví la espalda a «La Fiesta» y me alejé hacia el centro de la ciudad. Sentí deseos de cantar mientras cruzaba Los Cerros.

Canté «Mi corazón pertenece a papá». Es una canción estupenda.

Llegué a la redacción del «Leader» y subí directamente al

despacho de Crockett. Entré sin llamar.

—¡Qué…! —rugió. Y se contuvo—. ¡Don Marty! ¿Es usted realmente Don Marty? ¡Oiga! ¿Le ha pasado una apisonadora por encima?

—¿Ha entrado en prensa el periódico? —pregunté.

—¡Sí! ¡Pero, Marty, Dios mío!

—Pare las máquinas, Crockett.

—¿Qué ocurre?

—¡Pare las máquinas y se lo contaré!

Me perforó con la mirada. Pero me conocía. Habíamos luchado juntos mucho tiempo. Conectó el teléfono interior y repitió la orden.

Me hundí en un sillón.

—¿Tiene algo que beber?

De un cajón de su mesa sacó una botella de ginebra y un par de vasos no muy limpios. Los llenó generosamente. Yo alcé el mío.

—Por el viejo «Leader», jefe. Y por nosotros.

Sólo entonces empezó a sonreír.

—No me diga que Lilac ha reventado.

—*Psst*… como una burbuja. Está en la cárcel. La policía ha asaltado sus fumaderos de *juju* y ha detenido al asesino de «*Dandy*» y Rosanna.

Crockett volvió a conectar el teléfono.

—Envíen una taquígrafa a mi despacho, pronto… Marty —añadió, sonriéndome nuevamente—, sospecho que el «Leader» será el primer periódico del mundo que ponga en la picota a su mismísimo propietario en beneficio de la verdad. Sacaremos un extra. ¿Quiere otro trago?

—¡Cómo no! —exclamé.

Trabajamos hasta muy tarde. Crockett, luego, se mostró humano y se empeñó en que no me hallaba en condiciones de guiar un coche. No le faltaba razón. Quiso acompañarme a casa. Se lo consentí gustosamente.

Nos despedimos en la puerta, henchidos del sentimiento arrebatador del deber cumplido, felices y fatigados como en los buenos tiempos. La vida era esto, pensé mientras subía en el ascensor: un combinado de dicha y de cansancio, a partes iguales. Le ponía a uno un cosquilleo especial en las venas.

La luz de mi departamento estaba encendida. Empujé la puerta lentamente.

—Hola, Don —dijo Nancy.

Llevaba un brazo en cabestrillo y por primera vez desde que la conocía había descuidado un poco su apariencia. Pero estaba más hermosa que nunca, con el rostro grave, el cabello ligeramente desordenado y un profundo fulgor en los ojos.

—Hola, Nancy —repuse.

Vino hacia mí y me asió con la mano sana la solapa de la chaqueta que yo llevaba todavía echada sobre los hombros.

—Me iré en seguida, Don. Sólo te he esperado… porque quería darte las gracias. Y decirte algunas cosas.

—No tienes nada que agradecerme. Me has salvado la vida.

—Ésa es una de las cosas —asintió—. Quiero que sepas que yo no pensaba traicionar a Frankie, que no lo hubiera hecho a ningún precio, ni por ti, ni por nadie, ni por nada. Pero no podía consentir que te mataran. No lo soporté, Don. Vi desde la puerta lo que ocurría, y no hubo otro modo de impedirlo que tirar contra Bill Willard. Yo lo lamenté más que nadie.

—Comprendo.

Alzó los ojos y los fijó en los míos.

—Otra cosa… es que… no me arrepiento de lo que hice contigo. Sólo te engañé a medias, Don. Me gustabas de verdad. Sigues gustándome. Eres un buen muchacho y tienes un corazón noble y valeroso. Puede que no vuelva a verte más, pero nunca olvidaré que te he conocido. Necesitaba decirte esto… porque… en medio de todo…

Me pongo muy nervioso cuando las mujeres lloran delante de mí.

—Está bien…, está bien, Nancy. No te preocupes. Cálmate.

Sollozando, se sacó del seno un papel doblado y me lo entregó.

—Toma.

Lo desplegué. Estaba impregnado en su perfume. Era el cheque firmado por Lincoln
O'Hara.

—No, eso no —dije.

Fui al teléfono y marqué el número del abogado. Esperé algún tiempo a que me contestaran.

—¿Eh?… —Hizo al fin una voz pastosa.

—

¿O'Hara?

—Yo…

—Vamos, despierte. Soy Donald Marty.

Despertó.

—¡Oh, señor Marty! ¿Hay noticias?

—Con una que le dé bastará: Lilac está en la cárcel.

—¡Magnífico!

—Pero necesito que me haga un favor.

—¡Los que quiera!

—Olvídese de lo que le dije antes. Lo del cheque. No avise al Banco.

—¡Olvidado, señor Marty!

Colgué. Le devolví el cheque a Nancy y sonreí.

—Don…

No supe cómo ocurría ni me preocupó saberlo, pero, de pronto, la hallé entre mis brazos.

Y aun así pude ver por el rabillo del ojo que la puerta del departamento se abría y entraba Lea Bates. Se me cortó el aliento. Me pareció imposible —me lo parecía siempre— haberla olvidado, porque no era una de esas mujeres que se olvidan, pero lo cierto es que casi no me acordaba ni de su cara. Y era Lea Bates, sí, no cabía duda. Mi vecina. En persona.

—¡Oh! —Hizo, al distinguimos.

Empezó a retroceder hacia la puerta.

—¡Lea, espera! —exclamé, por encima del hombro de Nancy.

Siguió retrocediendo. Nancy apoyó la frente en mi mejilla.

—¡Lea! —gemí—. ¡No te vayas!

Llegó a la puerta.

—¡Lea, por Dios! —supliqué desesperadamente—. ¡Lea! ¡Oye! *¿Quieres casarte conmigo?*

Lea se detuvo en el umbral como si hubiera topado con una pared. Volvió el rostro y me miró. Y les juro que su respuesta fue:

—¡Sí!

Uno no sabe nunca a qué atenerse con las mujeres.

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona,
1924-1996).
Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William
O’Connor.
Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).



—*¡Sin red! Señoras y caballeros... ¡Sin red!* —había dicho el «speaker» poco antes. Sonó un redoble de tambor y el circo entero, siguió con la mirada la grácil figurilla de Stella... ¡Y de pronto!... así estará usted también en suspenso mientras lea

ALARMA EN NUEVA ORLEANS

la sensacional novela debida a la pluma de

RICKY DRAYTON

verdadero maestro de la emoción...

ALARMA EN NUEVA ORLEANS

mantiene constantemente en tensión el espíritu del lector, que preso en las redes de su dinámica acción, no puede abandonarla hasta su inesperado desenlace.

RECUERDE ESTE TÍTULO:

ALARMA EN NUEVA ORLEANS

Próximo número de la nueva y ya famosa

COLECCIÓN DETECTIVE

¡Un nuevo éxito de

EDITORIAL BRUGUERA!

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA

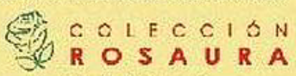


COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 313 - Trini de Figueroa.
▪ SU MAJESTAD EL DESTINO
Núm. 314 - Lía Ramos.
▪ LA VERDAD IGNORADA
Núm. 315 - E. Aguilar de Rocker.
○ SIN MERECER SU AMOR
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 209 - Laura Tur.
▪ ERAN TRES LOS NOVIOS
Núm. 210 - Corín Tellado.
▪ ERES MI ESPOSA
Núm. 211 - Sergio Duval.
○ EL GAVILÁN
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



Núm. 153 - María Adela Durango.
▪ EXTRAÑA HERENCIA
Núm. 154 - Aguedo de Vianney.
▪ EL SECRETO DE LORD WAINTTON
Núm. 155 - Isabel Salueña.
○ FRAUDE AMOROSO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 39 - María del Carmen Ray.
▪ LS CULPAS DEL PASADO
Núm. 40 - María del Pilar Carré.
▪ CRUEL VENGANZA
Núm. 41 - María Adela Durango.
○ LA MUJER SIN ROSTRO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN BISONTE

Núm. 254 - M. de Silva.
▪ SOLDADOS SIN BANDERAS
Núm. 255 - Fidel Prado.
▪ EL JURAMENTO DE MALLORY
Núm. 256 - Rogers Kirby.
○ LA MENTIRA DE HARRY JENNSEN
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 1 - Ricky Draytan.
▪ LLAMAD AL F. B. I.
Núm. 2 - Mark Halloran.
○ LOS MUERTOS VIAJAN
Núm. 3 - Ricky Draytan.
○ ALARMA EN NUEVA ORLEANS
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 118 - Francis Rod.
▪ RODANDO AL PELIGRO
Núm. 119 - A. Ralcest.
▪ TERROR EN MALACA
Núm. 120 - Mark Halloran.
○ MORIR ES MUY FÁCIL
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN AUTORES FAMOSOS

Núm. 47 - Clem Yore.
▪ RUTAS DE SANGRE
Núm. 48 - Frank Gruber.
▪ FORAJIDO
Núm. 49 - Brett Austin.
○ FUEGO EN EL RANCHO
APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO 7,5 PTAS.

▪ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 ptas.